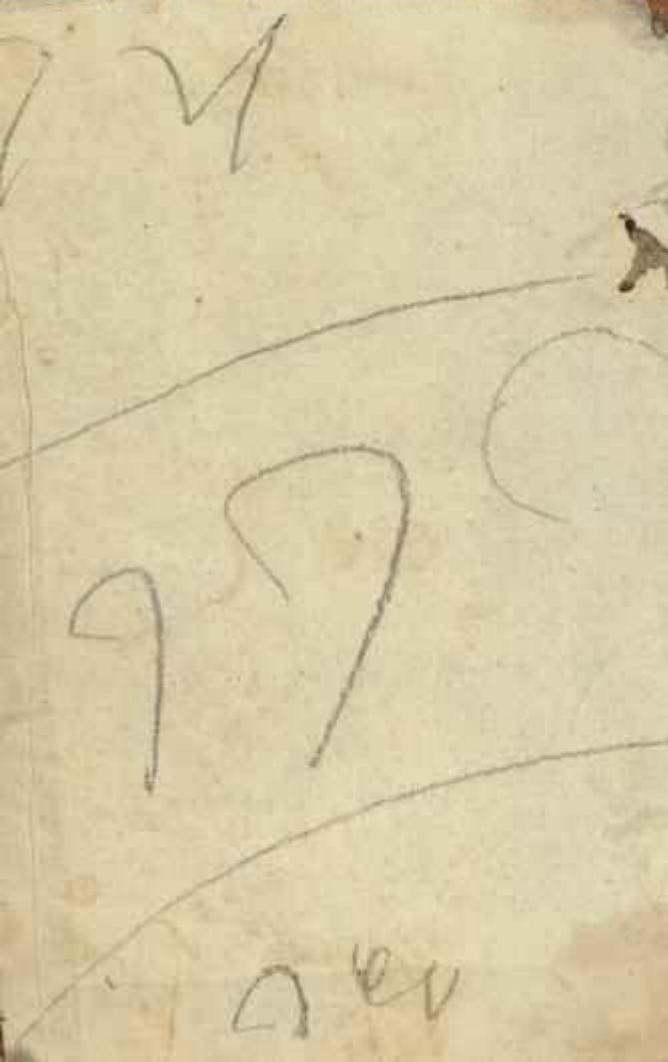




EL AVENTURERO CASTELLANO.

Novela histórica española,

ORIGINAL

DE D. GABRIEL SANCHEZ DE CASTILLA.



Sevilla.

IMP. DE ARJONA Y CANTELMÍ,
plazuela de las Viudas , número 92.

1846.

EL AVENTURERO

CASTELLANO.

Por el Sr. D. Gabriel Sánchez de Castilla.

Impreso en

DE D. GABRIEL SÁNCHEZ DE CASTILLA.

COMPRADO

Es propiedad de los Editores.



1810

IMP. DE ANTONIO F. CASTELLANO.

plaza de la Virgen, número 25.

1810.

El Coletero.

EL bando publicado por el lugarteniente, no podia menos de producir un efecto alarmante en el valle. Al dia siguiente se empezó á poner en práctica su cumplimiento, ejerciendo para ello extremos despóticos è inhumanos con los infelices pecheros, que bien por su escasez de medios, ó ya porque la medida publicada les cogió desprevenidos de recursos pecu-

T III. 2.—*Biblioteca popular gaditana.*

niarios, no podian satisfacer en el momento lo que les correspondia y tan perentoriamente se les mandaba dar. 22

Los recaudadores amonestados por Bermudo, á quien instruyó el padre Cerebruno de la conducta que debia hacerles observar, al mismo tiempo que obraban despótica y tiránicamente con los imposibilitados al pago, lamentaban la necesidad de usar tales extremos, aventurando espresiones vagas, con que daban à entender que el abad era el culpado de aquello y no el lugarteniente. 23

Algunas familias infelices quedaron totalmente arruinadas y entregadas à una espantosa miseria. Muchos hubo á quienes arrebataron hasta los utensilios para seguir buscando la subsistencia. Las madres vagaban desconsoladas con los hijos en brazos, demandando la pública caridad, para darles un pedazo de pan, en tanto que los padres, vertiendo ira hasta por los ojos, se entregaban al justo furor que su situacion les ocasionaba.

El valle no presentaba mas que un cuadro de afliccion, lágrimas y consternacion.

La poblacion de San Onofre, una de las mas pingües de los estados del conde, disfrutaba, como mas inmediata á él, los benéficos efectos de su gobierno. El abad contribuia tambien, como se ha dicho, á la felicidad de los pobres colonos, y la recaudacion de los pechos no se practicò en los años anteriores, à causa de que Fernan Nuñez no habia pensado en ello, ni Rodrigo antes de su muerte, ni el abad saliente tampoco, porque el monasterio estaba dotado de otros arbitrios suficientes para su sostenimiento, sin agravar ni molestar al pueblo.

Asi aquel desembolso repentino, habia de causarle una sensacion extraordinaria al desventurado pechero.

A la malicia del padre Cerebruno no se le ocultó que el abad conjuraria al momento la tormenta, no tanto por el menoscabo de su opinion, quanto por el amor que tenia á sus feligreses. Pero entretanto la opinion pública que gozaba la haria oscilar, y las tropelias que se ejecutasen facilitarían resultados favorables para sus maquinaciones.

Entre los casos que sucedieron, citaremos el siguiente:

Un coletero, que pasaba por uno de los mas acomodados del valle, tenia á cuatro ò cinco oficiales, que ganaban un jornal menos que mediano, y el cual, como todo artesano, era el único patrimonio de sus familias. El coletero en razon á la posicion en que estaba, debia pagar una cantidad considerable para el efecto, la que no poseia en aquel momento, por haber hecho, gratis, el equipo entero de una mesnada de ballesteros, que regalò al rey, contribuyendo á la guerra contra el moro, ya que no con su persona, con sus bienes, animado de un celo tan patriótico como recomendable. Los recaudadores de la contribucion se presentaron en su casa á ecsigirle el pago.

—No puedo, le contestò.... A todos consta que he hecho un desembolso que me ha dejado casi arruinado. Pero lo he ofrecido con gusto al rey, porque mientras Dios me conceda salud y brazos, no me faltarán coletos que hacer. Por lo tanto, señores, ni un ochavo tengo en mi

casa, mas que el dinero preciso para pagar á mis oficiales las obras que tienen entre manos.

—Pero tendreis pieles, le repuso el recaudador; hombre duro y soez, como son por lo regular los que ejercen, en esos casos tales encargos, escudados con una autorizacion mal entendida.... Si tenéis pieles, añadió, nos las llevaremos y se irá lo uno por lo otro.

—Ni una ha quedado en mi casa.

—Entonces, qué trabajan vuestros oficiales?

—Una docena de coletos que están cortados, ya lo veis.

—Pues bien, dadme el dinero que guardais para pagarlos.

—Primero la vida. Mis oficiales son artesanos honrados, padres de familia, y el pago de su trabajo es sagrado é inviolable.

—Mas sagrado es satisfacer los pechos.

—No los niego. Mas adelante ofrezco abonarlos.

—Apremia la necesidad ahora.

—Mas me apremia á mí.... Ademas,

repito que he hecho un donativo al rey, à la patria, y esto debe tenerse en consideracion.

—La religion no tiene que ver con la patria. (1) Ella necesita que le den lo que la pertenece sin pararse en consideraciones. O pagais, ò se os lleva à los calabozos del castillo hasta que lo efectueis.

—Mal lo pasareis, en verdad, respondió sonriéndose. Si me encerrais me ahorrais el pago. Soy solo, sin familia ni parientes que hagan nada por mí, de manera que muerto el perro se acabó la rabia.

—Es verdad, dijo el recaudador á sus gentes.

—Para todo hay remedio, contestó otro. Una vez que prendièndoos se os imposibilita al pago, se os dejarà libre, y se os obligarà á él mas que de prisa.

—Cómo? preguntó el coletero.

—Muy sencillo: echándoos fuera de

(1) Cuàntos habrán dicho lo mismo muchas veces, con tanta razon y justicia como este recaudador!!

vuestra casa para que vayais á buscar el dinero, cerrando las puertas de esta, y llevándonos las llaves hasta que pagueis.

—Y qué, mis pobres oficiales entre tanto estarán sin trabajar?

—Que tengan paciencia.

—Y sus infelices hijos, sus familias, quedarán reducidas à la indigencia? En el valle nadie ejerce esta manufactura mas que yo.... y por consiguiente moriran de necesidad.

—Que se mueran!

—¿Y nó teneis alma! ¿Nò teneis corazon! ¿Nó sois humanos! ¿Nò sois catòlicos y caritativos!

—Acá no entendemos mas que de cobrar dinero....

—Inhumanos!

—Y de hacerlo pagar.

—Con que es decir, que así á el artesano honrado se le priva de ejercer sus tareas, por una determinacion injusta!

(1) Que se decreta la muerte civil de su

(4) Nosotros hemos progresado hasta en eso. Aqui se supone que era por el pago

familia, sin consideracion ni respeto! Que la clase laboriosa y necesitada, la que no tiene otros bienes ni patrimonio que su trabajo personal , se le reduce á no poder ejercerlo! Se le encadenan las manos para que no gane el pan de sus hijos! Que en vez de protegerlos, de patrocinarlos el gobierno, de abrir los raudales inagotables de la industria á la clase mas benemérita del estado ; porque esta no espone el dinero, no un metal vil y falso, adquirido quizá por medios ilegales y especulaciones odiosas, ese talisman fascinador y pernicioso alma del hombre bajo, sino el trabajador, repito, que dá su sudor, su sangre, su vida á la pátria, á costa de mil privaciones y sufrimientos, de innumerables congojas y aflicciones, con él no se tienen consideraciones ni miramientos.... A este no se le tolera nada, no se le disimula el cumplimiento de una ecsigencia intempestiva y tiránica.... si no se le puede un tributo, pero en nuestros dias ilustrados, se ata el brazo del artesano por el caprichoso error de una autoridad subalterna. Mas claro: por no saber lo que se manda.

nen trabas, se le atropella y arroja violentamente de su domicilio, y se le desprecia y encadena! Su voz no es atendida, su lamento desoido, y el cuadro de su familia desolada y misera, desechado sin respeto ni caridad. Y se le trata así, porque como se le juzga débil para vengarse de una injusticia, no puede hacer otra cosa, al ver la mengua y la tiranía con que le tratan, que abatir su cabeza.... y llorar y gemir y padecer la severidad de su suerte... Y debe morir, si es necesario, besando la mano que tiene el cuchillo que lo ha de esterminar.

El coletero, en su acaloramiento, no consideraba á lo que se esponia con sus razones.

—El buen hombre, contestó un recaudador con sardónica sonrisa, se nos ha vuelto entre las manos, verdadero procurador de pobres.

—Porque vosotros, lobos del redil social, no sabeis comprender lo que es la situacion de un trabajador, que rodeado de una familia á quien sustentar, no tiene mas esperanza que el día de mañana, ni

mas riqueza que su brazo. Y si éste no puede emplearlo, ¿qué esperanza queda á aquel infeliz? A quién volverá los ojos?... Quién aplacará el hambre de su necesitada familia? Quién la consolará? El que le acerca las tres cuartas partes de su jornal con tributos y ecsigencias, ò le priva de que pueda ganar aquel triste honorario? Pensais que, como el poderoso, tiene el pobre quién lo mantenga y sustente, quién esponga su vida y su salud para su comodidad y regalo?.... Quién emplee sus brazos y sus fuerzas en penosas y peligrosas tareas que minan insensiblemente su ecsistencia, metiendo por sus puertas los inmensos tesoros que acumula el rico sin moverse de su cómodo escaño, y sin sufrir el calor del sol ni la helada escarcha?.... Estais equivocados. El artesano perece con su familia, sino trabaja: el pobre sino gana su sustento no tiene quien se lo dé.... Pues que hará si le obstruyen los medios para ello?.... En ese caso, valdria mas degollarlo sin escrúpulo, pues asi se le ahorcaria á un padre de familia una muerte lenta, y moral, á vista del cuadro des-

graciado para su alma de una familia dilatada, estenuada y sin tener lo preciso para su sustento.

El que no ha experimentado esto, jamás podrá comprender ni conocer su valor. ¿Cómo ha de penetrarse el que gobierna, el que dicta una medida atropellada é injusta, de la gravedad de estos cargos, de lo que es la situacion de un indigente, si nunca ha sufrido sus efectos? Todo al contrario: considera al pobre otro hombre, formado con distinta organizacion y sentimientos que él. Lo juzga un ser hecho á prueba de sufrimientos, y cuya naturaleza no debe resentirse jamás del maltrato que experimente. Desnudo de sensibilidad, y sin otra facultad intelectual que la de callar y padecer, marchando así al término de una vida infausta, que dure, lo que dure, está consagrada por obligacion y deber al obsequio del que nació en otra esfera mas elevada que la suya.

Misera y odiosa dependencia! . . exclamó el ecsaltado coiletero. Distincion repugnante que ha establecido el destino del hombre, y que la sociedad revalida, por

desgracia del que debe á la suerte un estado deplorable y sujeto á carecer de lo mas indispensable.... Esta desigualdad que ecsiste en la balanza del mundo, y que los hombres la hacen inclinar, mas cada vez, para su provecho, no puede ser otra cosa, que una lucha continua que el espíritu malo ha introducido entre los mortales para gozarse en las lágrimas de unos y en el intolerante orgullo de los otros... Es una lima sorda que está continuamente mirando el edificio social, no para sostener su palanca en equilibrio, sino para que ciertos hombres se engrían, eleven y engrandezcan, sobre las ruinas y la horfandad de los demas. Para qué, como muchos creen, fuese una providencia sabia la desproporcion que ecsiste entre las partes de este gran todo, se necesitaba que esa virtud llamada *caridad*, esa que dice el evangelio, abra las puertas del alcazar eterno, tuviese mas influencia y dominio en el corazon de los poderosos. No para que repartiesen sus tesoros con profusion.... no para que hiciesen grandes desembolsos que los arruinase, en pro de la

clase menesterosa.... Menos.... mucho menos que eso.... Es cosa mas sencilla.... Que no procurasen estrechar al necesitado... En una palabra, que no se prevaliesen de su suerte atándolo al carro de su codicia y arbitrariedad.... *Que no lo dejasen morir de hambre, en fin, si no se somete à sus mas leves caprichos.*

Diran que el trabajador es libre para aceptar ò no. Sistema falso, reprobado, è inicuo. El apremio de la necesidad, es el mas ecsigente, el mas ciego, el mas incalculable.... El mas irreflexivo para el que acepta.... Solo ve su situacion, su desamparo, *su hambre....* La fiera acomete para vivir.... El hombre de bien para vivir, tiene que abatirse, pedir, suplicar al poderoso con la vista clavada en la tierra, las lágrimas en los ojos, y la pena en el corazon.... El hombre pobre siente, se consterna, padece.... Se humilla á veces mas que los que le dictan sus ideas y entendimiento. Pero dice: *¿Y mis hijos!! mis hijos no tienen pan! soy padre!.... Como los he de dejar perecer?*

—Y qué pide? qué suplica? qué de-

sea obtener? Qué obtiene al fin, como por gracia.... por merced.... por compasion?.... Una miserable y escasisima cantidad à veces? Lo que no basta para él y su familia... Pero como se la dan? Cómo una expresion gratuita y filàntropica? Como un rasgo benéfico y caritativo? Cómo préstamos tal vez?....

No.... Como recompensa DE SU SUDOR Y SU SANGRE.... Como pago de su trabajo.... COMO UNA CARIDAD NEGOCIABLE Y ESPECULADORA!!.... PORQUE LOS HOMBRES ESPECULAN HASTA CON LA CARIDAD!

Por *caridad* se le da à un jornalero de trabajar. Su principal, su *amo*, no lo necesita. Asi por compasion le concede un mezquino salario.... *porque no se muera de hambre!!* (1)

(1) La clase agrìcola es la que mas sufre los detestables efectos de esta costumbre. El infeliz agricultor, debe à veces un pedazo de pan oscuro y malo para él y su familia, á la beneficencia de su amo, despues de ganarlo con penosas fatigas y duros padecimientos. Los abusos que de esta corrupcion se

Repito que si esta es la palanca del edificio social.... Está odiosa y desconcertadamente inclinada....

Los recaudadores estaban atónitos, de oír espresarse al coiletero, en un estilo tan natural como sencillo.

—Sí, almas de tigre, continuó, yo pagaré.... pagarè esta tarde.... Pido solo esa pequeña prórroga.... esa corta demora. Saldré y buscaré el dinero.... y no por mí, ya lo veis. El aspecto de la prision con que me habeis amenazado no me intimida; pero el recuerdo atroz de que siendo cerrado mi taller, mis pobres operarios no tendrían mañana que dar á sus inocentes hijos, me ha anonadado y estremecido! Pagárè, aunque sepa venderme!

han originado, no son materia para esta obra. Baste decir, que se ha creado un espíritu de rivalidad, de oposicion, entre el labrador egoista y poderoso y el indigente agricultor, que á veces saca cada cual el partido que puede uno del otro, segun la posicion variada en que se encuentren. Cuando las costumbres se vician, los resultados son repugnantes en demasía.

Aunque haya de adquirir esa cantidad á precio de toda mi sangre.

Nó, pobres hijos míos, añadió dirigiéndose á sus trabajadores consternados, no sufrireis ese acervo sentimiento. Me venderé por vosotros ; repito. Soy artesano como vosotros, he ganado un jornal como vosotros tambien, único y solo recurso que tenia para mantener á la madre que perdí, y como tal aprecio y considero vuestro respetable estado. El que oprime á un artesano infeliz, es por que no tiene alma ni corazón, por que es un ente desmoralizado, elevado quizá de la nada.... ó un egoista avariento y despótico. El poderoso mira al indigente como un ser que ha nacido para su servicio.... Como un perro que debe estar siempre echado á sus pies pronto á obedecer la menor indicacion de su amo.

Los recaudadores no sabian que contestar al coletero. El menestral consiguió dominarlos con sus palabras. (1)

(1) En aquella época de atrasada cultura no es extraño: pero en la nuestra de ade-

Por lo cual se marcharon , asegurando que volverian à la hora que este los citò.

Es de suponer que este efectuò el pago , porque su tienda permaneciò abierta y los oficiales no interrumpieron sus tareas.



lantos puede dudarse, sin escrúpulos, de que sucediera así.

T III. 3.—*Biblioteca popular gaditana.*

Un protector pernicioso.

LA sumision y respeto que el pechero tenia á su señor no le dejaba otro camino que obedecer. En vano los mas audaces llegaron hasta el mismo Bermudo à impetrar su indulgencia. El lugarteniente, dirigido por el padre Cerebruno, se escusó diciendo con falso sentimiento, que era medida que no estaba en su mano revocar, pero que sí el curso de la justicia lo seguiria

con paso firme é impertèrrito , adoptaría medios para mitigar la suerte de los mas afligidos y necesitados.

Con tales consuelos despedia à los infelices , y el pechero iba á lamentar en un rincon de su pobre morada sus privaciones. Tales gemidos llegaron à oidos del abad, demasiado tarde para evitarlos. El padre Cerebruno , que no se descuidaba, noticioso de que este estaba informado se adelantó , ya dispuesto à parar el golpe que el ofendido prelado descargaría, primero en él que en Bermudo , y se presentó en su celda, cuando iba á mandarlo llamar.

—Lo anunciè á vuestra reverencia, y ved si no me equivoqué , dijo fingiendo un sentimiento profundo, y antes que el abad le reconviniese. Ese hombre es insopportable.... Es colérico , irascible y temerario. No han bastado ni persuaciones ni consejos. Convencido de que obra con arreglo à la justicia , de que su determinacion es laudable, de que es en pro de la religion, ha llevado adelante su dictámen. Qué tal, padre? Sabia yo con quièn iba á luchar?...

*

Por eso descargué mi responsabilidad en todo.... Y no hay que decir! no escucha nada! no mira nada!... Os aseguro que no me he retirado para siempre de su lado por no desobedeceros.

—Con que tanta obstinacion muestra en cumplir sus caprichos?

—Es vano todo lo que se le pueda esponder en contra. Ahí lo que vuestra reverencia debe hacer...

—Ya lo sè.

Y despidiendo al padre Cerebruno tomó el camino del castillo.

El abad no podia conocer la perversa intencion que encerraba la òrden promulgada. Ni aun le pasó por la mente que fuese un tiro infame que asestaban á su opinion.

Tan lejos de ello, creyó que Bermudo, sin prever las consecuencias, habia proyectado el pago de los diezmos por congraciarse con él, y hacerle de este modo olvidar la prevencion con que pudiese mirarle por sus anteriores delitos.

—Què error habeis cometido, Bermudo? le dijo el prelado con dulzura. Esa

orden es tan severa como intempestiva. No calculábais los funestos resultados que iba á producir? La afliccion que iba á causar á los infelices súbditos, que no poseyendo ni aun lo necesario para vivir, tenian que verse indispensablemente espuestos al rigor con que los amenazais?... Que la desolacion y la ruina iban á estender su dominio sobre esta pacífica y apreciable poblacion?

—Nada he mirado, padre mio, le contestó con afectada humildad. Solo he oido los gritos de mi afligida conciencia. Ella me ha impulsado á mirar antes por la causa de Dios, que por la de los hombres.

—Y quién os ha dicho que la causa de los hombres no es tambien la de Dios?

—Ya el padre Cerebruno me ha patentizado eso mismo, pero no me es posible convencerme de ello.

—Porque vuestro amor propio os alucina aun. La caridad es el sentimiento mas hermoso y apreciable á los ojos del Altísimo.... Es la recomendacion mayor que tiene el hombre con él, el mérito mas eminente que puede hacer para

alcanzar su gracia. Con ella se abren las puertas del alcázar celestial. Yo no dudo que os habré animado en esa medida el objeto que me indicais.... que habeis errado con buen fin, pero yo no puedo permitirlo ni aprobarlo. Habeis, ademas, procedido muy ligero... Nada me habeis dicho ni consultado, à mí que soy el responsable, el mas interesado en el cobro del tributo, como gefe de esta iglesia.... Qué grato puede serle á un pastor que apacienta una grey tan cristiana y querida, verla oprimida y acongojada, es escuchando el sensible plañir del pobre? Asi es preciso que esa órden se revoque al momento. Yo lo ecsijo de vos, y espero que me atendais.

—Es tarde ya, padre mio. Una medida retroactiva seria de muy fatal augurio en mi naciente gobierno. Si es cierto que no he mirado los resultados, tambien estoy convencido de que he obrado con arreglo á la ley.... No es culpa mia que mis antecesores hayan sido negligentes ò descuidados.... El que rige un pueblo, si ha de ceñirse à la ley y hacerla cumplir,

debe ser incesorable á la vista del súbdito, y luego, si es necesario, llorar en silencio la severidad de sus efectos. Los que hemos nacido para mandar, debemos tener el corazon de bronce, y ser, por el bien del estado, *agenos á todo sentimiento de humanidad y misericordia*. La justicia, y solo la justicia!... Ante ella todo debe inclinarse, todas las consideraciones deben desaparecer. (1)

(1) En estas máximas aviesas, sobre utopias tan detestables, se apoyan los malos gobernantes para ejercer su dominacion despótica. Invocan el sagrado nombre de la justicia, estos hombres falsos y corrompidos, que no escuchando otra voz que la de su avaricia, su interes, ó su vengativo encono, son inhumanos, sanguinarios y opresores. En medio de todo, su ceguedad es tanta, que llegan á persuadirse, á creer que los súbditos estan ocupados de un idiotismo completo, para no advertir el disfraz *justicia* con que cubren sus miras depravadas. La justicia es una deidad tan escelsa, que han contado siempre, por desgracia, con pocos ministros puros para su culto.

—Pero la justicia no se opone à aquellos medios legales que están en las atribuciones de un juez, ejercer. ¿Quièn os ha dicho que la justicia dista de la piedad?... Que su cumplimiento es un azote estermi-
nador?... Un caos de desolacion para los pueblos? ¿Que no respeta y garantiza el bienestar del súbdito? Que no es agena à todo atropellamiento y tirania? Son responsables los pacíficos moradores de este valle, de que no se les hayan ecsigido los pechos á su debido tiempo y por los trámites que la ley marca?

—Y lo soy yo tampoco? Si la justicia ha estado hasta aquí abandonada, desatendida, ¿no es mi deber restablecerla en todo su esplendor?

—Sí, vuestro deber es; pero no hacerla odiosa con una aplicacion desacertada. La malicia ó el error de los jueces la hace abominable y hasta perversa á veces. Los actos mal dirigidos son perniciosos, los extremos detestables. Si la justicia ha dormido à la sombra de la condescendencia ó el abandono, ¿á qué ecsigir su cumplimiento atrasado, de una vez? No apare-

cerá, aunque no lo sea, tal intencion como capciosa ò absurda? Y dimanando la justicia del mismo Dios, no se debe aplicar con caridad y amor á sus semejantes? No es la observacion de las leyes divinas tambien? No es conjunto de todas las virtudes morales y civiles? No prescribe la íntima conveniencia entre dos cosas? Pues bien, esto debisteis tener presente al aplicarla. Pero en esto, Bermudo habeis demostrado que conoceis la justicia, como otros tantos, solamente en el nombre.

La òrden que habeis espedido, repito que es necesario derogarla, añadió el abad con entereza.

—Siento no poder complaceros. Si vos me habeis hecho ver que he pecado de imprevision, tambien conoceréis á lo que se espone una autoridad cuando tiene que hacer ver á un pueblo que ha errado.

—Eso es el peor de todos los desaciertos. Y qué es un gobernador, aunque su categoría sea la mas alta, aunque su dignidad esté revestida del regio esplendor, mas que un hombre dèbil y mortal?

Quièn le ha dotado de infalibilidad en sus obras y determinaciones? Nadie. Pues qué, será tan necio y osado que pretenda igualarse á la divinidad? Dios solo es infalible.... el hombre, una creacion pobre y falsa, comparado con él. De aquí resultan males interminables à los pueblos; hasta el esterminio que ocasiona una guerra sangrienta á veces. Las mas acervas calamidades.... Porque todo debe sacrificarse antes de decir.... *he errado*. Qué es la sangre de millares de infelices, qué es el destrozo la destruccion y la mortandad, en prosecucion del caprichoso error de un soberano? nada... Aniquílese el estado, sucumba la humanidad, destrùyanse las ciudades y los pueblos, quede todo reducido á escombros y cenizas, apùganse con arroyos de sangre el fuego de una guerra civil que encendiò el *antojo necio de un hombre ilustre*.... nada importa, si él no tiene que decir, *he errado*.

Si esta poblacion cae en una desolacion completa, què valor tiene esto, con tal que vos tampoco os veais obligado à decirle: *he errado*?

—Conozco demasiado la fuerza de vuestras palabras, pero lo emprenderé todo antes que derogar la orden.... Yo dulcificaré la situación de los mas necesitados.

El abad se separó de Bermudo sin haber conseguido nada.

Aunque al lugarteniente no impulsase el motivo oculto que el prelado ignoraba, su orgullo solo hubiera sido mas que suficiente para que no retrocediese.

De este modo, con el sacrosanto deber de la justicia, se encubren bastardas pasiones y mezquinas venganzas.

El padre Cerebruno satisfecho del éxito brillante de su plan, ofreció á el abad hacer que el lugarteniente socorriese á los infelices que quedaban reducidos al último extremo. Semejante pensamiento fué de alto aprecio para el prelado. El astuto monge llevó su farsa mas adelante. Asegurò á este, que á pesar de su repugnancia, en presentarse en público de dia, la venceria, recorriendo las calles y casas del valle, distribuyendo los socorros, que confiaba obtener de Bermudo.

El abad le añadió, que de lo recaudado en los diezmos tomase lo que fuese necesario. Que hiciese una devolucion disimulada à los mas pobres.

De manera que al pueblo se le iba á socorrer, à obsequiar, á presentarle como una muestra de caridad laudable, por el padre Cerebruno y Bermudo, la sangre que estos mismos le acababan de sacar.

Esta negociacion fraudulenta era el colmo de la perversidad mas refinada.

El padre Cerebruno sin levantar mano, despues de ver á Bermudo, se personó aquella tarde en el valle. Su aparicion fuè tan estraña à todos, como de feliz esperanza. Entró en una de las casas que mas sentian aquella tiranía, y al ver el cuadro trazado por él mismo, de un padre hundido en la desesperacion, rodeado de cinco hijos menores, y su desconsolada esposa postrada en el lecho, á impulsos de una enfermedad aguda:

—Válgame Dios! exclamó. ¿Es posible que la providencia se complazca en oprimir à sus criaturas de este modo! ¿Y cuándo! En estos momentos. Y por qué?

Solo por halagar el antojo de un hombre; (1) sus erradas miras.... El Todopoderoso os consuele, hijos míos, que bien lo necesitáis.

—No es verdad, padre mío, añadió el labriego, que es una infamia?

—No diré yo tal, hijo, pero sí una falta de caridad. No era tan crítica vuestra situación, cuando hace un mes estuve aquí, asistiendo á vuestra madre en sus últimos momentos.

—Entonces tenia pan que dar á mis hijos y hoy no puedo ofrecerles mas que lágrimas.

—Qué, tanto os han quitado?

—Todo. Los únicos bueyes que me servian para la labranza, el grano que tenia en mis trojes... Me han embargado las tierras, y no me han lanzado de esta casa donde nacieron mis abuelos, en fuerza de mis súplicas, por el estado grave en que se halla mi esposa.... con quien indudable-

(1) Ya se conocerá que en estas palabras ambiguas aludia á el abad, à quièn todos creían culpado de la órden de Bermudo.

mente acabará este golpe.

—Y á esto llaman buena administracion de justicia! añadió el monge con profundo sentimiento! Bien que las leyes no son las malas, sino los hombres que las aplican. No es homicida el puñal que asesina, sino el brazo que le guia. Y á veces duermen las leyes en el descuido y la apatía de sus ministros, para que su intempestiva aplicacion, dé luego, dè en vez de saludables efectos, desengaños tan amargos. Para que su poder aparezca odioso y aborrecible, Aqui no es la ley la que os oprime, hijo mio, sino el móvil de su aplicacion, el interes que la guia. No es el instrumento, es la voluntad que la impele y mueve en su ejecucion.

—Es verdad.

—Pero Dios, que siempre està en todo.... no desoye los lamentos del infeliz. Tomad, (sacando unas monedas de oro de una bolsa, y dándolas con misterio al labriego.) Yo, que soy confesor del lugarteniente, tengo el encargo de socorrer al indigente. El no ha podido menos de dar cumplimiento á el acto que os contrista.

Los pechos no son para él, bien lo sabeis, pero conociendo el mal que os ha hecho, por motivos que no ha estado en su mano evitar, con generosa munificencia se propone enjugar vuestras lágrimas.

En seguida salió de la habitacion, con paso grave y aspecto humilde.

Torció á otra calle, y se detuvo delante de una puerta, donde oyó un llanto desesperado y estas palabras:

—Sí, ahora nos prometerán un auxilio en el convento.... Alguna sopa en la portería, despues que nos privan de lo que legítimamente es nuestro!... Ya insultaran nuestra afliccion.... Esperad, hijos mios, que nos den nuestros verdugos una limosna por el amor de Dios.

—Aquí no hago yo falta, dijo malignamente el monge, y prosiguió su camino.

Mas adelante se encontró á otra desconsolada serrana, con un niño de pechos, en brazos, y otros dos de la mano, que el mayor tendria como seis años.

—Y no hay justicia en el cielo! esclamaba, Privar á una pobre viuda y á estos huérfanos inocentes, del único patrimonio que

les dejara su padre.

—Qué, os han arrebatado algo, hija mia? le preguntó el cenobita.

—Si señor. Unas tierras que arrendaba, y con cuyo producto mantenía á mis hijos.

—Sea todo por Dios. Vaya, tomad (dándole otras monedas de la bolsa.) El lugarteniente no ha podido remediarlo. No es cosa suya.... A él le apremian tambien por el cumplimiento del pago de los pechos. Pero me manda á mí, su confesor, salir à enterarme de vuestros apuros, y socorrerlos, para probaros lo que le contrista vuestra suerte.

Estos actos criminales de beneficencia, y haberse esparcido la voz de que los venia ejerciendo el padre Cerebruno, cuya vocinglera fama de santidad era admirada, unidos á la escitacion que habia en la poblacion, iba dando á todo el carácter de una asonada popular, recayendo sobre el abad la cólera de los ofendidos.

El pueblo, por desgracia, jamás se detiene para juzgar. Es un rio impetuoso que sale de madre, á la voz de un ignoran-

te ó mal intencionado, que halagándolo con la defensa de sus intereses ò derechos, lo hace crecer, estenderse y destruir el ídolo á quien poco antes victoreaba y aplaudia.... Al que le guardaba consideracion, amor y respeto.... Ante el que se humillaba con entusiasmo y veneracion.

El abad poseia el aprecio de su feligreses, por sus virtudes y caritativo celo, pero todo lo perdió en un momento. Los mas moderados lo culpaban en secreto, los ignorantes lo acusaban sin piedad ni consideracion.

Pero el padre Cerebruno no se contentaba con esto. Deseaba llevar mas adelante su obra. Acabar de aniquilar la reputacion del sagrado pastor del valle.

La casualidad le proporcionó otra ventaja con la cual no contaba.

Cuando se volvía, encontró á Osman en la puerta del convento, á quien conocia de masiado, ya por informes que habia tomado de él, como por haberle visto en los clàustros del monasterio. Sabía el respeto y amor que tenia á el abad, como tambien el arrojado è impetuoso carácter del árabe.

T III. 4.—*Biblioteca popular gaditana.*

— Me alegro de veros, hijo mio, le dijo. Si vais à alguna parte no entreis por las calles de la poblacion. Yo vengo de ellas, con el corazon lacerado, al escuchar los denuestos que, cuatro imprudentes necios, vierten contra el digno sacerdote, el respetable prelado que tenemos. Lo culpan del decreto del lugarteniente.... porque el populacho siempre es imbecil è ignorante.... Como me consta lo que amais á vuestro preceptor sagrado, no podriais menos al escucharlo, como yo, que sentiros indignado. Y si á mí me ha contenido la mansedumbre y la esperiencia, lamentando el error de esos desgraciados, vos os comprometeriais á un lance desagradable.

Sin quitar los ojos del rostro del árabe para ver la impresion que le hacian sus palabras, se despidió de él, fingiendo entrar en la portería.

Pero volvió el rostro para mirar el camino que tomaba, y al notar que se dirigia hácia la poblacion;

—Ya va bien! dijo. Ha producido el efecto que yo esperaba.... No dejaremos de

ner algo bueno.... y pronto.

Y se encaminó al castillo.

Osman, á las palabras del monge, fijò su pensamiento en Bermudo. La primera idea que le ocurriò fué, que éste, queriendo vengarse del abad, habia promulgado tal órden para despues, por medio de sus agentes secretos, hacerle perder la reputacion.

Fiado en su valor, se propone destruir aquel complot infame, ò hacerle pagar cara su maldad al primero que oyese.

Cerca de pisar las calles, se encuentra à Ferraz. El ballestero conociò en su rostro, señales de una marcada agitacion.

—Qué te ha pasado? le pregunta.

—Nada; contesta Osman.

—Dónde vás?...

—A evacuar un negocio importante.

—Puedo ir contigo?

—Nó.... à Dios.

—Oh! á mí no me engañas. Espérate... Tú has tenido algun disgusto.... Estàs alterado.... cuéntamelo, voto á brios!

—No he tenido nada; dèjame, no me detengas.... *

—Véte en buen hora.... le dijo prontamente Ferraz.

—Osman siguió aceleradamente su camino, y el ballestero, cierto de algun lance desagradable, le siguió tambien desde lejos sin que el árabe lo advirtiese.

Este llegó á la plaza de la poblacion, y vió que era cierto lo que le dijo el padre Cerebruno,

La oscuridad de la noche, que ya habia entrado, infundia audacia en varios corrillos que observò, para hacer circular un rumor, que hiriò sus oidos al momento. Mas á el acercarse, á pesar de ir disfrazado con su capa negra y sombrero tendido, muchos, creyéndolo un personage misterioso, enmudecieron de temor y recelo. Asi procuraba oir, en vano, para contestar.

En uno de los extremos de la plaza, á la puerta de una que parecia taberna, vè una reunion mayor que las otras. Se aproxima y oye que decian:

—Si señores... lo dicho... Es una bastardia ¡Cuerpo de Cristo! oprimir de este modo al pobre pechero! Arrebatarle inhu-

manamente el sudor de su frente! su sangre.... el alimento de sus hijos. ¿Y para qué? para regalar à unos frailes que no tienen que hacer mas que vivir en la holganza! Por Santiago! Si fueran soldados que esponen su cuerpo á los trabajos y la vida à los peligros, no estarian tan bien pagados.

—Eso mismo he dicho yo, contestaba otro serrano.

—No os canseis.... continuaba el primero, el abad es el que tiene la culpa, el que os usurpa lo vuestro.

—Mientes bellaco, impostor, contestó Osman. El lugarteniente es el que oprime al pueblo.... El abad está inocente de todo.

Y rompiendo el corro se encontró con el cabo Treviño, que acababa de salir de la taberna con tres ballesteros mas, y estaban perdidos de vino.

El cabo sin conocerle;

—Quién eres tú, zángano, le preguntó, que así te metes en lo que no te importa?

—El que arrancará la lengua á los villanos calumniadores.

—Muchachos, continuó Treviño, ya ois á este matonzuelo: vamos á darle una leccioncilla,

Los cuatro ballesteros desnudaron las espadas; empezando una escaramuza que concluyó por una alarma general.

Los del valle, adheridos á Treviño por que halagaba su resentimiento, hicieron causa común con él; y aunque Osman se defendia con valor, tuvo al fin que usar de unos medios que no habia empleado hasta entonces. Ya no se limitaba à la defensa, y en un momento derribó à dos ò tres, mal parados, entre ellos á un balletero que se puso mas al alcance de su cimitarra.

La vista de los heridos difundió una indignacion general. Todos corrian à buscar armas con que ofender al arabe, que como un leon acosado, se batia, aumentándose por grados la consternacion, y la sangre. Cada golpe de Osman derribaba á un hombre.

Sin embargo la multitud que crecia por instantes, le estrechaba y oprimia.

—Dejadle, canalla pronunciò una voz fuerte é imponente, y se abrió paso à cuchilladas un balletero, colocándose al lado de Osman. ¿Y tú tambien, bribon? dijo Ferraz, reconociendo à Treviño; ahora me

la pagaràs. Y descargò un tajo sobre el cabo que le hizo caer desplomado.

La situacion de Treviño impuso á los demas, poniendo fuera del combate á los dos ballesteros restantes, que acudieron à él. El vino y la confusion no les dejó conocer á Ferraz.

Osman consiguió por fin romper el cerco que le oprimia, y ganando una de las esquinas de la plaza, cogió la entrada de una calle y se fué al convento ciego de còlera, ocultando al abad aquel lance, por no causarle un sentimiento acervo.

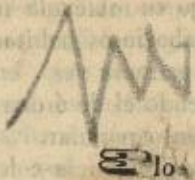
Ferraz á favor de las tinieblas se volvió à palacio, donde estaba aquel dia de guardia.

A Treviño lo condugeron al castillo, donde le curaron la herida que le cercenó casi la oreja izquierda. Si el golpe hubiera sido mas de lleno en la cabeza, desde luego priva Ferraz á Bermudo de su mejor confidente.

Lo ofrecido se cumple cuando hay ocasion; decia Ferraz muy satisfecho, refiriéndose à la cuchillada que acababa de dar à Treviño, la que en su entender habia sido

de mas efecto. Se lo ofrecí al portuguès en la barbacana, y por cierto no se quejará de mi puntualidad. Despues veremos como salimos.





Algo de provecho.

El sencillo y pacifico valle de San Onofre, aquella poblacion inocente; la que por espacio de tantos años habia vivido en una paz inalterable; en la que no se ha pensado mas que en ejercer la virtud y respetar á sus señores; la que formaba mas que un pueblo una familia, escenta de rencillas y rencores, se halla ahora en un estado de efervescencia respetable. El genio de la

discordia ha estendido sobre ella sus mortales alas, y bajo su malèvola influencia, los sencillos y laboriosos habitantes han visto correr, por primera vez, en su seno la sangre, padeciendo el deórden que ocasiona un movimiento popular.

La balanza de justicia colocada entonces, para desgracia de aquel infeliz país, en una mano siniestra y profana, ha inclinado su fiel cautelosamente, para producir por su interes particular, las calamidades que son inseparables de una mala administracion.

Ha movido el horroroso resorte de la anarquía, ha incitado á ella los ánimos por medio de sus actos imprudentes, y manejo artero; ha abusado del poder que la ley ha depositado en ella, y por consiguiente todo esto tiene que producir efectos amargos para el pueblo. Tiene que hacer correr su preciosa sangre, que se sacrifiquen víctimas, y despues pasará este mal gobernante, este hombre indigno, en su carro de triunfante desolacion, sobre las osamentas y ruinas de sus ciudadanos.

La suerte de los pueblos es sumamente infeliz y digna de compasion, cuando son llamados á regirlos, ya por intrigas ó amañes, ó bien por una obligacion forzosa y mal entendida, seres tales, que se dice nacieron para ejercer el poder supremo, y que por lo tanto debe sufrirlos el desgraciado pais que los paga y sustenta.

De modo, que teniendo el pueblo que tolerarlos por fuerza, ha de considerarse un mal gobernador, como un azote que Dios manda al pais, como un contagio, una peste asoladora.

Desventurado el pueblo que tal suerte le quepa; y mas infeliz todavía sino tiene las virtudes cívicas necesarias, para conocer, conservar y defender sus derechos.

El valle de San Onofre presentaba este ejemplo. La ignorancia, punto central y poderoso, en que fia y se apoya todo el que se propone oprimir à un pueblo, era el enemigo mas incesorable que tenian sus moradores. Poseyendo un señor benéfico y justo, como era Fernan-Nuñez, un

verdadero padre de sus vasallos, no advirtieron que Bermudo era el único culpado de la órden para el cobro de los pechos. Todo su veneno lo vertieron contra el abad, sin consideracion á sus virtudes, acreditada providad y amor á sus feligreses.

No reflexionaron tampoco, otro mal mas trascendental aun y terrible. Bermudo debia unirse á Elvira y heredar la dignidad suprema en propiedad, por perpetuar los timbres esclarecidos de la sangre en una misma familia; y si cuando era solo lugarteniente habia dictado una medida tan desconcertada y tiránica ¿què seria, ya señor absoluto de aquellos estados? Què no deberia esperarse de su autoridad orgullosa y altanera?

La mayor parte de los pueblos que gimen y lamentan una mala administracion de gobierno, es porque su total ceguera, haciendo divagar la opinion unànime que debia animarlos por la conservacion de su bienestar, los desune y entrega en manos de sus tiranos. San Onofre daba una muestra cierta de esta

verdad. Unos culpaban à el abad severamente, y la parte mas sensata que, por una desgracia funesta siempre es la mas pequeña, lo defendia. De aqui se originaron disputas y disenciones, tanto domésticas como públicas, que estendiéndose con increíble rapidez, irritó los ánimos, destruyó la armonía social, y causó no pequeñas reyertas desagradables en todos conceptos. De ellas solo uno sacaba el fruto maravilloso que se habia propuesto. El que los gobernaba.... Bermudo de Lara que se prevalió de su autoridad suprema, para halagar su amor propio, á costa de los padecimientos de sus gobernados.

Y no es lo peor á veces, que un monstruo tal sea elegido para representar la primera autoridad de un pueblo; sino que siendo perverso, reúne en torno de sí otros de igual naturaleza. Aduladores de oficio, astutos intrigantes, que como ven en el gobernador un tipo dispuesto al mal, se proponen, lisonjeándolo, que haga una mercancia vil, á favor de ellos, del trabajo, las haciendas y la riqueza de los ciudadanos.

De este ofrece un simil exacto el padre Cerebruno..

Y asi se trafica y medra con la sangre y el sufrimiento del pueblo!!

Mucho mas pudiera decirse sobre ello.

El nuevo sol alumbró la consternacion y el furor que reinaba en el valle. La gente se agitaba por las calles y en la plaza, pidiendo venganza de la sangre que la noche antes habia, inhumanamente, derramado aquel desconocido.

Cinco ó seis eran los heridos por la formidable cimitarra del árabe, y dos de ellos gravemente.

— El pobre Andres, decia uno, tiene dos cuchilladas; una en la cabeza y otra en el brazo. De la primera no sanará sino en el hoyo.

—Y deja cinco hijos y la muger enferma de cuidado, añadia otro.

Este Andres, era el labriego primero que visitó el padre Cerebruno.

— De modo que morirá, exclamaba otro con indignacion.

—Pues y el desgraciado Ruiz con el brazo derecho menos? Cómo ha de poder

trabajar, si cura, para mantener à su padre anciano y paralítico? Esta es una infamia, una villanía que es necesario vengar.

—Y qué haremos? preguntaban varios que se iban reuniendo à los que habia.

—Pedir justicia.

—A quièn?

—Al lugarteniente.

—Sí, sí, justicia al lugarteniente.....
Justicia contra el malvado que ha atentado á nosotros.

—Justicia! prorrumpieron todos.

—Detencos; exclamó el coletero, presentàndose denodado en medio del corro. Y á quièn pedireis justicia? Al que atropella vuestras casas, arranca el alimento de la boca de vuestros hijos, y si lo defendeis os encarcela?... Al lugarteniente, cuya orden severa y despótica autoriza la audacia y villanía de sus dependientes, contra el pueblo indefenso y refugiado en sus hogares, para que lo injurien y defrauden à mansalva? Necios! Vais á pedir justicia al mismo que la tropella y pisa?

—El lugarteniente es bueno que ha mandado socorrernos, el malo es el abad, contestò uno.

—Éh! no digais desatinos repuso el co-
letero. La virtud, y el amor del abad por
el pueblo, estan demostrados. Bien os consta lo que siempre ha hecho por nosotros. Estas pruebas son indestructibles. La órden del pago de los pechos envuelve alguna idea siniestra. Si el abad hubiese ecsigido del lugarteniente la recaudacion de los tributos vencidos, habria sido despacio, sin afligir ni abatir á los mismos que, con mano caritativa y pródiga, ha socorrido mil veces. Ademas, si el lugarteniente es tan bueno, no está en sus atribuciones dulcificar el cumplimiento del decreto? Y qué ha hecho mas que agravarlo cuanto ha podido? Os lo repito, tarde conocereis la inocencia del prelado. Decis que vais à pedir justicia!... Pronto os convencereis de lo que os apreciaba el lugarteniente. Sus ballesteros os la harán con la punta de sus saetas.

—En ese caso sabremos tomarla por nosotros mismos. Hay sangre derramada, y la sangre se venga con sangre.

—Sí, con sangre! Clamaron todos.

—Y què vais à pretender? preguntó el co-
letero.

—Que castiguen al que hirió anoche à Andres y á los otros.

—Y lo conoceis?

—Nó....

—Entònces cómo se le castiga?

—El lugarteniente lo buscará.

—Mucho confiais en el lugarteniente....

Andad á recibir un desengaño.

En un momento la multitud se puso en marcha para el castillo, aumentándose al paso. El valle parecia un mar agitado por el huracan. Aquellos escesos, causando una impresion nueva y desconocida en sus habitantes, los habia alarmado estraordinariamente.

—Bravo! bien!! decia para sí un monge, que cubierta la cabeza con la capilla de su hàbito y apoyado en su muleta, caminaba á paso lento, observando el movimiento popular. Ya se nota algo de provecho?... El leon rugel.... Poco tardará en estender la garra! Hacia tanto tiempo que dormia! Ya se vè, si no saben despertarlo! Imbéciles!.

Y se dirigia hácia la turba ecsaltada.

—Un monge!!! Esclamaron varios con furor.

T III. 5.—*Biblioteca popular gaditana.*

Pero pronto el respeto religioso de aquellos tiempos, se mostró en los rostros iracundos.

—Es el padre Cerebruno; prorrumpieron varios, quitándose los sombreros.

—Sí, yo soy, hijos míos. Vamos, qué ocurre ahora? les dijo con una dulce y complaciente humildad. Os veo al parecer indignados.... ¿Ha venido algun nuevo infortunio à agravar vuestra suerte?

—Sí señor, padre

—Sabed que ha sucedido

—Os dirè lo que ha pasado

—Yo os contaré lo ocurrido

—El pobre Andres!

—El desgraciado Ruiz!.

—El padre de este.

—La mujer de Andres

—Es una infamia!.

—Una picardia!!!.

Decían todos à la vez, rodeando al cenobita y gritando, con ansiedad y deseo de explicarle lo ocurrido.

—Bien... vamos... hable uno solo, y así podremos entendernos.... dijo el padre Cerebruno, con bastante trabajo para hacerse

oir. Qué ha pasado?

—Yo... yo lo dirè!... contestaron unànimes.

—Que lo refiera Pedro: prorrumpió uno.

—Eso es, Pedro, añadió el monge sonriéndose: quién es Pedro? dónde està Pedro?

—Preséntate, hombre, dijeron varios.

Pedro refirió lo que habia pasado la noche antes y que ya sabia demasiado el cenobita, por Abenaya, que todo lo observó por su mandato.

—Qué desgracia tan grave! exclamó el fraile. Hè ahì las consecuencias de un paso indiscreto! Si conociéseis como yo, al honrado jòven que decis defendiò á el abad!... Es, hijos mios, harto recomendable por su valor y virtudes. Es un digno catecùmeno á quien el abad está instruyendo en los misterios de nuestra sagrada religion. El ama al prelado, como á su digno maestro, y le debe atenciones tales, que le obligaron á volver por èl. Cualquiera de vosotros hubiera hecho lo mismo en su lugar. Os digo esto para disculparle, y convenceros de que en su modo de obrar, sino hubo jus-

ticia, tuvo una razon poderosa.... el agradecimiento. Valiente, osado y ademas ignorante de nuestros usos y costumbres, mide sus acciones por su carácter impetuoso y falto de civilizacion. Cómo quereis que èl pueda comprender vuestro justo motivo de queja, cuando es un árabe convertido?

—Uu àrabe!!! prorrumpieron todos con sorpresa y furor.

La detonacion de una mina, no produce un efecto mas rápido que las palabras recalçadas del monge, *es un árabe*, hicieron en el ànimo de los oyentes.

—Y un perro morisco ha osado derramar nuestra sangre!

—Y ha atentado á nuestras vidas!

—Y priva à unos hijos de su padre!

—Venganza! que muera!! gritaron todos.

—Sí, que el lugarteniente nos le muestre ahorcado de una almena del castillo.

—De la picota!!

—A ver al lugarteniente, clamó una voz universal.

—Esperaos, hijos, dijo el padre Ce-

rebruno. Nunca la justicia se ecsije por medios violentos. Es una deidad á quien complace mas la humildad y el ruego, que la imponente autoridad de la fuerza. Lo que se obtiene por violencia no es justicia: es un medio forzoso, y por lo tanto ilegal, usado para calmar la fiebre popular. Ya sabeis que dirijo la conciencia del lugarteniente. Voy ahora mismo á hablarle sobre lo ocurrido.

El monge sabia demasiado que esta demora produciria mejor resultado.

—Y se encaminó al castillo con paso precipitado. La muchedumbre le siguió á lo lejos.

Se presenta á Bermudo, llevando en su rostro la plácida satisfaccion de su obra.

—Vamos perfectamente.... le dice, añadiéndole todo lo ocurrido desde el encuentro de Osman la tarde anterior.

Bermudo se sorprendió de ver la intriga del padre Cerebruno, y los resultados felices que iba produciendo. Nada sabia aun de lo que habia pasado la noche antes, ni de la herida de Treviño. Los ballesteros, al conducirlo al castillo, ocultaron el verdadero motivo.

El monge continuó:

—Estamos en el momento crítico de nuestra empresa. O nos precipita este acontecimiento, ó nos coloca en el vértice que anhelamos.

—Y qué partido debo adoptar? Por quién me decido en la apariencia? A quién defiendo, á el abad ó al pueblo?

—Què pregunta tan idiota! le contestó el fraile entre colérico y risueño. ¿Por el pueblo! Y qué falta os hace su defensa? Lo que conviene es ecsaspearlo, irritarlo.... ecsaltarlo hasta lo sumo.... incitarlo á la rebellion! De seguro él nos proporcionará armas poderosísimas para batir á nuestros contrarios. El pueblo es una fiera, à la cual se encadena con facilidad, pero en irritándolo, en no sabiendo moverlo con provecho y utilidad propia, se arroja ciego y frenético á la perdicion, creyendo que así salva, redime y satisface su causa ofendida. Es una gran màquina, que hàbilmente manejada, produce brillantes resultados al que la dirija. Lo eleva, lo enriquece y lo celebra al mismo tiempo. Entretanto, el que está asido á su eje, la hace

girar á su antojo y conveniencia. Como el pueblo tiene tantos ojos, vé la verdad bajo diferentes colores, y siempre corre desalumbrado en pos del que se lo indica, como mas precioso y útil para él. Para uno que le haga ver con sinceridad y pureza, el mejor de aquellos matices, hay infinitos que le ofusquen y le digan lo contrario. El pueblo, es como un ciego que estando en una habitacion oscura, y habiéndole devuelto en ella la vista, lo sacan repentinamente á disfrutar de un sol fuertísimo, que no puede sufrir, y que sin embargo ansiaba tanto. Cuando vé la razon el pueblo, es tarde.... otros han cogido el fruto de su ceguedad.

—Segun eso, es vuestro parecer....

—Defender la causa del abad como mas conveniente á nuestros intereses. Aparentar un celo que os dicta vuestra obligacion y os pone á cubierto de sus sospechas. El pueblo se irritará, es cierto, pero si se desmanda, como debe hacerlo.... y lo hará, se le hostiliza. Se derramarà sangre. Què nos importa? Què es el sacrificio de unas cuantas vidas para cimentar

nuestra obra? Cómo holocausto de nuestro provecho? Nada. En ello no se verá mas que lo que os he dicho. Que el pueblo paga con su sangre y sacrificios su inocente ignorancia.

Esto solo bastará para conocer, que el padre Cerebruno habia manejado, antes de vestir la cogulla, importantes empresas de esta clase.

Entraron á anunciar à Bermudo, que el pueblo reunido en las puertas del castillo, pedia á voces la presencia del lugar-teniente.

—Ahì los teneis; añadió el monge à Bermudo.... Ellos mismos se entregan.... Ved como vienen á ofrecerse en nuestras manos. Salid á mover la maquina.... Hacedla girar en nuestra utilidad.

Bermudo mandò ensillar un caballo, y reuniendo à los ballesteros, se presentó con ellos en la llanura de la fortaleza.

--Lo veis? le dice el padre Cerebruno desde el puente. El leon espera su miso las órdenes de su amo. Ahora no se atreve mas que á lamerle los pies.

Diciendo esto se retirò à la muralla de

la barbacana, para desde allí ser mudo espectador de lo que iba à pasar en el llano. El fraile se ponía en lugar seguro, porque estaba harto convencido de que aquello no acabaría en bien.

—Qué quereis? le preguntó Bermudo con arrogancia.

—Justicia: gritaron todos.

—Contra quièn?

—Contra el malvado que ha derramado nuestra sangre, dijo el coletero, colocado en hombros de los demas para hacerse visible.

—Y sabeis quièn es?

—Un àrabe convertido. La ley debe vengar la causa del pueblo.

—Y dònde se halla el delincuente?

—Lo ignoramos. Pero el abad lo sabrá que es su protector: obligadle á que lo entregue.

—Teneis pruebas contra el acusado?

—Ningunas.... pero nos han informado que es èl.

—Yo no puedo atentar de ese modo ni aun al mas débil de vosotros. Sin pruebas no estoy obligado à hacer justi-

cia. Además, el abad es nuestro prelado, y si ese hombre, que decis, está refugiado, como es probable, en el monasterio, el santuario y sus ministros son invulnerables.

—Nosotros respetamos la casa de Dios y sus ministros. Como prueba de ello ponemos nuestra sumisión de ayer à darles lo que la ley prescribe, y tan imprudentemente se nos ha esigido, á costa de los mayores sacrificios. Pero así como la ley nos hizo obedecer, que esta misma garantice ahora la satisfacción que reclama la ofensa personal hecha à sus sometidos. Pedimos justicia!

—Justicia! tornò á repetir el grito unánime.

—No puedo hacerla, repuso Bermudo, algo incómodo. El delincuente que señalais no me pertenece.

—Pertenece à la ley, gritó el furibundo coletero. Para eso sois lugarteniente. Y así como sabeis sacrificar y oprimir al pueblo con vuestros esbirros armados, sabed tambien defendedlo, que esa es vuestra sagrada obligación.

El coletero que, como se ha visto, estaba predispuesto contra Bermudo, desahogaba en él toda su cólera.

Bermudo irritado à estas palabras....

—Retiraos, dijo. No admito mas réplicas. Si quereis justicia entregadme al criminal y la obtendreis. Ea, marchaos ò os harè obedecer à vuestro pesar.

—No os lo dije? Esclamó el coletero, fuera de sí. Asi se asesina, se saquea y se insulta al pueblo.

—Ballesteros, gritó Bermudo, despedjad á esa canalla.

—Canalla! gritó el coletero. ¿Canalla el pueblo que sufre, trabaja, paga y derrama su sangre!... No mas: á ellos!

Y una espesa lluvia de piedras cayò sobre los ballesteros y el lugarteniente.

Bermudo fué derribado de su caballo por una pedrada, y lo retiraron sin conocimiento al castillo.

Los ballesteros dispararon las saetas causando algun daño á la apiñada multitud.

—Un grito de horror é indignacion fué lanzado à la vista de los heridos.

—Asesinar al pueblo, porque pide justicia! dijeron, y se arrojaron despechados á los ballesteros, que oprimidos y con grave peligro, se retiraron prontamente al castillo; pues muchos de los amotinados estaban armados cuando bajaron á la llanura.

El coletero, gefe de aquella refriega, habia inducido á la mayor parte de la muchedumbre contra el lugarteniente, asegurándoles que él tomaria la palabra para hacerles ver que Bermudo era el culpado.

— Pero otros mas ignorantes, despues de haber retirado á los ballesteros, pretendieron buscar á el árabe y satisfacer en èl su rencor. El pueblo cuando se engríe es temible y espantoso. Una voz necia, inconsiderada ó vengativa, que se prefiera en un tumulto popular, entre la muchedumbre que no vé, oye ni discurre en aquel momento, es una llama arrojada en una arista seca é inflamante, en el rigor del estío, en medio de un prado árido y reinando un viento impetuoso.

—Busquemos á el árabe, dijo uno.

En el convento estará.

—Pues al convento; prorrumplieron todos, y se dirigieron à él.

Aquella conmocion general, llamó la atencion de los monges. Las puertas del monasterio se cerraron, á pesar de que el abad no estaba en él, por haber ido, como tenia de costumbre desde que faltaba el conde, al palacio de recreo, todas las mañanas muy temprano, á saber de su hija adoptiva.

La turba irritada se habia acercado á las puertas de la iglesia, demandando á voces que le entregasen la persona de Osman. Los monges, atemorizados, no sabian el fundamento de aquel atentado. El padre Urbano mandò, por una puerta falsa que caia á las ruinas, un emisario que refiriese à el abad, inmediatamente, lo ocurrido.

Los puertas las golpeaba el populacho desenfrenado; pues los mas sensatos, como el coletero y otros, viendo que no podian contener ni disuadir á los alborotadores, se habian retirado. Con estrépito, y demandándose en palabras escandalosas pro-

ducidas por la ceguedad y el encono, atropellaban el respeto y veneracion que debian al santuario.

Y luego de estos actos se culpà al pueblo, para denigrarlo impunemente. Al pueblo ignorante, que comete una inocente indiscrecion producida por un justo acaloramiento. Se olvida que es como un niño sencillo, à quien se le irrita y ecsaspera, para que profiera palabras inmorales y escandalosas.

De quièn será la culpa pues? Del que no alcanza la gravedad de consecuencias tan repugnantes, ó del que le estimula, incita y obliga, con sobrada malicia, conocimiento y persuacion del resultado?

El padre Cerebruno, que observó desde la barbacana lo mal parado que quedó Bermudo, dijo con socarronería:

—Còmo ha de ser!... El leon se ha ensangrentado demasiado!.... ya se calmará! El lugarteniente no contaba con ese regalo.... Todo en este mundo tiene sus quiebras!....

Y veia con serenidad y faz placentera al pueblo, dirigirse al monasterio.

Cuando las amotinados estaban mas entregados á su furor, las puertas de la iglesia se abrieron de repente.

El abad y Elvira se presentaron en el umbral.

Un silencio sepulcral sucedió á aquella desaforada gritería. Pareció que discurría por los miembros de los furiosos un espasmo general. Un profundo y poderoso respeto les sobrecogió, y desnudando sus cabezas las inclinaron, sin osar levantarlas para mirar los objetos que tenían delante.

—Qué es esto, hijos míos? prorrumpió el abad, interrumpiendo el silencio que reinaba.... Qué poder evocado del infierno, que vértigo maligno es el que se ha apoderado de vuestros corazones? Qué os ha hecho á vosotros, tan virtuosos é inocentes, atropellar así el respeto debido á la casa de Dios? Qué derramar la sangre de vuestros hermanos, manchando con ella vuestras manos? Qué os induce á tan ecsecrable delito? Qué os incita? Ah! ya lo veo con dolor! Un error funesto, una ceguedad detestable quizá!.... Entrad

en el templo.... Ya os están abiertas sus puertas.... y para probaros cuanta ha sido vuestra ceguedad, como os engaña ese alucinamiento, entrad, entrad; yo voy á presentaros al que buskais, y estoy seguro que no habrá uno solo entre vosotros tan impío, que ose profanar la morada del Altísimo.

El abad conduciendo á Elvira de la mano se colocò sobre el presbiterio. El pueblo mudo y silencioso se arrodilló á los pies de su prelado.

La comunidad, que estaba en el presbiterio tambien, á la llegada de su superior salió, parte de ella, y por órden de este, á recoger los heridos y á conducirlos al convento.

Aquel ejemplo de caridad conmovió á los espectadores.

La hermosa condesa, acongojada á vista de tales escenas de dolor, derramaba un llanto abundoso delante de sus súbditos. Las lágrimas de la encantadora doncella fueron un bálsamo benéfico, que calmando el furor que ardía en los corazones, lo tornó en un afecto dulce de sensibilidad.

No era extraño, porque á Elvira la adoraba hasta el mas pobre y mísero colono.

El abad hizo en seguida una manifestacion franca de su conducta, no solo en la escigencia del pago de los pechos, sino hasta de la ignorancia en que estaba, con respecto á la orden espedida sobre ello, aun despues de su publicacion. Espuso con aquella sólida é imperturbable verdad, que le era proverbial, que habia tenido una entrevista con el lugarteniente, en la cual le echó en cara lo intempestivo y cruel de tal medida, pidiéndole la suspendiera y revocara. Y concluyó asegurando, que Osman, persuadido y enterado de todo esto, se habia comprometido, tomando su defensa, sin otro objeto ni intencion que volver por la verdad y la inocencia. Que su ánimo jamás habia sido hostilizar al pueblo. Que era un noble, un príncipe, y que su sangre y antecedentes no podrian nunca incitarle á un acto tan villano y ruin, como deramar la sangre de infelices inocentes, á quienes apreciaba tanto como él mismo.

T III. 6.—*Biblioteca popular gaditana.*

Que habiendo sido atacado, usò de la defensa natural, en una contienda que fomentaron, la ceguedad y ecsaltacion de unos, y la persuacion de obrar bien en otros.

El abad mandó comparecer á el árabe, á la vista de los presentes.

Un murmullo sordo, no ya de cólera, sino de admiracion, circulò entre los espectadores. Porque el valor de Osman lo confesaban aun los mas ofendidos.

—Aquí estoy, prorrumpió este. No soy vuestro enemigo, porque haya nacido en diverso pais que vosotros, ni dirigido mi infancia distintas doctrinas religiosas. Hoy soy vuestro amigo, vuestro hermano. He peleado por la defensa de vuestra religion que es la mia, y esta nos prescribe fraternidad y amor. Nunca fuè mi intencion anoche dirigirme contra vosotros, porque me consta que estais alucinados, resentidos con razon. Me dirigí á los ballesteros que injuriaban al pastor sagrado que teneis presente, y cuyas eminentes virtudes conoceis mejor que yo.... Porque entre ellos habia un hombre

sospechoso.... En una palabra, un espiá disfrazado, un agente infame.... Por tal lo tengo, porque sabed, que vuestro lugarteniente es un hipócrita, que encubre sus depravadas intenciones con la máscara de la probidad y el interes comun. Porque le constaba que tal órden os iba á afligir y á anonadar, y ha tomado por tipo defender la causa de la religion, haciendo recaer sobre el prelado vuestro resentimiento. En fin, porque en ello lleva alguna idea siniestra que no comprendéis, y yo sospecho.... porque le conozco tambien mas que vosotros.

Los ojos de Osman manifestaban la fé y entusiasmo de sus palabras. Estas, si bien fueron indiscretas en aquel sitio segun el concepto del abad, despertaron en él una reflexion que no le habia ocurrido. *Que en ello lleva alguna idea siniestra.* Estas frases se clavarón en el corazon del prelado. La perspicacia del árabe habia alcanzado mas que la suya.... Osman prevenido contra Berinudo no creia nada bueno en él.... El abad por el contrario, habiendo sido seducido por su fingida con-

tricion y falsas palabras , lo imaginaba ya arrepentido y dispuesto à lavar sus pasados extravíos.... procediendo en la publicacion de la òrden, con errado pero inocente y laudable ùn.

Hasta llegó à avergonzarse el abad de su debilidad.

El pueblo , á las razones del árabe, quedó un momento silencioso, pero recordando las reflexiones del coletero , cotejándolas con las frases de Osman, y uniéndolas á las que Bermudo les acababa de dirigir en el prado del castillo, un murmullo de indignacion resonó entre los circunstantes. Ademas, el abad no podia mentirles. Les habia públicamente asegurado que no tenia ni aun conocimiento de aquel decreto antes de publicado; y esto no admitia duda.

—Es verdad, dijeron varios para sí, el lugarteniente es el malvado.

—Yo os he patentizado mil veces mi amor y desvelo, añadió el prelado. Estais cierto de ello?

—Sí, sí.... prorrumpieron todos.

—Pues entonces ¿què hijo duda del

cariño de un padre que tantas pruebas le ha dado de él? En eso conoceréis que habeis errado, porque una ilusion funesta os fascinaba. Os consta que lejos de querer vuestros bienes, he prodigado todos los míos en vuestro obsequio, en gloria y esplendor de la religion que profesamos. Y no os bastaba esa idea para detener el criminal juicio que habeis formado de mí? Yo que con paternal cariño me he colocado entre vosotros, para mitigar vuestras penas y daros aquel consuelo inefable que la religion prescribe, yo que no conozco mayor placer que enjugar vuestras lágrimas ¿he de procurar hacerlas correr impiamente?

—Yo os lo aseguro, amados míos, prorrumpió Elvira. El abad os ama como yo, creedme. El no ha tenido parte en vuestras desgracias, os lo juro.

Las palabras de la noble doncella fueron contestadas con repetidas aclamaciones de júbilo.

El pueblo se retiró completamente satisfecho. El abad no quiso que los heridos saliesen del monasterio, hasta que

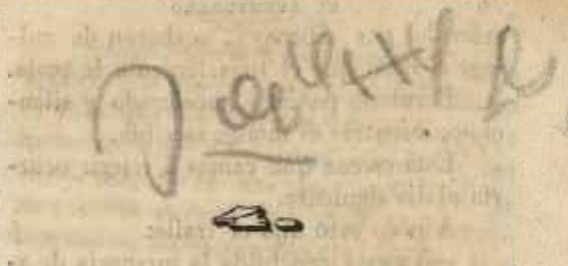
44 27

estuviesen restablecidos.

Aquel mismo día el prelado y Elvira visitaron las familias que mas sufrían los crueles efectos de la órden de Bermudo. Las consolaron y socorrieron, asegurándoles el abad que en cuanto tomase él posesion de lo embargado, les seria devuelto á cada uno lo que anteriormente poseia.

El prelado recobrò la estimacion de su grey, que por un momento le usurparon la intriga y la maledicencia.





Combinaciones.

Lo ocurrido dentro de la iglesia, causó diferentes sensaciones al padre Cerebruno y al lugarteniente. Informados por Abenaya, que todo lo oyó y observò, el monge sonreia, y Bermudo daba pasos precipitados por su càmara, apretando los puños de corage, viéndose denigrado por el àrabe en presencia del pueblo.

Las palabras de Osman, ecsactamente

referidas por Abenaya, acabaron de colmar el odio que el lugarteniente le tenia.

Bermudo paseaba, acelerado y silencioso, mientras el monge escribía.

Esta escena que vamos á referir ocurría al día siguiente.

A poco rato dijo el fraile:

—Ya está concluida la memoria de ayer.... que en verdad no ha sido corta: examinemos detenidamente el manuscrito.

Y se puso á repasarlo.

—Está perfectamente! añadió. Vamos á ver.... Os hallais en estado de poder escucharme?

—Si señor.... contestò bruscamente, Bermudo.

—Gracias à Dios!

—Yo tambien lo deseaba, porque hasta ahora no veo que hayamos adelantado nada.

—Cada cual mira las cosas á su modo. A mí se me figura lo contrario.

—No sé en qué fundais vuestro parecer. Ya lo veis.... El abad ha vuelto á restaurar su opinion, y quizá con mas ventaja que antes.

—Bien, eso será con el pueblo nada mas. Y qué nos importa la plebe? Ella no es mas que un instrumento pasivo, que lo tengo á mi disposicion cuando se me antoje usar de él. De otra parte nos ha de venir la derrota del abad y el triunfo nuestro. De tales asonadas, de esta bulla, no se saca partido donde suenan las voces, si no donde llegan los ecos... Mas lejos!.... mas lejos, amigo mio!... Vuestro ojo, no es ojo de conspirador.... Verá mucho, pero no alcanza nada.

—Todo lo revestis favorablemente, y yo hallo muy poco útil y conveniente que ese árabe me vilipendiara á los ojos del pueblo. No considerais que tal ultrage á mi dignidad no debe quedar sin castigo?

—Veo que sois como un chico, à quien es necesario dar de vez en cuando un juguete para hacerlo callar.... Pero dejemos esto, que lugar habrá para todo, y atendamos á lo mas importante. Lo que acabo de redactar en estas memorias, copiadlo y unidlo al escrito, que de las mismas estais haciendo.... Tenedlas al dia como yo, para usar de ellas cuando sea tiempo.

— Què ¿no lo es todavía?

— Aun no.

— Tanta demora y lenidad me desesperan.

— Ya, ya se lo que os agrada.... El juguete que deseais.... Vaya.... voy á empezar á dároslo para contentaros. Sentaos y escribid á el abad.

«Mi muy querido padre. He sabido, con tanto pesar como disgusto, que se me han imputado á la vista del pueblo, con mengua de mi autoridad, y en el mismo santuario, ideas y pensamientos denigrantes, é indignos de mi clase y nacimiento. Si he cometido, como sabeis, estravios, en que mas parte ha tenido la inesperienza de la juventud, que una inclinacion detestable, los errores son hijos del hombre, pero no por esto tengo ninguna prevencion contra vuestra paternidad por haberlos penetrado. Y sin embargo se ha supuesto asi indignamente. Pero al deslenguado que tal mancha echará en mi conducta actual, quiero darle una prueba, por obsequio vuestro, de generosidad. Este es el árabe catecúmeno que instruis, el cual

solo debia entrometerse en procurar adelantar en el camino de su salvacion, no en juzgar mis acciones. Hacedle saber que se halla bajo la severidad de la ley por el criminal hecho de antes de anoche, en que alteró la tranquilidad pública, hirió á varios pacíficos habitantes, á un balletero de mi guardia, y ha sido causa de los alboros y sucesos de ayer, con desacato y ofensa de mi persona. Todo esto lo olvido sin embargo, y no instruiré proceso de tales delitos; pero os aseguro que al menor acto de reincidencia por su parte, caerá sobre él, no mi justo encono, sino la espada de la justicia depositada en mi mano, y la que no empuño en vano para gloria del señor y bien de estos súbditos.”

“Podeis mandar vuestros comisionados á entregarse en lo recaudado de los pechos, para que useis de ello como mejor os plazca. Mi deber está ya cumplido y mi conciencia en esta parte tranquila.”

Vuestro apasionado— Bermudo de Lara”

Esta carta hizo en el abad una impresion profunda. Por ella conoció que Ber-

mudo estaba animado contra Osman y que no vacilaría en vengarse de él, en la primera ocasion que se le presentase.

Así ocultó á el árabe el contenido del billete.

El padre Cerebruno cierto de la prudencia del abad, estaba seguro de que nada diria á Osman. Pero la carta llevaba otra intencion. Era un cabo del lazo que iba à tender á el árabe el que confiado en su generosidad y bizarría tendría en nada las acechanzas ignoradas de Bermudo y su cómplice.

.....

.....

Varios dias pasaron en que restablecida la paz en el valle, curados los heridos, y devuelto á cada uno lo que se le habia secuestrado, ninguno se acordaba de lo ocurrido, sino como un sueño pasagero y desagradable.

Elvira, á quien los sucesos pasados entre sus vasallos, habian distraido de su continuo pensamiento, fijo en su padre y su amante, pudo entregarse otra vez á los dilatados y tristes recuerdos de la bor-

fandad que lamentaba. Algunas veces, para distraer sus penas, se asomaba á las ventanas altas que caian al sitio donde habló con Ramiro la noche que este le declaró su amor, atrayendo á la imaginacion aquellas frases hechiceras que cautivarou tanto su corazon.

Otras veces, li-onjeándose con la esperanza de un porvenir halagador, forjaba en su mente mil combinaciones al parecer realizables.

—Si èl salvase la vida de mi padre! decia. Si este le debiese su ecsistencia! ¿Qué accion mas digna y recoinendable para que pudiese obtener mi mano? Por que aunque Rodrigo me mandó amarle y ser suya ¿quién sabe si el anciano preocupado por Bermudo querrá acceder á este mandato? Es indudable que el precepto de Rodrigo, fué contando con el asentimiento de mi padre.... Pero este es inecorable cuando dà una palabra y toma una determinacion.

Pero si su peligro en la guerra fuese tal que Ramiro lo librase de èl!.... Que por un hecho grande de heroismo y va-

lor, lograrse adquirir su estimacion y confianza, entonces era mucho mas fácil inclinarse al poderoso Fernan Nuñez, á que revocase su propósito en favor de mi amado.

¿Y si Ramiro pereziese en el combate! Ah! no quiero recordarlo! Idea cruel que acibara mi mas halagüeña esperanza! Entonces tendria que enlazarme á Bermudo y se acabaria este amor que es mi vida... Sí, se acabaria, porque mi existencia tocaria tambien su término. Sin el amor de Ramiro ya no me es posible vivir.

El abad y Osman vinieron á interrumpir sus reflexiones.

—Qué, estabais sola, hija mia? le dijo el abad.

—Y no tengo bastante con mis sentimientos?

—Pobre azucena, sola y desamparada en su vergel!... exclamó el abad. Mas espero en Dios que pronto cese ese agudo penar que marchita tan pura lozanía. Entretanto vais á tener una tierna compañera. Esta al menos endulzará algo vuestra situacion.

—Cuál?

—Vuestra ahijada Isabel.... La esposa de Osman.

—Cómo!!

—Si, este secreto va á cesar mañana. Despues de la misa solemne, el catecùmeno recibirá el bautismo, y en seguida los unirè para siempre en la capilla de las huérfanas. Habia pensado efectuar dos bodas à la vez, pero he reflexionado que esta conviene adelantarla.

—Y yo quiero ser la madrina de los nuevos esposos.... Todo lo que sea contribuir á la felicidad de alguno, es de un gozo estremado para mi corazon.

—Ahora acabamos, añadió el abad, de ver á Isabel. He querido que sea de noche porque todavia conviene usar la precaucion y el secreto.

—Pero nunca me habeis explicado este misterio.

—Ya lo sabreis á su tiempo.... Además que no es útil tampoco que lo sepais.... mas os conviene ignorarlo....

—Y qué nombre vas á tomar? le preguntó Elvira à Osmau.

— Alfonso, señora: contestò este.

— Hola! El del abad.

— Es en memoria de sus virtudes.... y del amor que profesa à mi hermano Ramiro. Solo siento que este no se halle presente á la ceremonia.

— Es verdad que debia estarlo.... pero acuciando la ocasion como el abad me ha insinuado....

— No se puede demorar.

Ya hemos dicho por la superiora de las huèrfanas, que Ondina habia recibido el nombre de Isabel. Su bautismo se efectuó una noche en secreto, sin que asistieran mas que el abad, Elvira, la directora y la dueña Eleonora.

Ondina, à la memoria de que su padre habia muerto cristiano, y Osman lo seria tambien, acogió con tanta avidez las instrucciones que le daban para ello, que se adelantó à los deseos del prelado.

Pero este no quería presentarla à los ojos de Bermudo hasta que estuviese casada, y para lo cual tenia pensamiento de hacerlo, efectuando despues una conferencia secreta en el castillo entre Bermudo,

ella y Osman , reconciliándolos à todos.

Mas los deseos laudables del prelado no llegaron á cumplirse.

La dueña anunció á Bermudo , y los semblantes de los interlocutores tomaron una variacion sombría.

El árabe , sin poder contenerse, clavó los ojos en el lugarteniente de tal modo, que el abad se conmovió interiormente, recelando algun resultado funesto.

Bermudo que lo notò , se sentó, disimulando cuanto le fué posible , y dijo á Elvira con tono afable y festivo:

—En verdad , hermosa prima, que no os creía tan bien acompañada. Que ha haberlo sabido , me hubiera privado del inefable placer de consolaros en vuestra soledad.

—Y por que? le preguntó la condesa.

—Porque veo que se han tomado el trabajo de hacerlo , personas que cumplirán con ello mas á satisfaccion vuestra.

—Estais equivocado. Un favor que honra nunca está demas.

Bermudo visitaba é inenudo à Elvira por mandato del padre Cerebruno.

T III. 7.—*Biblioteca popular gaditana.*

mostrándola suma galanteria y finura. Ella notó al principio tal metamorfosis, pero luego la atribuyó á que este habria mudado de conducta, para grangearse su afecto; asi le correspondia por pura urbanidad.

—Viendo aquí á nuestro respetable pariente, continuó Bermudo, ¿què falta os puede hacer el consuelo de nadie?

—El que se encuentra en el estado de afliccion que yo, no esquivo una muestra de aprecio por leve que sea.

—Es verdad.

—Y cómo os sentis de la herida que recibisteis en la cabeza en los últimos acontecimientos?

—Totalmente restablecido. El daño fué menor que el desacato. Ya se han preso á los perpetradores. Parece que el gefe del motin es un coletero. Pero él y sus cómplices estan ya en las prisiones del castillo.

—Por Dios, Bermudo, sed indulgente. No los aflijais mas! Bastante han sufrido los infelices desde la ausencia da mi padre.

—Esas palabras deberían ofenderme, sino estuviese cierto de que las proferís impulsada por vuestro benéfico corazón. Mas solo os contestaré, que la demasiada apatía y condescendencia del conde, ha engreído la audacia del pechero hasta el punto que lo ha manifestado ahora, faltando á mi dignidad, á mi clase... á vuestro padre mismo representado por mí. Cuando las leyes se desatienden y olvidan, la insolencia del pueblo crece, y produce resultados amargos para el vasallo y el señor. Males mas graves pudiéramos lamentar aun, si mis acertadas providencias no hubiesen puesto coto á la insolencia de esos miserables. Con todo, yo os ofrezco que vuestro deseo lo satisfaré.... Sufrirán solo un mes de prision en los subterráneos del castillo.

El abad, conociendo que aquella conversacion no podia tener un término li-sonjero, se propuso variarla, preguntando á Bermudo si habia tenido noticias del ejército, despues de su salida de Toledo.

—Sí, contestó. Se asegura la conquista de Malagon por nuestras armas.

—Dios sea loado! añadió el abad. Esa primera ventaja es de feliz augurio para nosotros.

—Ha sido tomada por asalto. Parece que los cruzados franceses y españoles que iban en la vanguardia del ejército, han hecho prodigios de valor. Pero si es cierto que han lidiado como buenos, como tales han obtenido la recompensa.

—Y se sabe si han perecido muchos? preguntó, algo sobresaltada, Elvira.

—Casi todos. Ellos se encargaron del asalto y por lo tanto les ha cabido la peor parte.

El rostro de Elvira se cubrió de una palidez mortal, y estuvo próxima á desfallecer. Bermudo que no quitaba los ojos de ella, le dijo con doblez y dulzura.

—No, no os asustéis anticipadamente, amable prima. Todavía no veo un peligro tan cierto para vuestro padre, que debamos temer. El conde es apreciado mucho por su alteza, y este, en consideración à su edad, no lo espondrá demasiado.

Bermudo despues de gozarse à su placer en la letal ponzoña que acababa de ver-

ter en el corazon de Elvira , se despidió. A el abad no se le ocultó su depravada intencion.

—No os desconsoléis , hija amada , la dijo el prelado. Ved como yo tengo razon en reservarme de ese hombre. Por sus palabras he conocido harto que sospecha inteligencia entre vos y Ramiro. Ese carácter ecsagerado y funesto que ha dado á la noticia , es tan falso como siniestro. Ha querido sondear vuestra alma al tiempo de destrozarla. Os espiaba con sus miradas y se ha complacido en la triste impresion que os han hecho sus palabras.

—Ah!! prorrumpió el árabe sordamente, con ira reconcentrada.

El prelado despues de consolar à Elvira, tornò al monasterio con Osman, habiendo combinado con la condesa la hora para el desposorio de este, al dia siguiente.

ter en el corazon de Elvira, se despidió.
A el abad no se le ocultó su desgracia in-
facion.

—No os desconsoléis, hija amada, la
dijo el prelado. Ved como yo tengo razón
en conservaros de ese hombre. Por sus pa-
labras he conocido que os sospecha in-



teligencia entre vos y el mismo. Ese carac-
ter escandaloso y funesto que ha dado a la

botica, es tan falso como el viento.
El lazo.

de destrucción. Os espanta con sus miradas
y se ha complacido en la triste inpro-

cion que os ha hecho sus labras.
—Añadid el árabe sudanese-

ISABEL, á quien ya no llamaremos On-
dina, habia visto aquella noche à Osman
al cabo de tantos dias que carecia de su
presencia. El respeto que se debia á el
establecimiento, y el que no pudiesen des-
cubrir el paradero donde ella estaba, hi-
cieron à el abad prohibir à el árabe ver á
su amada hasta el momento oportuno.

Poco faltaba para este instante ansiado

premio de la constancia de un amor tan puro y radical. Las horas de aquella noche se dilataban mas en la vehemencia de la enamorada Isabel, deseando la aurora mas feliz y hermosa de su vida.

El que no haya experimentado un amor puro y verdadero por un objeto interesante, no puede comprender lo que padece el corazon de una jòven, contando los minutos tardios de coronar su dicha. De unirse á aquel ser, cuya posesion le ha costado tantos sinsabores, làgrimas y sufrimientos.

La tierna doncella estaba entregada à estas ilusiones, apartando de sus ojos un sueño que iba à robarle su encantadora perspectiva, cuando unos golpes terribles en la puerta de la casa, vinieron á distraerla.

Sin saber por qué, aquellos golpes acababan de resonar en su alma, con una vibracion aterradora.

Pero mas se sorprende al escuchar en el patio, una voz estentòrea, ronca y feroz que decia:

—Sí, cuerpo de Dios! No me lo ne-

gucis, tia lechuza. Si la ocultais pego fuego á la casa y ardemos todos. Ea, pronto. Dònde está la muchacha?... Sabemos que se halla aqui, nos consta, y venimos à buscarla de órden de su padre. El lugar-teniente nos envia.

Estas frases la sosegaron. Su padre no ecsistia, de modo que no podia ser ella la que buscaban.

Corta fuè su tranquilidad, porque llamaron à la puerta de su habitacion.

—Quièn es? preguntó asustada.

—Soy yo, Isabel.... le dice la superiora.

—No es á Isabel,... Es à Ondina á quien buscamos, repuso el de la voz.... Esta bruja lo trueca todo esta noche.

—Es su segundo nombre, contestò la superiora, con sufrimiento y resignacion.

—Adelante.... lo que se desea es acabar pronto.

Isabel se presentó en el dintel de la puerta.

Los rayos de la linterna que traian los ballesteros dieron en aquel rostro angelical, conternado por el susto y sobresalto,

—Guapísima!! prorrumpió el capitan Garces, con una admiracion destemplada, pues á aquella hora es sabido que acostumbra no estar en su completo acuerdo. Bella chica!... Regalo de príncipe! Que tal, Treviño?... Qué harías tú con este palmito, portugues bribon?... No te meterías á fraile por cierto, zorro fanfarron.... Mira que ojos! (arrebataando la linterna al balletero que la tenia, y arrimándola descortesmente á el rostro de la doncella) Qué boca, que nariz y que tez!... Fisonomía oriental! Conquistar esta plaza y entrar en ella por capitulacion ó asalto, vale mas que todas las campañas hechas al moro!... Quita bárbaro! dando un empujon á Treviño que miraba con atención á Isabel. Esto no se ha hecho para portugueses.... Es bocado demasiado esquisito para lo bestias que sois.

A los insultos del capitan Garces, conocía Treviño que no habia mas remedio que callar, pues con vino era cruel. Asi el cabo sonreía y los celebraba, por mejor partido.

—Ea, venios con nosotros, niña her-

mosa, prosiguió el capitán. No tengais recelo, que aunque militares, os trataremos como corresponde à vuestra edad y hermosura.

—Señores, yo pienso que os equivocais, contestó sollozando Isabel. Segun he colegido por vuestras espresiones, buskais á una jòven de parte de su padre, y el mio ha muerto en mis brazos hace pocos dias.

—Angel mio, esas son muchas honduras para un soldado. Nosotros no podemos hacer mas que obedecer. Os llamais Ondina; y sois vos la que nos mandan llevar à la presencia del lugarteniente.

—Pero señor capitán, repuso la directora, perdonad si os digo que yo no puedo dejar salir de aquí á ninguna educanda sin una órden espresa del padre abad, director de este establecimiento.

—El padre abad que se meta con sus monges... Los frailes no tienen que ver nada con las mugeres.

En eso estais equivocado.... y os aseguro que la señorita no saldrá de esta casa sin que yo tenga al menos un salvo-conducto para mi resguardo... Antes promoveré un

alboroto en el colegio, sin mirar la hora que es.

—Peor para vos, madre mia. Porque yo he venido por la muchacha.... y me la llevarè, á pesar de vos y de todos los abades del mundo.

Treviño conociendo que aquella disputa podia tener un mal resultado;

—Capitan Garces, dijo; todo puede remediarse.... y la señora superiora tiene razon en lo que esije. ¿No os dió elलगarteniente una òrden escrita para ella?

—Por el alma de mi padre que teneis razon! Ya no me acordaba. Tomad, (dándole la órden á la directora). Y nosotros en marcha.

La superiora la leyò, y no quedándole duda que venian por Isabel, motivado de la conversacion que habia tenido con *el padre Rafael de Miraflores*, se acercó á esta y le dijo, besándola.

—Consolaos, hija mia, que muy pronto os alegrareis de la ventura que os aguarda. Vuestro porvenir será feliz y envidiable. Si ahora sentis el no uniros á vuestro amante, como lo ibais á efectuar, otra dicha

mas inefable sostituirà á esta. Lo sé, y me consta que no os ha de pesar salir esta noche de aquí.

El capitan puso fin á las palabras de la directora, cogiendo à Isabel de la mano, y saliendo con ella, á pesar de sus lágrimas y ruegos para que la dejaran.

En el corto tránsito que habia de la casa de huèrfanas al castillo, se deshizo en bruscos y groseros requiebros, que acongojaron mas el espíritu de la afligida jóven.

Aunque esta preguntó varias veces á sus conductores la causa de aquella violencia, siempre obtenia del capitan una cáfila de palabras tan insulsas como repugnantes, que la hacian sufrir lo que no es decible.

Al entrar en el castillo sintió tan oprimida su alma, que sus lágrimas se multiplicaron.

—Vamos, lucero, no hay que afligirse tanto, dijo el capitan. No creais que esto es alguna cueva de salteadores. Aquí todos los que habitamos somos gente de forma.... Y ahora vereis al lugar-

teniente, que es un mozo como un lirio.

Y la condujo hasta la puerta de un gran salon.

El capitan entró en él, y saliendo al momento la dijo:

—Abí teneis al lugarteniente. Y mostrándole à Bermudo que estaba sentado en un rico escaño, se retiró, cerrando la puerta.

Isabel no se atrevia á levantar los ojos, ni à moverse del sitio donde la dejó el capitan; pero al oír á Bermudo que la dijo:

—Acércate, Ondina.

Lo reconoce, y dando un grito de espanto, redobló su llanto amargamente.

—No, no temas nada de mi amor, la dijo, levantandose, y conduciéndola al escaño. Ven, siéntate á mi lado. No es ya un amante rendido el que estas viendo. No es el enamorado y tierno Bermudo; es un juez inescusable que va á juzgar tu ingratitud y perfidia. No creas que te habla aquel que ciego idolatraba tus encantos, no. Ya esa ilusion ha desaparecido, se ha borrado de mi corazon,

y en su lugar ha quedado la terrible realidad. Estas ahora en presencia del poderoso lugarteniente de San Salvador.... *de tu amo en fin.*

Una mirada de indignacion que le lanzó Isabel, manifestó una animacion poderosa de su espíritu abatido, á las palabras que acababa de oír.

—¿Mi amo! le dijo. Y quièn os ha dado ese derecho?

—Jamás me humillaré á satisfacer tal pregunta. Te he permitido sentarte en mi presencia, para demostrarte que no he olvidado la cortesania de caballero... Pero guárdate, no te haga ver tambien la dictancia que hay del señor al esclavo...

—Dios mio!!

—Te presentè la halagüeña perspectiva de mi amor, los brillantes goces de la opulencia, y despreciastes repetidas veces mis propuestas. Hice mas.... hasta ofrecí elevarte hasta mí, darte mi mano (1) y me insultastes y escarnecistes,

(1) Ya se conocerá que este falso resorte lo tocò Bermudo, para conseguir vencer la obstinacion de Isabel, á su lúbrico capricho.

sin duda porque contabas con un apoyo, á tu parecer poderoso, para burlarme, como lo has hecho.... Pues bien; dos palabras voy á decirte, y creeme como si oyeras la voz de Dios. Te he hecho conducir aquí para hacerte ver que mi poder no se burla tan facilmente, y que mi jurisdiccion sobre tí es absoluta. Ahora el que quiera, que venga á sacarte de mis manos.

—Osman me sacará! Sí, Osman que te odia, que me ama, que vive.... y delante del cual temblarás, cobarde asesino.

—¿Osman!

—Sí, el que me libró de tu brutal intento, y á Sara tambien, la noche tan funesta para el malvado Kou. El que dió á este la muerte, y te la dará á tí, porque está enterado de todos tus crímenes.

—Pero quién es ese Osman? quién? Dámelo á conocer, muger!..... prorrumpió Bermudo dando á su fisonomía un aspecto espantoso.

Pero no.... tu amante no se llamaba Osman, continuó mas sosegado. Es falso... Se llamaba Malek Yub.... y este no ec-

siste... Kou le matò en las gargantas del Líbano.... Si tu amado viviese no estaria tanto tiempo sin poseerte.... Un árabe que ama y encuentra á su hurí, no se separa de ella ni la encierra en un colegio de huérfanas.... Tu libertador es otro.... algun enemigo mio oculto... Tu me engañas. No vendrà por cierto Malek-Yub á sacarte de entre mis brazos.

Bermudo con este fingimiento, queria obligar á Isabel à una declaracion que ratificase sus sospechas y las pesquisas del padre Cerebruno.... La jóven en su ecsaltacion, no se contendria en manifestarle todo lo que sabia.

—Pues bien, tirano, añadió; Malek-Yub y Osman son uno mismo. Sábelo y confúndete. Su vida la salvó el cielo en el Líbano por mano de un castellano que vale mas que tú.... porque es valiente y virtuoso ... En el aborrecimiento que te profeso, en el odio que abrigo en mi corazon hacia tí, no conoces que Malek vive?... Si no fuera así respiraría yo aun? Podría decirte, como ahora, que tu vista me horroriza y me mata?

—Muy lejos debe estar tu Osman! no le temo.

—Te engañas. Está aquí... en el monasterio.... con el abad, que lanzará sobre tí la maldicion del cielo.

—Ah! con que es el árabe que tiene el abad á su cargo? Gracias á Dios que ya nos vamos entendiendo. Bien, le esperamos. Tú entretanto asegurada como una fugitiva, y yo descansando en muellelecho, para que me sea mas grato oír sus vanas reconvenciones. Y si acaso su humildad llegase à tanto que me demande, con sùplicas y lloros, el que le conceda tu posesion, le tenderé una mano benéfica y consoladora.... Pero ha de ser reconociendo mi poder sobre tí... como tu dueño y señor. Hola! capitan Garces. (Entró este.) Llevad esa jóven à la torre del Cuervo. Os advierto que es una esclava mia que se me habia fugado, que la he encontrado como veis, y que tiene un amante que la querrá ibrar.... No os digo mas.

—Pues trabajo le mando al pobre....

—Vos le conocéis, capitan. Es el árabe que acompañaba al cruzado aquel

T. III. 8.—*Biblioteca popular gaditana.*

que hospedásteis una noche en vuestra habitacion.

—Ah! sí.... Pues niña hermosa, en esa torre no entran mas que los cuervos, circunstancia porque se denomina asi.... Con que pecho á el agua y adelante. El lugarteniente es compasivo.... y con una bonita muchacha mas. ¿Y dónde se coloca? En los subterràneos de la torre ó en alguna sala alta de ella.

—Ponedla arriba, que al cabo es muger. En los subterràneos no faltará à quien encerrar. Volved, Garces.

Este salió con Isabel y tornó à los pocos instantes.

—Escuchad, capitán. Estad sobre aviso mañana. Mandad que ronden seis balles-teros los alrededores del castillo, à fin de prender á ese àrabe que, en cuanto sepa el destino de su amada, no dejará de hacer alguna tentativa á favor de ella. Lo capturais sin piedad.... á vida ó muerte.... Pero que sea en estos contornos, porque yo me entiendo.

—Sereis obedecido.

Las horas restantes de la noche fueron

de un desasosiego terrible para Bermudo, esperando con ansia el momento de tener á el árabe en su poder.

La prevencion con que al principio miraba á Osman, por solo creerlo confiante de las relaciones de Elvira y Ramiro, se trocó en saña interminable cuando, ratificando las sospechas del padre Cerebruno, vió reunido en él, un rival, un enemigo implacable, y lo que mas le atormentaba, un testigo de sus crímenes ocultos.

Su regocijo en haberse apoderado de Isabel era tan ciego, que no distinguia otra cosa que su venganza, al mismo tiempo que burlaba el secreto y vigilancia del abad, por la sutileza del padre Cerebruno.

—El nuevo dia, decia recostado en su lecho, nos proporcionará acontecimientos mas satisfactorios aun.

La impaciencia y el deseo hizo á Osman, en cuanto amaneció, abandonar el convento, y dirigirse á la casa de las huérfanas. Habia obtenido permiso del abad para visitar á Ondina aquella mañana; en

*

presencia de la directora antes de la ceremonia, y contaba los instantes, como el que está próximo á una gran felicidad.

Cuando le pareció hora oportuna, llama y pregunta por la superiora.

Esta se le presentó.

—Vengo á hablar á la señorita Isabel, la dice. Bien sabeis que tengo permiso del abad para verla antes de mi enlace con ella.

La superiora no acertaba á responderle.

—Vamos, madre, añade el árabe. En qué os deteneis?

—Es que una circunstancia imprevista.... La señorita Isabel no está en el colegio.

—¿Qué no está!!

—La han sacado esta noche de él para llevarla á poder de su padre....

—De su padre!! Delirais, señora? Si su padre no existe! El abad y yo somos testigos de ello.... Pero vos estais equivocada sin duda. Yo pregunto por la que antes se llamaba Ondina.

—Pues esa, esa es la que se han lle-

vado. Ved lo órden del lugarteniente que voy á remitir à el abad.

—Rayos del cielo!!! prorrumpió el árabe con un grito furibundo, ¿y quién ha venido por ella?

—Uno á quien nombraron el capitan Garces, y seis ballesteros mas.

—Isabel entre los ballesteros del lugarteniente!!.... Entre los satélites del tirano! Otra vez en poder de ese hombre infame! ¿y yo vivo sabiéndolo! No, no....

Y como un frenético, sin decir una palabra á la superiora, salió del establecimiento de las huèrfanas.

Los celos le devoraban. Sin pensar en ver á el abad, se dirige al castillo, resuelto à morir matando, ó arrancar la presa de manos de su rival.

Divisa la fortaleza, al mismo tiempo que el capitan Garces con varios ballesteros estaba sobre el puente.

—Ya tengo allí, dice, quien habrá de informarme de Isabel, ó le arrancarè cien vidas que respirara.

Pero el capitan y los ballesteros, al notar que Osman se dirigia al castillo, retro-

ceden entrando en él.

El àrabe no observa nada de esto. Solo cree tiene delante á Isabel en los brazos de Bermudo. Sus ojos no divisan mas que este fantasma mortal.

Atraviesa el puente, pero apenas ha pasado el rastrillo cuando sus puertas se cierran y seis ballesteros se arrojan sobre él.

—Traicion infame!... esclama, bramando de cólera, y procurando desasirse de ellos. El árabe se siente circundado de un poder sólido que oprime sus miembros... de una masa compacta que los tiene sin accion.

Unos de ellos le habia arrancado la cimitarra y dado á otro, que era espectador de aquella momentánea lucha; mas Osman tiene asido convulsivamente el mango de su puñal, el que no puede sacar porque la pesada y colosal mano del capitan Garces sujeta à la suya fuertemente.

Pero à un esfuerzo desesperado que hizo el àrabe consigue desviarla, y mas veloz que el rayo atraviesa de una puñalada el pecho del capitan, que cae ecsánime á sus pies.

Salta sobre otro ballestero, con la ligereza del tigre herido, y lo derriba de otro golpe mortal. En un momento se vé libre de los que le estrechaban.

—Venid ahora á mí, cobardes! dice fuera de sí.... Venid à mí! Acercaos, si os atreveis.

Todos le miran con terror y asombro, sin osar atacarle.

—Y el lugarteniente? continuaba. Dónde està? Por què no se me presenta ese menguado?... Por què se guarece en sus almenados muros para oprimir y asesinar? Pero yo le buscaré!

Y sale precipitado hàcia las habitaciones de Berinudo.

—Seguidle, dice Treviño á los ballesteros, y el cual habia llegado atraido por el rumor. Que no se escape el asesino del capitan.

Mas ninguno podia detener á Osman, que cual la pantera acosada, no hallaba quien se le pusiera delante.

En vano discurrió por los corredores y galerias del castillo. En vano denostò al lugarteniente con sus voces.... Todas las

puertas las habian cerrado, y no hallaba en quien cebar su rabia.

Ciego, baja á la plaza de armas, y sin saber cómo, se dirige al muro y se encuentra al piè de un torreón, que ni aun habia advertido. Cuando una voz que salió por una de sus altas ventanas, penetrando mágicamente en sus oídos, le hizo escuchar estas palabras:

—Osman! Sálvame!

Alza los ojos, y vé á Isabel con el rostro pegado á una reja. El contraste de su alba y pura tez, con el sucio y denegrido contorno de los hierros, destrozó el alma del árabe.

Tal espectáculo redobló su furia. Busca la puerta, en la que estaba un centinela, que, no habiendo visto á Osman, se encuentra acometido súbitamente por él, sin que le quedase mas recurso que hurtarle el cuerpo, dejándole paso.

El árabe sube la escalera de tres en tres escalones. Llega á la puerta de la prision de Isabel, á tiempo que un hombre acababa de cerrarla. Tirarle una puñalada, arrancarle las llaves y caer muerto el car-

celero, todo fuè obra de un momento.

Abre, y estrecha á Isabel contra su corazon.

—Bien mio, la dice: ya te he salvado otra vez del poder de ese infame. Veremos, teniendo yo vida y este acero, quien es el vil que te arranca ahora de mis brazos.

La vista del puñal ensangrentado conmovió á la doncella. Pero mas se horrorizó, cuando al bajar tuvo que saltar por encima del carcelero, atravesado en el tramo de la escalera.

Llegan al tèrmino de esta, y Osman no habia calculado el mayor de los inconvenientes. La puerta se encontraba tapiada por un muro de ballestas que todas asestaban á su pecho.

Osman, en su ofuscacion, iba á arrojar-se á ellas, pero un grito de horror dado por Isabel, al mismo tiempo que esta lo detuvo con todas sus fuerzas, le hizo conocer el peligro que tocaba.

Retroceder y encerrarse en la torre, era un recurso tan inútil como triste.

—Caballero, le dice el teniente Ortiz;

vuestra imprudencia puede ser funesta à vos y à esa señorita. Entregaos, ó no respondo de la vida de los dos.

—Villanos!... Contestó el árabe, queriendo de nuevo lanzarse á los ballesteros.

—Por compasion, Osman, dice Isabel, abrazàndose fuertemente á él... Calma tu furor.... Quiéres que te maten sin piedad à mi vista?

—Esa es la òrden que tengo, señora, añadió el teniente, y sin embargo retardo su cumplimiento. Sentiré tener que ejecutarla.... El lugarteniente es incesorable.

Isabel se estremeció-al escucharlo. Su rostro palideció en términos, que sus labios trémulos y lívidos no acertaban á proferir una palabra. Solo las lágrimas que mudamente salian de sus interesantes ojos, denotaban lo que padecia el corazon de aquella desventurada.

Osman miraba inmòvil á los ballesteros, buscando un descuido para arrojarle sobre ellos y desbaratar aquel erizado parapeto.

Pero Isabel, no sabiendo como termi-

nar aquella escena de consternacion, arrebatando prontamente à Osman su puñal, lo tirò á los pies del teniente, esclamando:

—Ya está desarmado.... pero respetad su vida.

—¿Què has hecho, desgraciada!! prorumpió el árabe con un acento de vehementemente desesperacion.

Salvarte!! Todo por tí, Osman.... Todo por tu ecsistencia.

Los ballesteros se apoderaron de èl en seguida. El árabe abatido, no dejaba ya oir mas que unos profundos y ahogados suspiros, que salian de su oprimido corazon.

Isabel fuè vuelta à la torre del Cuervo, y Osman llevado à la presencia del lugarteniente.

21410

El anatema.

EL objeto del padre Cerebruno no podia haberse cumplido mas á satisfaccion. Seguro de que el carácter fogoso de Osman, lo impulsaria à cometer alguna indiscrecion, calculò, que sin mucho esfuerzo, èl mismo se entregaria en las manos del lugarteniente, en el momento que supiese que Isabel estaba otra vez en poder de este.

Esa fuè la intencion que llevó en des-

cubrir el depósito de ella. No era por cierto lisongear la venganza de Bermudo, sino tender al árabe un lazo seguro para sujetarlo; pues en su concepto era este un instrumento poderoso... un genio dispuesto à obrar con actividad y decision, á la mas leve indicacion del abad.

Mas no conviniéndole apresurar los acontecimientos, habia obrado con calma y meditacion en el particular, pues era hombre, que, como se ha visto, no malograba jamas una empresa por anticipar los resultados.

Bermudo, desde que supo el paradero de Isabel, ardia en impaciencia por apoderarse de ella. El padre Cerebruno lo contuvo, manifestándole que no era útil adelantar el curso del negocio, estando recientes las circunstancias acaecidas sobre el pago de los pechos. Se limitò por entonces á que se le escribiese à el abad, preparándolo contra la imprudente arrogancia de Osman, à fin de que no estrañase el verlo caer en la celada que le armaba en secreto.

La opinion del padre Cerebruno no

era que se retuviese á Isabel despues de preso Osman. Desde luego calculó sacar tambien partido de la captura de esta, no imaginando que Bermudo seria tan menguado, que volviese á dar pábulo à una inclinacion inútil, y que podia desconcertar lo mejor del proyecto.

Osman con la conducta que observó en el castillo, habia escedido á las esperanzas del monge. La muerte del capitán, el ballestero y el carcelero, era mas de lo que el padre Cerebruno necesitaba contra él. Pero por desgracia lo supo demasiado tarde, para evitar que Bermudo, harto engreido y confiado, levantase una barrera, en el camino tan fácil y llano que, con tanto acierto, acababa él de abrir, para que transitaran los dos con paso firme y seguro.

Osman fué presentado á Bermudo, por Ortiz y los ballesteros. El lugarteniente, temblando aun á la noticia de lo que el árabe acababa de hacer, asi que le anunciaron que estaba maniatado y preso, cobró brio, mandando que lo trajesen á su vista, con el noble fin de insultarlo en su desgracia.

Así el aspecto de Bermudo, al divisar á Osman, era provocativo y altanero.

El árabe, sin perder un punto de su valor, se quedó mirándolo un momento, con sonrisa sardónica y amarga.

—Ya estarás contento, le dice. Tienes en tu poder otra vez á la inocente víctima á quien pretendes deshonar, y á mí preso como un criminal! Recomendables son los medios que usa uno, que se dice, caballero; un noble de Castilla, para disputar la posesion de una muger.... El dolo y las mas bajas insidias.... Bien, que tu no eres ni noble, ni caballero; sino un ser bajo y mezquino, de reprobacion y de ignominia.

—Arabe!! exclamò Bermudo, con furor.

—Sí, lo soy. Yo he tenido mi educacion en las montañas de Kurdistan, y tu entre la opulenta grandeza. A mí me ha guarecido la tela humilde de las tiendas en medio del desierto, donde moran los nobles Ayubitas, y á tí, te han cobijado los orgullosos y dorados techos de los palacios. Bajo el sencillo lienzo, aprendí á tener valor y heroismo: á tí, el lujo y la profusion te

han hecho vil, cobarde y mezquino. Yo aprendí á vengar mis ofensas con bizzarria y grandeza.... tú con bajezas é infamias.... como quien eres... Como un cobarde asesino de mugeres y ancianos.

— Oh!! prorrumpió Bermudo, mas escaldado aun.

—Te horroriza esta idea?... No sé porqué!... El que pide, el que solicita y manda à un infeliz hebreo, que con astucia ha puesto bajo su dominio, preparar dos filtros mortales para matar dos mugeres, es capaz de todo... Si señores, dirigiéndose à los ballesteros... Vuestro digno lugarteniente es un menguado asesino, que tiembla delante de un hombre, y se ensaña en dos débiles mugeres!...

—Infame! añadió Bermudo desenvainando su daga, y en acto de acometer à el àrabe.

Mas el teniente Ortiz se interpuso.

—Ved su valor, continuó Osman con ironía. Antes cubierto de pavor se guarecia en el mas oculto rincon de su retrete sin osar presentármese, y ahora, porque me vé indefenso y estais aqui vosotros, quiere

acometerme! Vergüenza! Ignominia! Vili-
pendio para la nobleza à quien me glorio
pertenecer, dijo el àrabe con una transi-
cion furibunda! Indigno, vil de denominarte
noble de Castilla.... de tener la sangre
de ilustres abuelos.... ¿Qué entiendes tú
por nobleza? Esa cobardía, esa deprava-
cion de sentimientos, ese abatimiento
inicuo de tu alma? Confúndete, misera-
ble, y no oses levantar la cabeza delante
de ningun hombre.... Tú nacistes para
calzar chapines, vestir albo encaje, suaves
sedas, y aspirar olorosos perfumes delante
de delicado y pulido tocador.... Para usar
faldas en fin! Si eres hombre, y noble,
y grande de Castilla como ponderas....
pruébalo. Noble soy.... mas que tú.... soy
tu enemigo, te odio y ecsecro con el
alma..... Debes ecsigirme una satisfac-
cion.... yo te la concedo á muerte..... Y
si mis palabras no inflaman esa sangre
vil que tienes.... ya que mis manos no
pueden imprimir en tu rostro la afrenta
que mereces, por estar sujetas, te escu-
pirè con ignominia á la faz, de este modo,
para escarnecerte y afrentarte.

T III. 9.—*Biblioteca popular gaditana.*

Y lo ejecutó, con admiracion de todos los ballesteros.

Bermudo pálido y convulso de cólera, no podia creer lo que le pasaba. Indudablemente si el teniente no hubiese estado presente, la vida de Osman la hubiera inmolado á su furor.

—Ya lo veis, teniente, dijo al cabo de un momento, con calma aparente, faz risueña, y articulando apenas. Este hombre se ha empeñado en morir.... siendo asi de que à mí no me pertenece su vida ya, sino à la ley.... Sin embargo.... es necesario terminar esto.... Los subterráneos de la torre del Cuervo sean su morada.

Escucha, dirigiéndose à Osman. Me has insultado, denigrado bajamente de obras y palabras.... y á pesar de todo voy à hacerte un obsequio.... Eres un infeliz á quien la desesperacion autoriza á todo.

En una sala alta de la torre donde vas, está tu Isabel.... ya ves que no te pongo lejos de ella. Esa sala tiene una ventana con reja, que cae precisamente encima de otra igual que notarás en el sub-

terràneo.... Por ella os permito escuchar mutuamente los tiernísimos suspiros que ecsaleis. Teniente Ortiz, situareis en la reja del subterràneo un centinela. Le direis que permita á estos fieles y dichosos amantes suspirar.... y aun hablar, si la distancia les permite oír. Ya ves si soy generoso contigo.... Si doy favores por agravios.... salid.

El àrabe rechinó los dientes de furor.

Las órdenes del lugarteniente se cumplieron ecsactamente.

Bermudo acababa de sufrir un golpe, que por impensado y atroz lo tenia en un estado fatal.... El àrabe habia arrojado la máscara, y sus insultos llegaron al último grado.—No es rivalidad, dice, la que me conserva, es un rencor, un odio irreconciliable y esterminador.

—Y qué debo hacer con este hombre? se preguntaba. Qué? acabar con él. ¿Por qué medios? Los hay legales.... La justicia me librará de un enemigo odioso. La tengo en mis manos.... que sirva á mi desagravio. Es verdad que yo le he obligado ser criminal.... que mis maquina-

ciones le han conducido à ser delincuente, pero la ley distingue rara vez *la causa de los efectos*. Nada hay que autorice en un hombre el matar... y sin embargo se le pone en el caso de ello. Este es homicida.... la cuchilla de la ley me vengará de todos los agravios que me ha hecho.

Si el padre Cerebruno se opone, si el abad intercede por èl, si me amenaza, nada miro, nada oigo.... Me escudaré con la justicia; haré ver que no soy yo, sino la vindicta pública la que ecsige esta reparacion. Estoy resuelto á todo.

Efectivamente, la puerta del salon se abrió y se presentó el abad.

La fisonomia del lugarteniente se mantuvo inmutable.

—Ya yo os esperaba, dijo secamente al prelado, despues de contestar á su saludo.

—Y yo no creia tener que visitaros por un acontecimiento como el que lo ha motivado.

—Ignoro cual sea. Han sucedido tantos.... que vacilo en acertarlo.

—No lo dudo. Primero quiero pregun-

taros, con qué derecho habeis atentado á la seguridad personal de una jóven, puesta bajo el amparo de un establecimiento de mi cargo, y sin haberos dignado anticiparme el motivo.

—Con el mismo derecho que vos, patrocinando su fuga, la habeis ocultado de mí.... prueba de que vuestra causa no es buena. El que obra en el disimulo y el silencio.... vos me lo habeis dicho, padre, es porque sus actos no son puros.

—Con que segun eso, parece que ignorais el motivo que he tenido en ocultarla de vos. Quereis que os lo repita otra vez?

—Porque la amè?... porque deseè poseerla? Y bien: Eso no opta para que no pierda el derecho que tengo adquirido sobre ella, y como tal me reserve el disponer de su persona á favor de quien me convenga.... sin que vos ni nadie me usurpe esa facultad.

—No os entiendo!

—Porque es mi esclava.

—Y quien os ha conferido esa mentida posesion?

—Las leyes de la guerra.

—Un prisionero no es un esclavo.

—Un mahometano lo es.

—Pero se sustrajo de vuestro dominio, y se amparó de otro poder mayor que la declara libre.

—Lo ignoro.

—El de la iglesia. Se ha hecho cristiana y ahora pertenece á Dios.

—Sí, por medio de una fuga criminal con su amante, y asesinando este á otro esclavo mio. Esos no son medios legales... Mas os diré; que vos no debiais patrocinarlos.

—Lo he hecho por evitaros nuevos crímenes... por apartaros de la condenacion.

—En ese caso dirigiérais en buen hora mis asuntos espirituales, pero no los temporales. ¿Quién os ha erigido en juez absoluto de mis acciones en la tierra? Esta tiene sus leyes, y el poder de ellas pone á esa mujer á mi disposicion. Vos, como sacerdote, ni estais autorizado á fallar sobre mis actos.... *ni menos à ser delator de ellos* por lisongear vuestras decisiones y obligarme à adoptarlas.

—Con qué es decir que me provocais á una lucha?

—Haced lo que querais. Esa muger me pertenece y la he recobrado.... cuidado que no es con ningun fin siniestro... ella lo sabe ya.... y ademas mi conducta responderá de esta verdad. Su amante hoy mismo, lejos de venir á pedirla con moderacion y dulzura, ha asesinado á tres personas del castillo, y en vez de conocer sus crímenes me ha insultado y escupido al rostro. Esto se lo perdono.... pero los asesinatos que ha cometido, la ley los tomará en cuenta, y sufrirá el fallo que esta designe.

—Vos, vos solo sois el culpable de ellos. Vos, miserable, que le habeis conducido à ese extremo, con la falaz y odiosa conducta que estais observando. Y aun pretendeis deslumbrarme, á mí que os conozco y sé quien sois?... No, no lo conseguireis.... Y si os jactais de vencer, si imaginais coronar un triunfo infame y reprobado por Dios y los hombres, os engañais.... Desde este momento vais à luchar conmigo, os lo advierto. Me habeis provocado, habeis insultado mi tolerancia y ya no os guardaré, ni aun aquellas con-

aiditaciones que la caridad y la religion me imponen. Desde ahora os trataré como á una vívora ponzoñosa que es necesario esterminar, en obsequio y seguridad del gènero humano.

—Sea pues lo quereis. Solo os advierto, que si pensais usar de las armas vedadas, que arrancàsteis por sorpresa á mi conciencia, la responsabilidad de ese abuso caerà sobre vos.... y que no me cojereis desprevenido tampoco.

—Eso seria ser tan inícuo y miserable como vos.... Buen modo teneis de merecer la misericordia divina, reincidiendo en vuestros anteriores delitos!... Esa es la contricion que manifestàsteis á mis pies.

—Porque he visto que me habeis engañado miserablemente.... Porque usàsteis de una farsa ridícula en las ruinas la noche de mi union con Elvira, para arrancarme un secreto, del cual teniais sospechas, y sujetarme despues á vuestra absoluta dependencia... Oh! ya os he conocido... y repito que no estoy desprevenido.

—Sacrílego, callad!.... Ya es en vano todo para salvar vuestra alma. Ya no hay en vos fe ni confianza. El espíritu maligno ha tomado posesion de ella y la gracia del Señor os ha abandonado. Estais alucinado y engreido... Ese necio poder de que os hallais injustamente revestido, os llevará á vuestra ruina cierta, desgraciado! El desengaño os será tan tardío como costoso.... Temblad!.....

—El abad habia sabido al entrar en el castillo, por Ferraz, lo acaecido á Osman.

—Bermudo ofuscado aun por lo que le acababa de pasar con el árabe, é indignado contra el prelado por las circunstancias anteriores, profirió espresiones en esta entrevista, que despues reflexionadas à sangre fria, no dejaron de inquietarle. El abad era un enemigo poderoso para chocar con él abiertamente, y se conocia que á Bermudo faltó entonces la mano sagaz y previsora del padre Cerebruno.

Cuando este se disponia á ir al castillo recibió un recado del abad para que se presentase en su celda. El prelado tenia en la mano la orden que el lugartenien-

te habia enviado á la directora por el capitán Garces, y una carta de esta en que le referia la conversacion con el padre Rafael de Miraflores y las señas del fingido fraile, concluyendo con solicitar su perdon por habérselo ocultado.

El abad vió en ello una intriga de Bermudo, y en el supuesto cenobita algun agente de sus crímenes. Tal padre Rafael no habia en el monasterio, y las señas que daba la superiora no correspondian á ninguno de los monges tampoco.

El prelado clavó sus ojos en el padre Cerebruno, al enterarle de la infamia de Bermudo. Pero el monje mantuvo su fisonomia impasible. Se escusó diciendo que de nada tenia noticia; y si lo único que habia observado, que el lugarteniente, aquellos últimos dias, estaba pensativo, como el que medita algun plan dificultoso ó de gravedad.

El abad le prohibió, no solamente asistir á Bermudo, pero ni aun verlo mas, participándole que el lugarteniente quedaba por su contumacia, desde aquel momento, fuera del gremio de la iglesia.

El monje alzó los ojos, sorprendido, y mirò á el abad. Ya no dudò que Bermudo habia cometido alguna imprudencia.

— Pero por la falta de estraer la muchacha del colegio, dijo el padre Cerebruno.... no considero necesario tocar ese extremo. Yo lo verè.... le reprenderé su indiscrecion, y aun le impondrè una penitencia severa por ello.

—Mucho confiais ahora en someter su carácter indómito y empedernido. Esperais conseguir mas que yo?

—Pues qué, vuestra reverencia lo ha visto?

—Y le he hablado. No os canseis.... El único medio que me queda lo voy à emplear contra el lugarteniente. Es un réprobo que ha insultado mi dignidad... Ha hecho alarde de su criminal conducta.

El padre Cerebruno se mordió los labios de furor, sin que el abad lo advirtiera.... Bermudo habia escuchado otra vez su orgullo. Cuando menos, sufrían los negocios el contratiempo de que èl no estuviese cerca del lugarteniente.

El monje escribió al momento un

billete, que fué á colocar en el tronco del olivo, citando à Bermudo para aquella tarde entre los nogales.

Abenaya, á pesar de saber que el padre Cerebruno era confesor del lugarteniente, no interrumpia sus visitas al olivo, por òrden del monge.

De modo que el billete lo recibió Bermudo á las dos horas de escrito.

El abad, no dudando que el lugarteniente ensangrentaria su venganza en el árabe, se propuso atajarle todos los pasos; y antes de participarle nada á Elvira, manda que todas las campanas del monasterio convoquen al pueblo, como se hacía en los actos de mas importancia.

Aquel tañido, que pocas veces solia ser tan general, llegando de improviso à oídos de los moradores del valle, los incitó à correr presurosos al santuario. Las puertas de este estaban abiertas de modo que no les quedò duda de que se iba á practicar alguna ceremonia no comun.

El templo se viò en un momento ocupado por la multitud de ambos sexos. Todos se preguntan y afanan por saber lo

que va á pasar.... Aunque divagaban en conjeturas, ninguno acertaba. Pero al notar que el prelado se presenta à ejecutar el oficio divino, cosa que no acostumbraba sino en los dias solemnes, un silencio general, un respeto profundo se observó en los espectadores.

Concluida la misa, el abad dirigió á su grey estas palabras:

—Hijos mios, un dolor acerbo lacera mi alma. El enojo del Señor nos abrumba, y los efectos de su cólera están pesando sobre nosotros. Crímenes enormes me ponen en el caso de declararos, con un íntimo sentimiento, que haciendo uso de las facultades que me están conferidas por el Eterno, declaro impenitente y fuera del patrocinio de la Iglesia, à Bermudo de Lara.

Un murmullo de sorpresa se oyó en el pueblo.

—Sí, amados mios, delitos enormes que no puedo referir, y que reclaman la celestial justicia, me obligan á ello. Entre otros ha sido el menor, reincidir en un atentado contra la sagrada religion que

profesamos. Reprendido por mí el lugarteniente, no solo ha sido rebelde á obtener la misericordia divina, sino que ha sustraído del gremio de los fieles dos almas que estaban bajo mi direccion. Hoy mismo iba una de ellas á recibir el bautismo de redencion; pero Bermudo, atropellando mi dignidad y ministerio, en pro de sus torpes escesos, las ha arrancado del seno de la iglesia, sepultándolas en horrendos calabozos y haciendo alarde de sus miras depravadas. Sí, hijos míos, es un relapso, un impío.... Vuestro lugarteniente *está excomulgado*.

Un grito universal de horror y asombro fue la respuesta á aquellas temibles palabras. Todos se postraron anonadados, como si el templo se hubiese desplomado sobre ellos. (1).

(1) Era tanto el terror que infundia la excomunion en aquel tiempo, que los pontífices y prelados usaban con frecuencia esta arma de la iglesia. Celestino III acababa de excomulgar á Leopoldo duque de Austria y al emperador Henrique IV. Inocencio III, que

Al padre Cerebruno, que lo presenciaba todo desde el coro, le costaba trabajo ocultar su cólera contra Bermudo.

—Orad, hijos, orad, dijo el prelado... Pedid á Dios por el alma del rëprobo, maldecido y anatematizado por el Señor.

Elvira esperando el aviso del abad para concurrir al bautismo de Osman, y despues á su casamiento con Isabel, creyendo que al prelado se le habria olvidado avisarla, se dirige al monasterio en el momento que al abad hablaba al pueblo.

Su sorpresa no cesó hasta que el prelado le contó el fundamento de aquella determinacion.

—Y qué pensais hacer por esos infeli-

le sucedió, puso entredicho á la Francia, solo porque su rey Felipe Augusto se divorció de su primera muger. Anatematizó tambien à Juan I de Iglaterra, porque este rey desterrò de su reino à varios prelados. La escomunion tenia una influencia tan poderosa en las masas populares, que hasta la autoridad real tuvo que sucumbir à ella para sostener su poder.

ces , padre mio? le preguntó afligida. Isabel y Osinan no pueden permanecer espuestos à la saña vengativa de Bermudo.

—Vamos à palacio y allí combinaremos lo que sea mas conveniente, le contestó el abad.





Una entrevista.

ELVIRA salió con su sèquito del monasterio y se fué à palacio. En el momento que llegó se puso à escribir un billete á Bermudo mientras el abad llegaba, pero el prelado entrò precisamente cuando lo estaba acabando.

Despues de haberlo este leído.

— Romped ese escrito, señora, le dice.
Vais à pedir compasion à un monstruo,
T. III. 40.—*Biblioteca popular gaditana.*

caridad á un endemoniado? El hombre que se hace acreedor á la cólera celestial, está esento de todo sentimiento virtuoso.

—Y entònces qué haremos, padre? Dejaremos perecer á esos desventurados?

—No; pero tampoco se puede esperar nada de Bermudo. Es necesario recurrir á otro poder mas alto.

—A quién?

—A la reina.

—Yo no la he hablado apenas.... Tan lejos de la corte me ha visto solo una vez.... Al principio tuve ese pensamiento, pero despues lo he considerado infructuoso.

—No lo será.... Su alteza posee un corazon sensible, ha sido desgraciada, y sabe compadecer la suerte de los infelices. Yo firmaré la carta tambien, y no dudeis de que será atendida nuestra súplica. Escribid.

El abad notó á Elvira una carta para Leonor de Aquitania, actual reina de Castilla. En ella Elvira, con la mas respetuosa ternura, la hacia sabedora de la suerte de Isabel y Osman, y de la severidad de

Bermudo; pidiéndola que atajase con su soberano poder la venganza del lugarteniente; pidiéndole el carácter de este, y añadiendo, que aunque ella era señora de aquellos estados, lo poco que esperaba de la atención de Bermudo, le habia obligado á recurrir á la superioridad de su alteza en ausencia del rey.

El abad acompañó esta carta con otra de su puño al secretario del arzobispo de Toledo, pues su eminencia habia partido á la guerra al lado de Alfonso VIII. En ella le detallaba sucintamente el procedimiento de Bermudo, y los acontecimientos de que habia sido causa su nuevo gobierno. Le ocultaba el asesinato de Rodrigo y Sha, como declarados por Bermudo bajo confesion, pero le daba á entender que el entredicho puesto al lugarteniente, era á causa de considerarlo relapso en crímenes secretos, que revelaria á su eminencia, si como príncipe de la iglesia, le obligaba á ello en confidencia particular, y para atajar mayores males. Y concluia la carta, rogando al secretario, que tan luego como hubiese oportunidad, se lo hiciese saber al

cardenal, para que tomase las medidas que su autoridad creyese oportunas.

En seguida hizo á Elvira escribir otro billete á Bermudo, pero muy suscinto, y en diferente sentido del que la afligida condesa dictó antes y él desaprobó.

Ya mas tranquilo el prelado, no dudó que Bermudo se miraria en cometer un atropellamiento con Osman, que era todo su temor.... Conociendo su despótico orgullo, su sanguinario y perverso corazón; sabedor de que estaba ya enterado de que Osman habia sido libertador de Isabel, descubriendo los crímenes cometidos por su rival, tanto con Sha como con su hija, no dudaba de que Bermudo procuraria vengarse del árabe por cuantos medios estuviesen en su mano.

Así procedió con tanta actividad y ligereza, cerrando á Bermudo todos los pasos.

Inútiles hubieran sido sus esfuerzos, si otro poder de mas influencia que el suyo no hubiese obrado en Bermudo, como veremos. Este era el del padre Cerebruno.

El prelado mandó al momento las cartas á Toledo.

Bermudo, á pesar de su satisfaccion, esperaba con vehemencia la presencia del padre Cerebruno. Pero en su lugar se le presentó Abenaya, con un billete del monje, que contenia estas cortas palabras:

«La habeis hecho buena! Como siempre!.. El escándalo no ha podido ser mayor! Vedme á la tarde en el sitio que sabeis.... Regularmente será nuestra última entrevista.... Estoy privado de ir al castillo y yo no puedo asociarme con un escomulgado.... Os abandonarè y serà lo mas seguro.»

Profunda fue la sensacion que le hizo su lectura.... Escomulgado!... Esta frase revelaba efectivamente un escándalo atroz, una humillacion cierta à su autoridad y grandeza.

—Escomulgad!!.. exclamó.... ¿Sabes tú algo de esto? preguntó al morisco.

—Si señor... El abad os ha anatematizado á la vista del pueblo, en la misma iglesia. Hablan de vos, como de un hombre posesionado por Satanás!... Las palabras *relapso, impenitente, rebelde á Dios*, se oyen en todos los labios...

—Ah! Bien me lo dijo.... me retó y lo ha cumplido...

—Es fácil que ahora vuestras decisiones no sean obedecidas, y vuestra autoridad despreciada por el pueblo.

—Mis ballesteros la harán respetar.

—Recurso muy triste, señor, para un gobernador.

—Sostenga yo el mando por mi utilidad propia, y los medios que emplee nada importa que sean severos y odiosos.

El morisco se retiró, y Bermudo en el momento espidió una orden al teniente Ortiz, para que salieran patrullas de ballesteros à discurrir por la poblacion, arrestando á todo el que se le escuchase proferir alguna espresion ofensiva á su persona.

De modo que en la noche de aquel dia, los subterráneos del castillo estaban llenos de infelices, que no habian cometido otro delito que referir horrorizados, las palabras que oyeron al prelado en el templo.

Y el triste pueblo que en nada se mete, que no interviene en otra cosa que en esponer sus vidas y riquezas, es la víctima

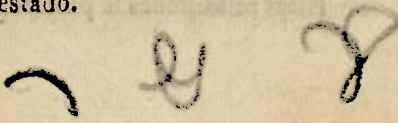
siempre, del capricho y mala inteligencia de los gobernantes.

Se le oprime, subyuga y encarcela, porque es tanta su infelicidad, que hasta es un delito enorme en él, el simple alivio de la queja.

En resumen; solo sirve para pagar y pelear por el dèspota.... Para ofrecerle su sudor y su sangre.... Para morir por el que le roba sus mas preciosos derechos... y sus mas caros intereses.

Sufrir, trabajar y morir por mì. Hè aquí el lema que todo tirano fija en la bandera que ondea ante el pueblo, sobre su orgulloso y detestable alcázar.

Imaginando Bermudo que la repulsa del padre Cerebruno en venir á verlo, sería voluntaria, y movida por su enojo; para desagraviarlo enviò al monasterio á su escudero Tello. Este llega á la portería y pregunta por el padre Cerebruno; pero al proferir que iba de parte del lugarteniente, recibió por respuesta una interjeccion de horror, dándole con la puerta en el rostro, como si fuese algun ser maligno ó apestado.



Vuelve al castillo, y al referírselo à Bermudo, no duda este ya que el padre Cerebruno no puede visitarlo sin esponerse demasiado.

El ballestero Ferraz se presentó con un billete de Elvira... Bermudo lo lee y despide al ballestero sin darle respuesta.

Por mucho que fuera el orgullo de Bermudo, no dejó al cabo de conocer que esta popular odiosidad era muy perjudicial à sus miras. Elvira estaba ya enterada de sus pretensiones hácia Isabel, de su conducta con ella, y era sabido que tanto la condesa como el abad, sacarían partido con el conde, si por acaso volvía salvo de la guerra, para que su casamiento con Elvira no tuviese efecto. Si el conde perecía, los sucesos ruidosos que el abad estaba publicando, llegando hasta la corte, con un carácter desfavorable para él, inclinarian el ánimo del monarca à no concederle la mano de la condesa de San Salvador, y todos sus afanes y proyectos se deshacían como el humo, quedando inutilizada su anhelada realizacion.

Estas reflexiones le pusieron de manifi-

fiesto su torpe comportamiento con el abad, y la sabia conducta del padre Cerebruno, en conducir el plan con tanto pulso y delicadeza à los ojos del prelado. Sin embargo, el padre Cerebruno habia descubierto el depósito de Isabel y le prescribió prender à el àrabe si este se demandaba.... pero no le ordenò ser indiscreto y altanero con el abad.... El padre Cerebruno hubiera con su tacto conjurado la cólera justa del prelado, evitando el escandaloso anatema que pesaba sobre él.

Bermudo conoció esto tarde, y esperaba impaciente el momento de verse con el padre Cerebruno, única persona que podia sacarlo del mal paso.

A la hora acostumbrada se dirige al parage de la cita.

Antes de llegar divisó al monge, dando paseos, en ademan meditabundo, á la sombra de los nogales.

Se acerca á él, le saluda y advierte que no le corresponde.

Esta accion desconcertó la esperanza que habia concebido.

El cenobita lo contempla al fin, pero

con un semblante feroz y una mirada de hiena.

—Os habeis portado, señor lugarteniente! le dice.... Para esto deseábais el poder supremo de San Salvador?.... Para cometer desatinos y satisfacer ese orgullo necio y depravado que os domina?... Os repito que os habeis portado.... decidme, con qué elementos contábais para chocar tan abiertamente con el prelado? Con un enemigo tan poderoso y temible, á quien hay que observar mas que combatir.... contemplarlo para vencerlo... halagarlo para destruirlo..... y engañarlo para derribarlo?... Sabeis lo que habeis hecho?... Porque no hay duda.... El abad para haberos anatematizado, del modo que ha sucedido, es porque le habeis insultado.

Bermudo iba á contestarle.

—No me digais nada; no quiero escucharos, añadió sin dejarlo hablar..... Sois un miserable, sin imaginacion, sin criterio, sin alma!.... Un cobarde men- guado, que se ensaña en el vencido, y se engrie cuando ve un leve crepúsculo de felicidad y favor..... Un ente en fin tan

inútil y mezquino, que causa ira, fastidio, hastío y desprecio al que se asocia con vos, desvelándose en vuestro servicio.

—Padre!

—Eh, callad! Os digo que no habéis en mi presencia. Qué podriais decirme? Lo adivino, y por lo mismo no quiero oírlo de vuestra boca. Qué esperais de mí? Qué aguardais ya? No lo sé.... Os parece que un accidente tan grave.... que un desacierto tan trascendental, puedo yo corregirlo? Que mis recursos son tan superiores que alcancen á lo imposible? Yo no puedo nada.... nada ya: lo oís? Nada.... y os abandono á la suerte que os habeis proporcionado.

—Y lo hareis así?

—Por qué nó? O creéis que yo he de estar dando tormento á mi imaginacion á cada momento, para enmendar vuestros absurdos? Que mi talento lo he puesto á disposicion de vuestro capricho? Que lo he hecho un juguete de vuestra necia arrogancia?

—No seguramente.... pero un error...

—Un error reprendido de antemano,

no es ya error.... Es una reincidencia perniciososa, un abuso indigno que se hace de la confianza y la inteligencia.... Demasiado debiais saber que provocar la cólera del abad, sin mi permiso, no podia ser conveniente: que os habia prescrito lo contrario.... y debiais ciegamente obedecerme.

—Pero preso el árabe por vuestro dictámen, yo creí....

—Ecsasperar en contra al prelado, como lo habeis hecho, en vez de apaciguarlo, templarlo.... engañarlo con falsa modestia y afectada moderacion.... Eso es!... Echásteis mano de vuestro sistema.... El de todo tirano cobarde!... El único recurso que tienen. En la adversidad, humildes.... en la prosperidad, soberbios. Cuando están abatidos son pobres y mezquinos para discurrir.... Cuando se ven elevados y guarecidos con la fuerza material; orgullosos, erguidos, altaneros y universales!.... Y entonces, sabedlo; sois nada, no valeis nada, mucho menos que antes!.... Porque no sois vosotros los que obrais.... es esa fuerza odiosa y brutal.... No se vé al hombre inteligente.... si no à la bestia feroz cebada y engreida.

Si esperais en mí, repito que os engañais.... Quedad con Dios.... Llamad en vuestro auxilio las saetas de vuestros ballesteros.... Veremos si os ponen à salvo del peligro que os amenaza.

—Y me dejais de este modo? ¿Consentireis en verme....

—Afligido, menospreciado, abatido? Sí, mucho que sí... Quiero haceros ver, que el talento vale para todo, mas que la fuerza.... Que el opresor estúpido no es mas que una fiera alimentada, pero que no está libre, porque sus garras y dientes destrocen todo lo que se oponga á su capricho, de caer en un lazo que oprima sus robustos miembros, y que un niño llegue despues y la maltrate impunemente.

—Por compasion!... tened piedad de mí! dijo, humillándose á los pies del cenobita. Conozco mi imprudencia!... que he cometido un error.... pero mi alucinamiento.... En fin, he sido un insensato.... sí.... pero no me abandoneis.... no me dejéis en este estado.

—Asi os queria yo ver, le dijo el monge con satisfaccion.... Esta accion es

la única que me desarma y os reconcilia conmigo.

Sentaos, añadió, en este tronco caído.... Oid con atencion mis palabras y grabadlas en vuestra memoria.

Bermudo obedeció.

—Repetidas veces os he dicho, continuó el cenobita, que el orgullo y la cólera son muy malos para conspirar, y à pesar de todo, vuestro carácter violento os estravia á cada paso. Dais rienda á èl y os desboca con suma facilidad. Y qué conseguís? Vedlo. Destruir lo hecho, inutilizar lo provechoso. La humillacion, la hipocresía y el disimulo, son los resortes mas seguros, los mas poderosos agentes para obtener todo lo que se desea de los míseros mortales. Con la humillacion se toleran los denuestos, desentendiéndose, como si no se escucharan, de aquellas palabras que producen un acalòramiento, que nos vende y delata á veces. Con la hipocresia se engaña à los hombres, halagándolos, y obteniendo una estimacion total de aquel que nos sirve de blanco á nuestro objeto. Y con disimulo, se encubre

nuestro deseo, aparentando despreciar lo que nos desvela, engendrando confianza en el contrario, para en su descuido derrotarlo completamente. Pero el que como vos toma diferente camino, jamas llegará al término deseado.

Vamos á dar un giro á este negocio, echando mano de un recurso reservado, y que voy á anticipar porque es preciso. En primer lugar, poned al momento en libertad á Isabel.... que para nada nos sirve ya, lograda la captura del árabe. Pero ha de ser de este modo. Vos mismo, sin dejar la aparente cortesanía que usais con vuestra prima, llevais la muchacha á palacio y se la entregais á la condesa, manifestando que no la habeis sacado del colegio con ninguna mira siniestra, y sí sólo porque, creyendo que como esclava os pertenecía, tomásteis á desaire el saber, que el abad la hubiese ocultado de vos, y que á este fin hicisteis las pesquisas que creísteis oportunas. Vuestra prima queda satisfecha, y destruida la inculpacion que el abad pueda haceros, sobre vuestra desordenada conducta con las mugeres.

—A propósito de la condesa; ved el billete que me ha dirigido, dijo Bermudo.

El padre Cerebruno leyó:

«He sabido con indecible disgusto el arresto de Osman y de Isabel. No ignoro el detestable objeto que os ha inducido á ello. En cuanto á Osman, como condesa soberana de estos estados, os hago responsable de su vida, bajo cualquier concepto que pueda peligrar. Es un noble de sangre real y solo puede juzgarlo el rey: no os digo mas.—Elvira.»

—Bien, continuó el monge. El contenido de este billete parece que lo habia yo adivinado. Respectivo á Isabel ya he dicho lo que debeis hacer.... En cuanto á el árabe, nos desharemos de él á su tiempo.... No faltará modo, si nó surte efecto el que voy á adoptar, ò es conveniente anticipar su estermínio.

Decid à Elvira, que en la causa de Osman vos no os mezclais para nada. Que harto convencido que no debeis juzgarle, los jueces formaràn proceso, y que este lo mandareis á su alteza. Antes remitís las memorias redactadas por mí á

don Esteban Illan, alcaide de Toledo, como que son vuestras, y despues el proceso. Don Esteban goza gran favor con el rey. El proceso se debe instruir á el árabe, desde la muerte del esclavo, el tumulto la noche que hirió á los del pueblo, la asonada que se fomentò al dia siguiente, el desacato à vuestra persona, la profanacion del templo por los amotinados y las tres muertes hechas por el árabe, entre ellas las del capitan Garces, gefe de la fuerza armada. Todos estos cargos que pesan sobre él, son mas que suficientes para su castigo, y sobre todo la conmocion popular. Apoyad semejantes crímenes con los testigos oportunos, y luego por apéndice al proceso, quejaros de la proteccion que el abad concede á un extranjero, un morisco, y por el cual os ha puesto un entredicho injusto é inmerecido.

Ponderad mucho la escelencia de la ley y la justicia, *que es lo que se acostumbra en estos casos*. Que por conservar su decoro, os habeis espuesto á la cólera del abad; y que por mirar por los fue-

ros de la nobleza y dignidad de lugarteniente estais anatematizado como el mayor criminal.

En esto conocereis que yo lo que buscaba, eran *hechos* donde apoyarme, no muchachas ocultas como vos. Las muchachas no dan mas que sinsabores.... asi como unos efectos, bien atraidos al punto que se desea, producen frutos muy gratos y lisongeros.

Don Esteban Illan os es adicto, tanto por las relaciones con vuestra familia, cuanto porque odia todo lo que pertenece á los Castros. El sabe, y yo tambien, que el abad ha defendido á esta familia, por razones particulares. Don Esteban no corre muy bien con el abad, y el rey hace lo que quiere don Esteban.

Añadidle de paso, que aunque vos teneis derecho de vida y muerte sobre estos súbditos, como dicen que el *árabe* es noble, remitis la causa á su alteza para que la sancione. Yo escribirè tambien á don Illan.

Sobre todo no olvideis la mansedumbre y disimulo que os he encomendado.

Los dos se despidieron, hasta que volvieran á citarse allí cuando conviniese.

El padre Cerebruno contaba con dar un golpe seguro en Toledo contra el abad; pero este le ganó por la mano, estimulado, como se ha visto, por la seguridad de Osman, y sin maliciar que el monje le estuviese haciendo una guerra tan encarnizada. Su hipócrita reserva era tan sutil que, ni aun una mirada, el menor gesto aventuraba para que pudiese descubrirlo el prelado.

El siniestro fraile procuró buscar hechos, y efectivamente los habia fomentado á cual mas graves. La orden del pago de los pechos fue una alarma disimulada, una cadena, cuyos eslabones anudó fuertemente á su favor. La ley favorecia aquella determinacion, y no se podia encontrar un punto de apoyo mas legal y seguro.

Su objeto principal era minar insensiblemente la opinion del abad, presentándolo á los ojos de la corte, como un prelado altanero; interviniendo en lo temporal, distraido de su mision espiri-

tual, estraviado de la senda que le prescribía su ministerio, mezclado en intrigas y amaños civiles, y queriendo regir á su antojo, escudado con el favor, los asuntos gubernativos del pueblo. Atropellando la autoridad del lugarteniente por medio de profanas maquinaciones, cuyo agente principal era un árabe catecúmeno, tan engreído, como bárbaro y sanguinario en cometer excesos, derramando á su salvo la sangre castellana.

Sobre esto estaba basada la carta privada, dirigida á don Illan, por el padre Cerebruno.

Las revueltas que con sus intrigas habia causado, estaba seguro de que producirían felices frutos.

Pero Bermudo no teniendo suficiente sutileza para analizar los trabajos de su consocio, cometía las torpezas que se han visto. Su ignorante orgullo y corta capacidad comprometía á cada paso los resultados. Aun no le dejaban conocer tampoco que el padre Cerebruno no obraba sino por su interés particular, con egoísmo, menoscabando su opinión de lugarte-

niente en pro de sus intereses. Es decir, que como su tiro principal era derribar à el abad para colocarse él en su lugar, aunque alguna vez espusiese á Bermudo, nada importaba con tal que él quedase à salvo. En la òrden de los pchhos no habia hecho otra cosa.

De lo que se deduce, que el padre Cerebruno obraba siempre con conocimiento y jamas por ignorancia; y cuando algun acontecimiento se malograba, tenia el recurso de culpar la intemperancia de Bermudo, y no su malicia en enredarlo y envolverlo.

Tal sucede comunmente á los poderosos que son dominados por privados y consejeros. Estos sacan el provecho, y aquellos el odio del pueblo que observa sus actos, dictados y dirigidos por otro.

El abad ignorante de la conducta del padre Cerebruno, todo lo atribuia á la perversidad de corazon del lugarteniente y à la relajacion de sus sentimientos. La rebeldia que le manifestó acabò de convencerlo. Al sagaz Cerebruno no se le ocultó esta circunstancia, y sin embargo

reprenió á Bermudo agriamente , mas por someterlo à su poder, que porque sentia efectivamente aquel contratiempo. El àrabe estaba ya convicto de crímenes, que el abad con todo su poder no podia contrastar, y aunque el anatema era una prueba de contumacia en Bermudo, siempre reasumia en sí un escàndalo dado por el abad y motivado por una lucha con el lugarteniente que èl apostrofó à su antojo á don Esteban, y nada favorable al prelado, cual los hechos arrojaban de sí.

Por ùltimo, Bermudo y el abad, eran dos cubiletes que tenia en juego el padre Cerebruno, para sacar de ellos la utilidad que se prometia.



Quien á quien.

Inmediatamente mandó Bermudo que se le formase proceso á Osman, como habia ordenado su consejero, y con tanta actividad, que á los pocos dias quedó convicto de enormes crímenes y pronunciada su sentencia de muerte.

En el momento fue remitido á don Esteban Illan.

Al dia siguiente de la última entre-

vista de Bermudo con el monge, estando Elvira en su cámara con el abad, anunciaron la llegada del teniente Ortiz.

—Que pase al momento, contestó la condesa.

Este oficial poseía, como se ha dicho, un carácter mas dulce y sociable que el capitan Garces. Sus modales eran escogidos y revelaban otra educacion distinta que el difunto capitan.

Elvira lo habia mandado llamar, por direccion del abad, que lo conocia demasiado, asi los dos lo estaban aguardando.

—Pasad adelante, teniente, le dijo Elvira con afabilidad, viendo que se habia quedado en el dintel de la puerta. Tomad asiento.

—Señora!...tanto honor en vuestra presencia!....

—Sí, amigo mio. Las noticias lisonjeras que tengo de vos os hacen acreedor á esta distincion. Bien sabeis que aprecio á las personas, mas que por su rango, por su verdadero mèrito.

—Esa cualidad admirable, realza mas las peregrinas dotes con que os ha favo-

recido el cielo.

—Pero si no rindo homenaje á las importunas ecsigencias del orgullo, me intereso sobremanera por la suerte de los infelices.

—Lo sé, señora.

—Decidme, teniente, cómo ha sido la muerte del capitán Garces?... Qué la ha motivado?

—Una orden imprudente, señora.

—Sí?... Yo ignoro sus verdaderas circunstancias. Desde la partida de mi padre, siempre encerrada en este palacio, les parece á algunos que no ecsisto, y no se dignan participarme lo que pasa en mis estados.... lo que padecen mis súbditos... Asi sus clamores llegan tan tarde á mis oídos.

El teniente refirió lo ocurrido en el castillo, con Osman.

—Y qué delito, preguntò la condesa, le imputaban al pobre árabe para prenderlo de ese modo?

—Lo ignoro, señora.

El abad mirò á Elvira, como dándole à entender que sus recelos eran fundados.

—Esa es una infamia, añadió Elvira, que jamas perdonarè al lugarteniente. Cualquiera que hubiera sido el delito de Osman, harto sabia Bermudo su nobleza, y que á un personaje tan ilustre no se le captura como á un asesino. Su defensa fue natural, producida por su dignidad ultrajada... Por el menosprecio que hicieron de su persona... Decidme, teniente, què hubierais hecho en su lugar?

—Dejarme primero hacer pedazos, señora... Y tal hubiera sucedido al árabe á no ser por su amada que le arrebató el puñal.

—Ella cumplió con su deber, salvando de ese modo su vida.

—Sin duda. Yo os confieso que ignoraba el rango de Osman, pero ahora que lo conozco, como hidalgo que soy, os aseguro que ha hecho bien. El lugarteniente ha sido el imprudente.

—Algo mas que imprudente, Ortiz. Yo lo califico de siniestro y mal intencionado. Ese árabe es de sangre real y jamas puede desmentir sus principios.

Bermudo lo ha hecho venir á España en pos de esa misma Isabel, á quien robó en Jaffa y se la trajo bajo el título de esclava... Considerais ahora el motivo que à impulsado al lugarteniente para prender á el árabe de ese modo?

—Señora, eso es indigno, impropio de un noble de Castilla.

—Verdad que sí?... Pues apesar de todo, Bermudo tiene la audacia de afrontar, escudado con su autoridad, el desprecio de toda la nobleza que pueda saber su conducta. Mi padre ignora unas circunstancias tan odiosas, aprecia à Osman como se merece, todos nos interesamos por él, y yo, teniente, no quiero que el árabe perezca á la vengativa saña de Bermudo.

—Es muy justo, señora.

—Porque confio en vuestro honor y probidad, en la elevacion de vuestras ideas, es por lo que os he hecho venir. Vos no ignorais los medios que puede emplear la traicion, para asesinar en secreto á Osman, y dar á su muerte un aspecto diferente de la verdadera causa

que la motive. El lugarteniente no puede públicamente disponer de su vida por que esa pertenece al rey. Los fueros, las inmunidades de la alta nobleza á que Osman pertenece, no están bajo la autoridad del lugarteniente. Este ha de procurar su muerte por todos los medios posibles... y nadie mas que vos puede evitarla.

—Creeis acaso que el caballero Bermudo....

—Sí, todo lo espero de un hombre que oprime al pueblo, y abusa indignamente de la autoridad que le confíaran. En vos pongo mi esperanza, Ortiz.... es fuerza que me hagais este obsequio...

—Espero vuestras órdenes, señora.

—Por muerte del capitan Garces, habeis quedado mandando la fuerza armada.

—Si señora.

—Los ballesteros, os aman?

—Tengo la satisfaccion de que me lisonjeen con su aprecio. Mi autoridad les es mas grata que la del capitan Garces.

—Es justicia que os hacen. En nombre de mi padre, os confiero el grado de capitán de la primera mesnada de sus ballesteros, vacante por muerte de Garces. Hoy mismo se lo haré saber á Bermudo.... Conceder gracias no me está vedado, si por mi corta edad no he quedado encargada ahora del gobierno de mis estados. En ese concepto, no os mando, os suplico que os opongais à qualquiera tentativa de Bermudo contra Osman, dándome parte de ella al momento, y à qualquiera hora que ocurra. Mis pajes de antecámara, el gefe de mi guardia, quedarán instruidos para que os faciliten paso hasta mí, sea cuando sea. ¿Me lo ofreceis, Ortiz?

—Os lo juro, señora.

—Os daré un salvo-conducto para que podais obrar sin responsabilidad.

—De nada necesito. El que cumple con su honor, le basta el convencimiento íntimo de llenar su deber.

El teniente se inclinó respetuosamente y se retirò.

—Se ha salvado, dijo Elvira gozosa.

Tengo confianza en la probidad de este jóven.

—Y bien fundada, contestò el abad. El que posee unos sentimientos benéficos no puede ocultarlos.

La dueña anunció al caballero Bermudo.

Al subir este la escalera de palacio, se encontrò con el teniente Ortiz que bajaba. El teniente le saludó, y Bermudo estrañò aquella visita. Esto le hizo sospechar que Ortiz habria sido llamado.

Bermudo, sin pasar de la puerta, ni manifestar sobresalto por encontrarse allí con el abad, antes con suma humildad y dulzura;

—Me permitís, mi hermosa prima?... preguntó, con una inclinacion.

—Pasad, le contestó esta; sin disimular su enojo, ni mirarlo.

A Bermudo no se le ocultó el desagrado de la condesa, pero continuó, aparentando no haberlo notado:

—Señora, he venido hasta vuestros pies, para sincerarme de una interpretacion siniestra, que sé ha llegado á vues-

tros oídos, y la cual perjudica estremadamente mi opinion.

El abad y Elvira se miraron, sorprendidos.

—Sí, interpretacion, añadió, porque nadie me ha pedido aclaraciones, (fijando su vista en el abad) sobre un hecho ruidoso, que se cree pesa sobre mí, y que sin embargo no he sido culpable de sus consecuencias.

—Y aun teneis osadía? prorrumpió el el abad, sin poder contenerse.

—Perdonad, señor, prosiguió Bermudo, sin abandonar su fingido exterior. Estais alucinado, y así no es extraño que hayais procedido injusto contra mí... Despues trataremos de eso. En una palabra, la suerte que hoy pesa sobre el árabe Osman se le debe à su imprudente audacia, no à mí.

El abad no podia comprender, à donde iba á parar la impudencia de Bermudo.

—Si en ello me ha cabido alguna parte, habrá sido un error pasajero de mi honor resentido. Creí que tenia derecho

sobre una jóven esclava que traje de la Palestina, y que al notar su fuga con un protector misterioso, è ignorado por mí, podia buscarla y traerla á mi poder. Lo hice así, valiéndome de los mismos medios que usaron para arrebatàrmela.... la ficcion y el disimulo. Pero no es culpa mia que ella tenga un amante imprudente, inconsiderado y feroz, que á la sombra de una impunidad, que jamas debió concedérsele, haya perpetrado crímenes enormes, que ponen ahora su cabeza bajo el hacha de la justicia; sin otro fundamento, que el que haya rescatado su dueño, una esclava que él ama.... à su modo.

—Veo, dijo Elvira, que dais á vuestra vindicacion un colorido perjudicial para Osman. Este se ofendió altamente, del modo brusco é indebido con que trataron de arrestarlo.

—Señora, yo no puedo ser responsable de que nuestros súbditos, en el cumplimiento de una órden, traspasen los límites del respeto debido á las personas. Harto ha pagado ese abuso el capitan Garces. Mi órden à este era, que si Osman

se personaba en el castillo á saber de su amada, fuese presentado ante mí.... En ello tenia miras muy diferentes de las que se suponen en mi daño.... y ahora os convencereis.

Bermudo se llegó á la puerta de la cámara, y entrò en seguida, trayendo à Isabel de la mano.

Elvira y el abad se sorprendieron.

—Acercaos, Isabel, dijo Bermudo: yo no ecsijo otra cosa sino que atestigüeis en presencia de mi bella prima, si son ciertas ó no, las palabras que ayer os dirigí en el castillo. No os digo, antes de todo, que mi amor hácia vos habia cesado, que no era él quien os traia otra vez à mi poder, y si el derecho que creia tener sobre vos, como vuestro dueño?

—Sí.... señor.... contestó Isabel, ruborizada.

—Hablad con franqueza, hija mia, dijo el abad. Vuestras razones son ahora de mas valor que podeis pensar....

—Sí, padre mio.... eso mismo me dijo el caballero Bermudo.

—Me alegro, añadió este.... Y no te

T. III. 12.—*Biblioteca popular gaditana.*

insinué tambien, que si tu amante llegaba á mí á demandarme con sumision tu persona, se la concederia, siempre que reconociese mi poder sobre ti?

—Tambien es cierto, respondió Isabel.

—En esto conoceis, hermosa prima, que ni tenia sobre mi esclava las intenciones que se me suponen pérfidamente, ni menos ellas me han hecho proceder contra el árabe de un modo siniestro. Ninguna prevencion tengo hácia ese desgraciado.... Porque mi inclinacion por esta jóven fué un capricho.... un pasatiempo pueril, en el que despues entrò á obrar el resentimiento del amor propio ajado; tocando extremos imprudentes, es cierto, pero que son hijos de errores que los hombres comenten, y cuya influencia no debe nunca perjudicar la opinion, la fama ni el porvenir de ningun noble. Lo que fué y ha cesado de ecsistir, es como una llama pasagera que calienta al pasar pero no quema. Lo repito; ninguna idea, ningun pensamiento he tenido ahora sobre esta muger, mas que la ofensa de haberme creido burlado, sustrayéndose de mi poder.

Però habiendo sabido, con harta satisfaccion, que la protegeis; á vos.... solo á vos, prima mia, os la vengo á entregar, para que dispongais de ella como mejor os plazca. Colocándola bajo vuestro patrocinio, cierro la boca à acriminaciones falsas, à denuestos imprudentes. Sobre mi conducta anterior con ella y su padre, ya he dado à entender el móvil principal que la causò. La amé antes de conoceros.... porque mientras no se vè al sol, es muy fácil dejarse fascinar por otro astro mas inferior.

En cuanto à vuestra paternidad, confieso que me ha sorprendido el que, por una disputa en que mas ha obrado el acaloramiento que la prudencia, me hayais anatematizado, esgrimiendo contra mí armas que no puedo contrarrestar.... Yo os lo agradezco.... pero permitidme que os diga, que si habeis obrado como prelado, habeis olvidado lo caballero. Tan lejos de pedirme aclaraciones y entendernos amistosamente, vuestras primeras palabras, fueron una interrogacion acre è intempestiva, que irritò mi orgullo y me obligaron

*

á responderos como lo hice. En lugar de darme ejemplo de humildad y comedimiento, me incitásteis á la altanería y arrogancia.... A no ser, que no lo creo, que procurarais ecsaltarme así para anatematizarme despues, por capricho... ò una intencion que yo no puedo comprender. —

—Con que osais aun?... dijo el abad.

—Oh! por Dios, señor, no os altereis otra vez.... Yo os hablo ahora con sangre fria y mansedumbre. Si me equivoco, disimulad.

—Vamos, por lo que yo veo aquí, dijo Elvira, cediendo á su natural bondad, todos habeis procedido con un acaloramiento, funesto para unos, y desagradable à todos. Los efectos fatales que se lamentan, son los que ahora, con prudencia, es necesario remediar. Bermudo, ya por reflexion ó arrepentimiento, confiesa aquí públicamente sus errores, y devuelve á Isabel, para justificar que no ha sido un interes odioso el que le animaba hácia ella, sino un efecto de su orgullo ofendido, de su grandeza ajada. Yo admito tan sincera confesion, y espero de

que me dará otra prueba mas de ello, en mi obsequio.

—Estad segura, como dependa de mí.

—Que concedais la libertad á Osman.

—Parece, prima mia, que ignorais el culto que se debe á la justicia. Está Osman en mis manos? Soy árbitro de su persona? No pertenece ya à las leyes? No depende de los jueces? Mi dignidad de lugarteniente es nula en este caso... porque ni aun la sancion de su sentencia es cosa mia, sino de su alteza.... De manera que no tengo sobre él mas que la responsabilidad de su persona, delegada en el teniente Ortiz, gefe de la fuerza armada, hasta que su alteza apruebe ó no el fallo que le impongan. El árabe ha procedido bàrbaramente.... Sus cellos le arrebataron, y las leyes no toman en cuenta mas que la enormidad del delito, —Os concedo que Osman, ha procedido con imprudencia, pero de un noble como vos merece una consideracion que no podeis negarle.

—Yo se la dispenso; pero en los delitos probados, la justicia no conoce distinciones ni clases.

—La justicia disminuye su rigor, con-
testó el abad, cuando los hechos se escla-
recen, no cuando se abultan y acrimi-
nan. Si se le condena sin oír á un delin-
cuente, no obrará en tal caso lo ley, si-
no el dolo y la parcialidad.

—De eso mismo pudiera yo quejarme
de vuestra paternidad. Me habeis puesto
entredicho, y fulminado contra mí las
armas de la iglesia, apareciendo, mas co-
mo enemigo irreconciliable, que como un
juez conciliador, de paz y mansedumbre.

—Cuando el hombre se burla del po-
der de la divinidad, cuando escarnece los
preceptos sagrados de la religion, las puer-
tas del santuario se cierran para él, y la
iglesia le repele de su seno.

—Pero sin escucharle? Sin hacerle ver
que ha errado?... Sin oír sus descargos?...
Sin darle ni aun tiempo de reflexionar su
imprudencia?....

—Ah! confesais que estuvisteis impru-
dente.... Yo os digo que *rebelde*! Lo en-
tendeis, Bermudo? *Rebelde y contumaz*.

—Pero la justificacion hecha aqui,
patentiza muy claro que he reconocido mi

falta. El paso que acabo de dar, añadió, recargando su hipocresía, prueba también de que he tratado enmendarla. La razón puede estraviarse un momento, y su flaqueza conducirnos al mayor delito. Por eso se le debe dar lugar al pecador para que lo medite y se arrepienta.

—Bien; cuando me probeis sinceramente ese arrepentimiento, os devolveré al gremio de la iglesia.

—No concibo de qué manera, lo quereis.

—Demasiado lo sabeis.

—Del árabe, protesto aquí solemnemente, que descargo mi responsabilidad sobre su porvenir.... Su alteza verá el proceso.

—Entonces, prorrumpió Elvira, mirando á el abad, suspendámoslo todo hasta que el rey ecsamine la causa. Tengo esperanzas en el monarca. Entretanto, os pido, Bermudo, que ratifiqueis la gracia que he concedido al teniente Ortiz.

—Ya adivino.... Lo habeis elevado á capitán.

—Sí.... me ha parecido justo.

—Os habeis anticipado á mi deseo... Pensaba en ello.... El teniente es un jóven recomendable en todos conceptos.... Solo extraño que viniese á exigirlo de vos.... Le he encontrado en la escalera de palacio.

—Lo mandé llamar. El ascenso se lo he dado sin que haya habido solicitud por su parte.

—Ya... Con que estais satisfecha, prima mia, de que no tengo prevencion alguna contra el árabe?

—Todo me inclina á creerlo.

—Mi conducta lo acabará de justifica. Ofrezco ni aun verlo....—El capitán Ortiz.... porque ya le llamaremos capitán, es verdad?.... será el que os dará cuenta esacta de él, á causa de que estando incomunicado nadie puede hablarle mas que su carcelero.

—Dentro de algunos dias se verá si es cierto lo que decís, contestó el abad.

—Bermudo se retiró, volviendo á saludar cortesmente.

La leccion que le dió el padre Cerebruno habia producido un saludable

efecto.... Disimulo, hipocresia y humi-
lacion habia usado en esta escena. El-
vira casi le disculpaba interiormente,
á pesar del odio que le profesaba; y el
abad llegó á persuadirse que el anatema
lanzado contra él, habia producido aquel
nuevo y falso arrepentimiento.

El prelado se afirmaba en la inten-
cion que le impulsó á ponerle el en-
tredicho. Lejos de usarlo como para ofen-
der á Bermudo, lo hizo con el recomen-
dable fin de ver si podia atraerlo á la
senda de la virtud, de donde lo veia
tan distante.

Bermudo se deshizo de Isabel con
harto pesar, pero procuró al mismo tiem-
po sacar todo el partido posible de tal
sacrificio. No estinguido aun en su co-
razon el lascivo deseo de disfrutarla; si
la suerte de su padre no obligó antes á
la inocente doncella, el peligro por la
vida de su amante la hubiera tal vez
decidido ahora.... Mas el padre Cere-
bruno lo dictaba y era necesario obede-
cerle sin replicar.

No por eso desconoció el paso aven-

tajado que acababa de dar. Solo una cosa le inquietaba. Que habiendo protestado no obrar contra el árabe, y pensando su muerte del fallo del rey, el abad y Elvira no dejarían de interesar al monarca en su favor, y en ese caso su venganza hacia Osman quedaria inutilizada.

Pero confiaba en don Illan, y más en el padre Cerebruno, tan fecundo en recursos. Asi acababa de prometer à Elvira, sin vacilar, desentenderse de todo. El abad y Elvira, satisfechos tambien en haber desviado del cuello de Osman el golpe siniestro y vengador de Bermudo, esperaban en la reina y el arzobispo.

Todos aguardaban el logro de sus deseos, por diferentes caminos y animados de distintos sentimientos.

De modo que en el anterior diálogo estuvieron, *quien à quien*.

Un golpe certero.

Eran las siete de la tarde.

Dos hombres se paseaban por entre los sombríos nogales que habia detrás del monasterio. El que parecia de mas suposicion, decia á su compañero, mostrándole una carta que tenia en la mano.

—Sí, mis sospechas están justificadas aqui.... Ese hombre està por el lenitivo ; por los medios suaves, y es por-

que su sangre amortiguada ya, no tiene fuerza para obrar, ni energia para arrostrar los inconvenientes. ¡Ira de Dios!... Pasando dias y dias, sin dar cima á esta empresa, ò cuando menos ver una ventaja positiva.

—Y por qué no obrais por vos solo? le contestó el otro. ¿Acaso cuando Rodrigo necesitásteis de nadie? Lo cierto es que os librásteis de un rival poderoso.... El duerme en la tumba y vos vivis.... Una puñalada á tiempo vale mas que todós los planes del mundo.... *Hombre muerto no habla.*

—Es verdad.

—Os aseguro que si à el árabe lo dejasen por mi cuenta!... No hay cosa mejor que quitar estorbos de en medio. Un mal puñal es mejor que buenas palabras.

—Ese es mi sistema, y sin embargo...

—Es una barbarie tan estúpida como escandalosa, prorrumpió un monge que se habia acercado á los dos interlocutores por la espalda, sin que ellos lo

notasen.... Las ventajas que resultarían, serían tan grandes como la estolidez de de quien cree que el puñal haga otra cosa mas que destruir, no fomentar; aniquilar y no crear.... Es un instrumento que me repugna usarlo por mí.... Yo dejo à otros esa destreza y cuidado.

—Los tres reunidos eran el padre Cerebruno, Bermudo y Treviño.

—Còmo se conoce, padre, le dijo el lugarteniente, que obraís á cubierto!

—Y què se prueba con eso? Una cosa muy sencilla. Que no estoy por una publicidad necia y perjudicial. Comparad los resultados de vuestro sistema con los del mio. Vos mandais prender públicamente, y yo promuevo que otros prendan. Vos ordenais asesinar, y yo hago que ellos se maten entre sí. A vos os designan por un infame, y de mí no sospecha nadie. Pasais por un asesino encubierto, y yo por un santo. Vos consternais, sin fruto, á una familia, y yo alarmo las masas en mi provecho. Trastornais la tranquilidad de una casa y yo pongo en movimiento á una poblacion....

Y en fin, á vos os detestan y á mí me colman de bendiciones. Veamos de los dos quien saca mas partido en la sociedad.

Bermudo no contestó, al escuchar este pequeño análisis.

—Es verdad, continuó el monge, que tal conocimiento y aplomo para conducirse, se adquieren con el tiempo. Detrás de la edad está la esperiencia, detrás de la esperiencia el acierto, y detras del acierto la utilidad. Lo que tiene, que muchos conocen esto tarde y no alcanzan ya á obtener los felices resultados que proporciona.

—Sin embargo, hasta ahora, padre, estamos poco adelantados... Ved esta carta de don Illan.

El monge la leyó.

—Bien... ¿y què os dice?.... Que el abad ha interesado á la reina y al secretario del arzobispo por el árabe, y que no responde del èxito favorable, aunque hará todo lo que estè de su parte. Que el conde Fernan Nuñez debe pronto llegar á Toledo de vuelta de la batalla de

las Navas de Tolosa, y que este será otro ausiliar poderoso á favor del abad.

— Y os parece poco? Y si el conde llega á San Salvador è interroga á el árabe como es probable? Y si este descubre al conde que yo pedí dos filtros al hebreo para matar dos mugeres? Dos mugeres, que designará en la una á Elvira, y en la otra á Isabel.

— Y qué pruebas tiene el árabe para atestiguar eso?

— Su palabra.... y basta. El conde sabe que Osman pertenece á la alta nobleza y no dudará un punto de él.

— Tampoco debe dudar de vos.

— Sì, ¿pero creis que debo afrontar la acusacion denigrante del árabe ante Elvira y el conde? No hay otro medio mas fácil de atajar ese camino?

— La mia, interrumpió el cabo. *Hombre muerto no habla.*

— Hola! Parece que el buen Treviño està por remedios fuertes.

— Yo, padre, estoy por lo mas pronto y seguro.

— No veo una necesidad forzosa para

esa precipitacion. Todo lo que el árabe puede esponer contra vos, dijo el padre Cerebruno dirigiéndose à Bermudo, es que os oyó pedir dos filtros para acabar con dos mugeres, pero esto ni prueba que fueran para Elvira é Isabel, ni que el árabe merezca todo crédito. Hè aquí lo único por donde podais temer de Osman. La muerte del padre de Isabel, la conducta que observásteis con ella, todo lo sabe Elvira, sin necesidad de que el árabe lo diga. Ahora si vos estais empeñado en matarle.... eso es otra cosa.... sea.... yo no me opongo á ello.

— Sí, estoy empeñado, porque no puedo convenir con una dilacion que amenaza inutilizar nuestros proyectos, y tiene con vida á un enemigo poderoso. ¿Dudais acaso que si el aventurero vuelve no procurará salvar á su compañero.... y lo salvará quizá? O cuando menos, enterado de lo que sufre, y creyéndome su rival, no atentará contra mí por todos los medios que le sugiera su venganza?

— Eso mismo podrá hacerlo aun cuando el árabe haya dejado de ecsistir.

—Quizá mudaria de idea entonces.... En fin, la vida de Osman es un peso insoportable para la mia.... Porque sabe secretos que deben espirar con él... y que no han de salir de los densos muros donde ahora se encuentra aprisionado.

—Muy decidido os veo.

—Me obliga el peligro.... Estoy cierto de que su sentencia no la sanciona el rey y que quedaremos burlados.... Ahora está en mi poder, es nuestro, nos pertenece, y la ocasion no se debe malograr... Cada dia que pasa por su ecsistencia es un torcedor para la mia.

—Y vamos á ver ; còmo pensais deshaceros de él?...

—Mantándolo.

—Pero còmo?

—Por mano de los ballesteros.

—Delirais?.... Y el capitan Ortiz, os parece que accederá à un asesinato?.... No me habeis dicho vos mismo que creeis que Elvira y el abad le han recomendado el preso , elevándolo la condesa à capitán?

—Sin duda , contestó Treviño, porque
T. III. 13.—*Biblioteca popular gaditana*

es mi sombra. A cualquiera hora se encuentra al pié de la torre donde está el árabe embozado en su capa, que parece una estatua.

—Ya lo ois, dijo el monge.

—Entonces se le mata á puñaladas

—Eso es mas fácil, añadió Treviño.

—Eh! mentecatos!.... prorrumpió el cenobita. Y sobre quién recaerian las sospechas de ese homicidio? Sobre vos, dirigiéndose á Bermudo. Cómo os justificareis de ese atentado? Ved ahí vuestro modo de obrar, sin tino ni reflexion!... La habilidad de estas cosas, consiste en revestirlas de una legalidad é ignorancia maravillosas. Promover con disimulo la causa y dejar obrar los efectos. Animar en secreto el brazo y aparentar no conocer ni aun al ejecutor. Inmolar la víctima, con el regocijo en el alma, la risa en el corazon, y el rostro cubierto de mortal tristeza.... Llorar despues sobre ella.... Esto es el mundo y estos son los hombres.... Cada vez me voy convenciendo mas de que no servís para lo que se practica.

—Por qué?

—Porque sois tan escaso de recursos que no se os ocurre nada ; y lo poco que pensais tan comun , tan trivial que ni un niño lo imaginaria.... Tan inútil tambien, que desconcertando lo adelantado retrocedemos peregrinamente....—Decidme: ignora Osman que Isabel no está ya en el castillo?

—Si señor.

—El clavero de la torre....

—Soy yo ahora , respondió Treviño. Tengo en mi poder todas las llaves del subterráneo y las puertas de la torre.

—Tiene esa torre alguna comunicacion secreta?

—Una puerta por la segunda bodega de los subterráneos , que conduce á una galeria , subterránea tambien.... y en ella hay una escalera de caracol que va á las habitaciones interiores del palacio.

—Las que ocupais vos ahora , dijo á Bermudo.

—Sí, contestò Treviño.

—Y con todos estos recursos, añadió el monge al lugarteniente, no se os ocurría mas que el acto escandaloso de asesinar á

puñaladas á el árabe! Y para eso habeis hecho venir á Treviño aquí, creyendo que se trataba de un hecho igual al de Rodrigo.... ¡Què imbécil sois!.... Acabar con Osman es mas fácil de lo que creéis.... Pero no me tomarè el trabajo de indicároslo. A el árabe se le asesina, pero no con ningun acero.... Se le hiere mortalmente en el corazon, porque posee un espíritu fogoso, un carácter arrebatado, una alma impresionable, y se le arrastra fácilmente, donde le acomoda.... al que sabe conducirlo....

—Yo creo, padre, dijo Bermudo, abrumado ya con las razones del monge, que vos lo que poseéis es el don de la facundia para cuando os encontrais, como ahora, obligado à un compromiso àrduo y del que no sabeis salir, verter palabras pomposas que os saquen del atolladero.... Lo que yo necesito es ver adelantos en nuestra empresa, y hasta ahora solo noto entorpecimientos, y perder el tiempo. Ya es necesario obrar sin lenidad y con energia.

—Pues todo es hijo de vuestra prime-

ra torpeza, prorrumpió el monge resentido con las palabras del lugarteniente. Porque sois un zote que no ve mas que por un prisma.... el de la violencia.... Porque queriendo combatir á un rival como Rodrigo, pretendiendo derribarlo y elevaros sobre èl, no se os ocurrió mas que el despreciable extremo de esterminarlo. Grande, herdico , sublime recurso para un cortesano!.... Para un hombre que ha sido educado en medio de la culta sociedad, en el brillante círculo de la corte.... Recurrir al miserable medio que pudiera haber adoptado el villano mas humilde de la plebe. Qué os hubiera dado mas honor? Alzaros sobre la posicion y la elevada privanza de vuestro antagonista, que no sobre su cadáver inanimado è impasible, que nada podia oponeros? Direis à eso que necesitábais desembarazaros de él porque su sombra os era perjudicial. ¿Y no teniais en vuestra mano los recursos inmensos que la imaginacion posee? Una acusacion, una intriga sutil, bien combinada, en que el talento llevase toda la direccion, el peso, la victoria, y á vuestro rival lo abatiese,

anonadase, lo perdiese en fin.... ¡Pero asesinarlo! Recurrir à la fuerza soez y brutal de un brazo y un puñal!.... A un recurso tan mezquino y detestable!.... Recurso adoptado por los débiles y miserables que no se sienten con fuerzas para luchar! Y en la corte! Pièlago inmenso de accidentes! Océano interminable de recursos! Oh! si yo estuviese en la corte! Donde cada palabra, cada mirada, cada seña, cada pensamiento ofrece un manantial inagotable de ideas que crear, desenvolver y poner en ejecucion! Pero luchar aquí!.... aislado, en este pequeño circulo!.... sin hombres!.... Porque lo que yo quiero, lo que necesito, son hombres.... Hombres à quienes observar.... à quien combatir.... à quien envolver.... poner á mis pies.... y hacer que besen mis plantas!.... Oh! la sociedad! La sociedad, de quien tuve que huir!.... De quien me privó la inesperienza, el alucinamiento?... La sangre que hervia en mis venas con demasiada impetuosidad!.... Yo no meditaba, pensaba, ni discurría como vos, y me arrojaba frenético al objeto sin prevencion ni reserva.... Oh! la sociedad!...

Si yo pudiese volver á ella! ahora!....: ahora! Pero ya no es posible. He necesitado mentir y fascinar, para vivir... Engañar, y fingir, para conservar una existencia triste y mezquina.... Pero esta envuelve aun su esperanza.... esa esperanza consoladora que nos guia y acompaña á la tumba, fiel é inseparable.... La sociedad! Por verme en medio de ella, rodeado, circundado de sus goces y caprichos.... de sus veleidades y fantasías.... de sus realidades y sus sueños, daría la mitad de los dias que que quedan à mi ser. Jugar con la suerte, con la fortuna de los hombres!.... Tener su porvenir aquí (tocándose en la frente) casi cierto, y ser poco menos que un precursor fatídico del destino.... Abrir ò cerrar la mano para ahogar al mortal ò lanzarlo à la vida!.... ¿Dònde hay ilusion mas encantadora! Sueño mas halagador!.... Satisfaccion mas dulce y hechicera!

En la faz del monge brillaba un gozo profundo y vivificador. Sus ojos férvidos y radiantes querian saltar de las órbitas.

Bermudo y el cabo lo contemplaban estasiados.

—Y teneis aun valor de denostarme?... añadió á Bermudo. Vos miserable y pobre insecto! ¿Sabeis lo que abarca mi imaginacion en este momento y hasta donde podria estenderme?.... ¡Qué no soy capaz de hacer desaparecer á el árabe, me habeis dado á entender!... Y aun à vos, en medio de ese preponderante poder que ostentais. Pero os convenceré muy pronto de que sois tan corto en ideas, como largo en palabras... Mañana será otro dia.

El cenobita desapareció, antes que pudiesen contestarle.

Estupefactos quedaron el lugarteniente y el cabo.

—Este hombre es un demonio disfrazado, dijo Treviño. Es mas temible de lo que yo creia. Cuenta con él, señor. Yo considero, que al fin de la jornada lo mas seguro es enviarlo lejos... Bien lejos de nosotros.

—Calla, y sígueme, le contestó Bermudo.

.

Algunos dias habian transcurrido des-

de que el triste Osman entró en la prision, sin ver á otra persona que al cabo Treviño su carcelero, cual sugeto de confianza del lugarteniente, sin saber de Isabel, y consumiéndose de impaciencia, mas por la suerte de ella que por la que á él le esperaba.

Treviño, fingiendo condolerse de su estado, lo consolaba algunas veces. Departia con él, por la parte exterior de un fuerte rastrillo de hierro que habia, despues de la puerta del subterráneo donde estaba; único momento que el árabe se olvidaba algo de sus padecimientos. La ventana que Bermudo le indicò, por donde podria escuchar los suspiros de Isabel, era una claraboya ovalada, à la altura de unos nueve pies del pavimento de la prision, con una reja tan espesa, que apenas dejaba penetrar la luz; de modo, que de lo único que por alli podia disfrutar, era, en el silencio de la noche, oir los pasos del centinela, situado delante de ella.

Asì se limitaba á pasar, la mayor parte de las largas horas de su encierro, paseándose con las manos atras y la cabe-

za baja, meditando sobre su suerte. La memoria de Isabel era un tormento incesorable para su corazon. El recuerdo de que al ir à poseerla, al tocar la ansiada felicidad, esa felicidad que le habia hecho abandonar su patria, y correr hácia ella desde el confin del oriente à Castilla... hasta aquella tierra de maldicion para èl; habia desaparecido de entre sus manos.... y mas que todo, que Bermudo tenia otra vez en su poder la joya tan amada de su corazon, á estas reflexiones sentia el yelo de la muerte correr por todos sus miembros.

Mientras no habia encontrado à Isabel; creyèndola infiel, ú olvidada de sus promesas, si bien este era un pensamiento cruel; la ausencia, la esperanza, lo distraian consolando los penosos momentos de su existencia. Pero hallarla bella, enamorada y constante á su primer juramento!.... haber disfrutado de la inefable satisfaccion de librarla!.... oir de su boca encantadora que nunca lo habia separado de su memoria; nutrirse con el porvenir halagüeño de gozar de sus hechizos!.... estar

próximo al cielo de la dicha, del deleite, y verse súbitamente arrojado en la sima profunda y horrorosa del dolor y el abandono.... Todo esto le abatía, por mas que procuraba sobreponerse á su estado, sobrellevando con resignacion tan detestable suerte.

En esta constante y perdurable lucha pasaba sus dias. A veces se le figuraba ver á Isabel, débil y rendida á los halagos, promesas y amenazas de su rival, y á este pensamiento tirano, su corazon anonadado y comprimido, le hacia verter lágrimas, de un sentimiento acervo, mezclado con una saña vengativa y feroz.

De lo que menos se ocupaba, era del peligro que podia amagar su vida.

El ruido de los cerrojos de su encierro, vino à sacarlo de sus reflexiones.

—No te sorprendas, soy yo.... le dijo Treviño. Estrañarás que vengo á visitarte algo tarde esta noche.... Pues es porque he estado ocupado en tu obsequio.... Espera que voy á cerrar la puerta del subterráneo.... La conversacion que vamos à tener no quiero que la oiga nin-

guno, y aunque el centinela tiene orden de no dejar bajar aquí á nadie, el capitán Ortiz puede....

Treviño cerró la puerta indicada, y se quedó en el espacio que habia entre està y en el rastrillo.... Local muy capaz para que nadie pudiera enterarse, á traves de la puerta, de lo que hablesen junto al rastrillo.

—Ya estamos seguros, añadió el cabo.... Confieso, hombre, que te compezeo cual no puedes imaginar. Varias veces me he insinuado con el capitán Ortiz, para que te mudase de encierro, y siempre lo encuentro mas duro y sordo que las paredes de este subterráneo. (1)

—Yo te lo agradezco; le contestò el árabe con esquivéz, y sin interrumpir sus paseos.

—No, no creas que lo hago por agradecimiento.... Desde que te conocí me inspirastes un afecto entrañable y ahora mismo te lo vengo á demostrar.

(1) Desde luego se conocerá que Treviño mentia en esto, miserablemente.

— Bien.

— Escucha. Conjeturando yo que la causa de tu prision, eran los celes que el lugarteniente tenia de tí, por esa muchacha que estaba arriba.....

— ¿Que estaba!... pues qué, no está? preguntó Osman prontamente, acercándose á la reja.

— Toma! toma!... A los dos dias la sacaron de aquí.

— Y dõnde la han llevado?

— A las habitaciones del otro lado.

— Pero à cuáles?

— No lo adivinas?

— A las del lugarteniente?

— Sí....

— Otra violencia! Otra seduccion!!.. (Y tornó á sus paseos precipitados.)

— No seas tonto, hombre.... no seas tonto! Ni ha habido violencia, ni sednccion.

— Cómo!...

— Ella ha ido muy gustosa y contenta.

— Mientes.

— Lo que oyes.

—Mientes.

—Pero sì me consta.

—Mientes, miserable, es falso!... Tú mientes.

—Escucha, hombre, y no te lo hables todo. A la segunda visita que la hizo el lugarteniente, yo no sè lo que la dijo, que la puso blanda como una cera.

—Falso! Falso! Falso!! (apresurando mas sus paseos.)

—Me inspiras làstima, Osman. No seas necio, y desengáñate. Las mugeres son consecuentes con nosotros mientras no hay peligro.... pero al cabo se convencen y dicen:—«Yo, por qué he de pasar esto? Tanto dá uno como el otro.... á hombre salgo.»

—Oh!....

—Bien sabes que no hay un ser mas sugeto á la veleidad y al capricho. Y si no fuera asi giria ella del brazo del lugarteniente por todo el castillo, de noche.... y luego en su càmara estarían los dos, mano à mano, en dulces coloquios, en un rico y còmodo escaño, y quizá.... quizá....

—Vete, hombre vil! prorrumpió Osman, fuera de sí. Vete, sierpe astuta y mortal! Tu lengua es el puñal del salteador!... Es la cólera celeste, que destruye y mata! Véte!... déjame!

El árabe, parecia en su ecsaltacion, querer romper el rastrillo y acometer al cabo.

Al fin, cediendo à un abatimiento superior, sus piernas vacilaron, sus manos empuñaron débilmente los hierros de la puerta, y dos gruesas lágrimas desprendiéndose de sus ojos, cayeron silenciosamente sobre su negra y poblada barba.

—Vamos, hombre, no te acongojes así, le dijo Treviño, al verlo mas sosegado. Todos los goces y las penas del mundo tienen su término.... Ya ves tú, yo, qué interes podré tener en engañarte? Ninguno.... Si no que me dà compasion, el que mientras te consumes aquí entre estas negras paredes, otros gocen en tu alucinamiento. Pero consuélate, que detras de la desgracia está escondida la dicha. Digo, me parece que lo será para tí, el que por ese, que tù crees contratiem-

po, se te abran las puertas de esta mazmorra y vayas á respirar libre, desengañado y feliz.

—Felicidad!.... La muerte!! exclamò con acento sombrío y la vista fija en el suelo.

—Por último, yo he venido á darte esta nueva, porque sé que vas à salir pronto de aquí.... Y como dijo el otro: «bien hayan males que traen bienes» Qué dices á esto?

Osman, sin escucharle, prorrumpió:

—Ondina perjura! Ondina falsa!... Ondina aleve!! no, no es posible!... Impostura horrorosa!... no lo creo!

El nombre de Ondina lo reprodujo Osman en su enagenamiento, como mas fijo en su memoria, al recuerdo de su amor en Jaffa.

—Cómo que no lo crees? dijo Treviño. ¿Eres hombre para venir mañana la noche donde yo te lleve, y lo verás?

A estas palabras, el árabe fijó sobre el balletero una mirada de águila.

—Sí, le contesta secamente.

—Es que no creas que vas á hacer

de las tuyas como el otro día aquí, que me has de dar palabra de honor de no comprometerme.

—Te la doy.

—Eso es otra cosa. Yo lo hago por convencerte.... y porque sé que eres caballero. A Dios.

Treviño se marchó cerrando le puerta.

El intento del padre Cerebruno, se habia cumplido. Osman estaba herido de muerte. La estremada sensibilidad de aquel desgraciado, se hallaba afectada profundamente.

El cabo habia desempeñado las instrucciones del monge, con usura.

Antes que Treviño, un hombre embozado en una capa, subió la escalera del subterráneo, sin haber podido oir una palabra de la conversacion.

Acercándose al balletero que estaba de centinela, le dijo al oido:

—Cuidado con revelar á nadie que he bajado ahí.

—Mi capitan, no hay cuidado; le contestò Ferraz.

Treviño subió á poco y le preguntó:
T. III. 14.—*Biblioteca popular gaditana.*

—Ha pasado alguno?

—Nadie.

—Quièn es aquel hombre que va allí embozado en su capa?

—El capitan que recorre los puestos.

—Ha estado aquí?

—Nò.... Vino por la espalda de la torre.

—Eso es otra cosa.

El cabo no fiándose, se incorporó con el gefe.

—Hola, Treviño, le dijo el capitan. ¿Ha ocurrido algo al preso? Parece que venis de allá.

—Acabo de hacerle la última requisa de hoy.

—Tardecillo es! Ea, buenas noches.

Y fingió seguir el muro adelante.

—Maldito, murmuró Treviño. Siempre me lo encuentro sin saber por donde.... No, pues mañana la noche te he de burlar!....

Y se dirigió á ver á Bermudo que lo esperaba impaciente.

Una farsa detestable.

EL efecto que ocasionaron en el corazón de Osinan las palabras de Treviño, fuè profundo. Una mezcla de sensaciones, à cual mas poderosas y terribles, devoraban su alma.

Luchando con tan interminable tormento, no podia persuadirse de que aquella Isabel tan inocente, tan adorable, tan amante, se hubiese rendido á los halagos

de un hombre infame, del asesino de su padre. Olvidar en un momento el puro y constante amor que él le habia manifestado, viniendo desde regiones tan distantes à salvarla, hasta haber espuesto su vida en el castillo por la misma causa; escedia á toda ingratitud, á la infamia mas inaudita y horrorosa.

Por otro lado, decia:—Y si la opulencia, la grandeza del lugarteniente, que jamas se habia presentado á su vista hasta ahora, ¿la ha seducido y fascinado? Y si la memoria de permanecer en una oscura y sombría torre, la de sufrir un trato severo é interminable, comparado con la brillante perspectiva de habitar magníficos y suntuosos salones, vestir ricas telas donde resalten el oro y la grandeza, sentarse en soberbios escaños, estar servida, adulada, obsequiada, y que besen sus plantas todos los habitantes del castillo.... el lugarteniente mismo.... Ch! Esto es mucho para una flaca muger! Es mas halagüeño, mas hechicero, de mas valor á sus ojos, que un triste corazon que solo abriga un amor sincero y vehemente, combatido por un

poderoso rival, que no tiene para estender sus suspiros, mas que el oscuro y mísero espacio de un húmedo y glacial subterráneo.

—Sí, ella vió mi prision.... y perdida la esperanza de su libertad, comparó mi valor con el de mi enemigo.... Mi posición desvalida con la suya elevada.... Lo que podía yo ofrecerle.... y lo que la brindaba en pago de una condescendencia pasajera el poderoso lugarteniente de San Salvador.

De otro modo, no hubiera ella arrancado de mis manos el puñal.... H hubiera preferido la muerte, á caer otra vez en manos de ese hombre inicuo.

La muger! continuaba con amargura. Y què es la muger! Un ser de debilidad y de ilusiones! Obra estimada por el hombre que la considera como la mitad de su existencia, como el manjar mas grato y necesario à su vida; y sin embargo, fácil al capricho, impresionable al deseo, es combatida por la vanidad; y rendida à la flaqueza, emponzoña para siempre los mas hermosos dias del mortal que le entregara

su leal corazon! Pobre y triste corazon! Tesoro inapreciable puesto à disposicion de una creacion tan dèbil, que cuando aparenta estar mas complacido de su posesion, á la mas leve insinuacion, al soplo mas ligero de la solicitud y el ruego, cede, y lo arroja, huella y destroza con impía y apática indiferencia, con la ecsecrable sonrisa del triunfo, sustituyendo un olvido mortal, un desprecio despiadado, á el afecto, la consideracion y el amor.

No hay remedio, mi suerte está ya decretada!... Mi vida tocará su término, porque el puñal de la pena, el tósigo del dolor acabará pronto con ella,... Y me someteré á los decretos de la providencia por haberme fiado incautamente de una ingrata muger.

Asi discurria en su febril ecsaltacion, el infeliz y enamorado Osman.

Su fisonomía iba por momentos sufriendo un cambio estrordinario. La fiebre ardiente que le devoraba, el cancer que le roía el corazon, combatian su ecsistencia con increible poder y celeridad.

Las horas del dia, hasta la de la cita

del cabo, fueron tan crueles y prolijas como sus pensamientos. Deseaba y temia el momento, semejante à un enfermo á quien hay que amputar un miembro para salvarle la vida, y sin embargo de estar convencido de que es su única salvacion, tiembla y se estremece, al recuerdo de que aquel instante terrible ha de llegar.

Osman se lisonjaba con la esperanza del desengaño, y sentia un temblor mortal al considerar los efectos.

El momento de esta prueba horrorosa se halla prócsimo. La campana del monasterio, llegando en son lúgubre y lejano à sus oidos, parecia, al anunciarle la media noche, que le prescribia el término de su vida... que le indicaba la tumba abierta ya bajo sus pies.

Però en vez de oir correr los cerrojos de su prision, un rumor sordo, prócsimo á la reja de la claraboya, distrajo sus ideas.

Es de dos personas que hablan.
Una de ellas es una muger, la que á pesar de departir bajo, se entienden per-

fectamente sus palabras con el silencio de la noche.

—Retirèmonos ya à las habitaciones, dice. Aunque la noche està hermosa y apacible, allí podremos entregarnos mejor à nuestra mutua confianza.

—Tu gusto es mi ley, hermosa Isabel, prorrumpiò el lugarteniente; cuya voz conoció el àrabe perfectamente.

—Qué hombre es ese que se pasea á corta distancia de nosotros?

—Es un centinela.

—Me dá miedo.

—No te lo causará mas. Ballestero, retírate á cuarenta pasos de nosotros.... Basta que tù me insinues tu mas frívolo pensamiento para que yo lo acate con avidez al momento.

—Ya lo he visto.

—Pero por qué no quieres que te llame Ondina?.... Ese nombre oriental es tan bello, mi bien! Despierta en mí una idea tan plácida,... tan seductora!.... Se me figura que tiene algo de aéreo, de celestial.

—Llámame como tù quieres, Bermudo: Ah! no habia reparado. ¿Qué torre es esta?

—La del Cuervo!

—Dónde me encerrastes?

—Sí....

—Vámonos pronto de aquí.... Su vista me horroriza.

—Sí, tienes razon. Tu belleza no es digna de tan detestable morada. En ella no deben habitar mas que los necios y confiados amantes, que se dejan arrastrar de ilusiones tan quiméricas como amargas. Necios!

Una estrepitosa carcajada, dada por los dos, fuè el tèrmino de la conversacion.

Todo volvió à quedar en un silencio profundo.

Osman inmòvil, con el cuerpo sobre la punta de sus pies, con el rostro pegado á la pared de la claraboya, y sin respirar siquiera, para no perder una sílaba del diálogo, permaneció así un corto momento, creyendo que despertaba de un sueño sombrío. Pero no pudiendo sostenerse mas, cayó desplomado sobre el frio pavimento.

Dos raudales de lágrimas saltaron de sus ojos. Llanto de despecho y abatimien-

to!... Unico recurso que le quedaba en tan triste situacion.

La voz femenil está persuadido que era la de Isabel.

Con tales oídos habia escuchado el desventurado árabe.

—Infame! decia, sin poder articular apenas, porque la congoja ahogaba sus frases; es cierta ya su perfidia! Me vende vilmente!... Olvida sus juramentos y ni aun se acuerda que gimo por ella en este subterráneo!... Por su amor... por serle fiel!... Te me la vista de esta torre, porque, mudo testigo, la acusa de su iniquidad. Y no contenta con faltar á sus promesas, á la fé debida, me escarnece y desprecia. Ah! «necio y confiado» me dicen... Es verdad! Ciego y mísero de mí, que he corrido en pos de la traicion, disfrazada con la halagüeña máscara de la fidelidad.... Que creía reposar tranquilo en los brazos de la pureza y el amor, y me esperaba en ellos una astuta y sanguinaria serpiente para ahogarme!

Esto es hecho; añade; mi vida es una carga insoportable ya.

Y se levanta frenético en direccion à la puerta del rastrillo , decidido à desbaratarse el cráneo contra los negros hierros de èl.

Pero una idea repentina lo contuvo.

— Aun no es tiempo! exclamò. Morir asi como un cobarde , entre el olvido y la desesperacion.... Sin comprobar mas claramente su perfidia!... No: quiero verla como el ballestero me ha prometido. Para morir sin venganza aun queda tiempo.

Y se sienta en el suelo, apoyando los codos sobre sus rodillas y la cabeza sobre ambas manos.

Los cerrojos de su prision volvieron à sonar , pero Osman estaba tan ofuscado que no lo advirtiò siquiera. El cabo se acerca al rastrillo , y al divisarlo en aquella postura adivinó al momento lo que pasaba en su corazon.

El ballestero llevaba esta vez una linterna. Los rayos de ella dieron de improviso en el rostro de Osman. Vuelve este la cabeza, fija su vista hacia la puerta, y el ballestero asustado dió algunos pasos atras.

E! cambio que habia sufrido la fisonomía del amante de Isabel, causaron aquel asombro en Treviño.

—Eres tú? Le pregunta Osman levantándose lentamente, y con la aparente calma de un demente que ha dado treguas á su violento acceso.... Te esperaba.

El cabo dudò algunos momentos, de si la razon del árabe estaria en su completo acuerdo...

—Sí, yo soy, le contestó.... Es mas de la hora, pero no he perdido tiempo.... El lugarteniente se dirige ahora con su compañera á sus habitaciones y....

—Bien ... calla.... y vamos....

—Sabes lo que he venido reflexionando por el camino?

—El qué?

—Que me comprometo indudablemente en cumplirte mi palabra.

—Por qué?....

—Tú tienes un carácter del demonio! Te arrebatas con facilidad, y no vas á portarte con la mesura que se necesita.

—No he jurado no esponerte?....

—Es que los juramentos en los ena-

morados son hasta conseguir.... No ves la cara que tienes, hombre?

—Yo! no.... una leve indisposicion..... la humedad de este calabozo....

—Sí, que á mí me engañas.... Pues si pareces un energúmeno. Si eso ha sido por lo que te he dicho, ¿què será cuando veas... No, no me atrevo.... claro.

—Con que ahora te retractas?

—Y què garantia me das para no comprometerme?

—Cuál puede dar un noble mas que su palabra?

—En otro caso me haria fuerza.... pero ahora.... Donde median el amor y los celos no hay palabras malas, pero ni obras buenas. Dispénsame, pero es muy aventurado lo que te prometí.... Digo! por mucho menos que eso, armastes en el castillo una zambra de los diablos! Despavilastes al capitan Garces... que ya fuè obra... al pobre Zamora y al carcelero, en un abrir y cerrar los ojos.

—Entonces estaba armado y ahora no lo estoy.

—El diablo las carga.

—Pues entonces, dime, qué seguridad ecsiges?...Cuál puedo darte?

—Cuál? una muy sencilla.

—Veamos.

—Atarte las manos.

—Atarme las manos? Le preguntó el árabe con furor.

—Lo ves? Ya estás amoscado. Tú mismo me das motivo para afirmar mis recelos.... Lo mejor es que me vaya.... A Dios.

—Atar mis manos!.... No.... no....

—Entonces buenas noches.

—Espera.

—Qué quieres?

—No te basta mi palabra de caballero? Dudas de ella?

—No, hombre; de quien dudo es de tu cabeza..... de tus arrebatos. Porque de seguro sé que te vas à ecsasperar con lo que veas, y cometes de hecho un desacierto.... Si tù no puedes figurarte.... Y à mí me vá á salir mas caro que à tí.

Osman quedó un momento pensativo.

—Bien, consiento.... haz lo que quieras.... estoy resuelto á todo, prorumpió.

El ballestero abrió el rastillo, y aun-

que Osman era incapaz de ninguna vileza, notó que el cabo no traía espada.

Este puso la linterna en el suelo y sacando una cuerda, sujetó las manos de Osman por las muñecas. Despues colocó á este su alquicer embozándolo en él; pero al bajarse à coger la linterna, dejó en el suelo otro pedazo de cuerda como de tres varas, sin que el árabe lo notara.

—Ya veo que eres un hombre razonable, le dice Treviño. Esta prueba que has dado de sumision me anima á cumplirte lo ofrecido. Salgamos.—Pero apenas el cabo abrió la puerta que estaba despues del rastrillo, cuando una persona se presenta en el dintel de ella embozada en una capa.

—Dònde llevais á ese hombre? le pregunta à Treviño.

Este sorprendido no supo al pronto qué responder, mas reparándose al momento, dice, tirando del alquicer à el árabe con disimulo:

—A la presencia del lugarteniente, mi capitan.

—Y qué tiene que hacer el lugarteniente à esta hora con el preso?

— El lugarteniente, nada: (y volvió á tirar del alquicer á Osman sin que Ortiz lo adviertiera). Es este que quiere verlo y se lo ha suplicado con instancias.

— Es eso cierto, caballero? preguntó el capitán á el árabe.

— Si señor... respondió este.... yó lo he solicitado.

— Y para eso habeis estado ahí tanto tiempo con el señor?

— Os diré: lo estaba convenciendo á que se dejase atar las manos, como veis; (y levantó el embozo de Osman mostrándole las manos -de este) porque sin semejante requisito nunca me hubiera espuesto á sacarlo de su encierro.

— Atar las manos á un noble de tal modo!.... añadió el capitán. Eso es infame!

— Un noble es un hombre como los demas cuando se arrebatá, contestó el cabo.

— Y por qué lo llevais sin escolta?

— Estando sujeto, bastó yó á responder de él.

— Guiad.... que quiero acompañaros.

Y se dirigia à la escalera.

—Es que el lugarteniente lo ha mandado conducir en secreto.... porque como la hora....

—Guiad, os digo. Soy responsable del reo, y quiero ver para lo que se le saca de la prision sin mi conocimiento.

—¿Pero no considerais....

—Si me hablais otra palabra, vive Dios que os a rauco las llaves y os envio á un calabozo.

Treviño no sabia que hacer. Pero como obedecia á precepto mas superior, cedió á que el capitan los acompañase, fiado en que no faltaria un pretexto para burlar la vigilancia de este.

Ortiz se disponia á subir la escalera, cuando el cabo le dijo:

—No vamos por ahí, mi capitan.... es por otra parte.

—Cómo! repuso este.

—Hay otro camino mas corto, seguro y menos visible.

Treviño abrió en seguida una puerta que estaba enfrente à la del encierro de Osman.

T. III. 15.—*Biblioteca popular gaditana.*

Entraron por ella, y se hallaron en un ramal de bóvedas subterráneas que se extendian al otro lado del castillo.

La mayor parte de ellas eran naturales, pues el arte habia tenido muy poca influencia para hacerlas transitables.

—Y por aquí vais á llevar al preso?

—Me lo han mandado, contestó Treviño.

Ortiz se convenció, de que en aquella órden habia alguna segunda intencion, que èl no podia penetrar, y se alegró interiormente su decision en querer acompañarlos.

Atravesaron aquel sombrío espacio, y á su extremo divisaron una puerta. Treviño quitò sus pesadas barras, no con poco trabajo, por el orin de que se hallaban cubiertas; abrió con otra llave, y la puerta giró sobre sus dobles goznes, rechinando estrepitosamente, y perdiéndose el eco en aquella profunda cabidad.

Se presentó la vista de los tres una tosca escalera de caracol, abierta en la misma piedra.

Subieron por ella, y se encontraron en

las habitaciones del lugarteniente.

—Segun veo, dijo el capitan, hemos atravesado la fortaleza por esa galería subterránea.

—Si señor ... Esos subterráneos tienen comunicacion con todas las torres del castillo. Por eso el lugarteniente me mandò venir por ellos, considerando que es un camino á propósito para un reo de consideracion. Pero ya que nos habeis acompañado, tened la bondad de quedaros en custodia del preso, que yo voy á avisar al lugarteniente.

Treviño abrió otra puerta, con una llave que sacó del bolsillo, y entró por ella volviendo á cerrarla.

Aquello llamó la atencion del capitan. En todo lo que veia habia un misterio, que despertaba cada vez mas sus sospechas.

Un punto de silencio que hubo entre los dos, lo rompió Ortiz.—Decid, caballero, preguntó á Osman. Es cierto que vos habeis solicitado ver al lugarteniente?

—Sí, capitan.

—Lo creo, porque lo decis... Però estoy viendo cosas que me hacen dudar de

ello, ó al menos me dan á entender que hay alguna doble intencion que no puedo alcanzar.

—Puede ser.

—Estad sobre aviso.... No os fieis del lugarteniente, ni de ninguno de sus agentes.... Sabed que està decidido á quitaros la vida.

—Lo creo así.

—Pero yo tengo empeño en conservarla.

—Os agradezco ese interes, caballero, y en particular las palabras que habeis dicho al cabo. Conducirse con un noble del modo que lo hacen conmigo es un desdoro de la nobleza.

—No veis que aqui os juzga una parcialidad criminal, y no la ley?

—Es cierto.

—Pero no desesperéis. Si teneis enemigos implacables, tambien hay personas interesadas por vos, cuyo influjo y poder no puede contrarrestarlos el lugarteniente.

—Yo no deseo ya nada, sino morir.

—Eh! no penseis en eso. Tan jóven.... y morir neciamente, satisfaciendo un enco-

no ruin, una venganza despreciable.... Por mi vida, que seria un disparate imperdonable!

—Solo quisiera pedirós un favor, ya que tan propicio os mostrais por mí.

—Hablád.

—Ya os acordareis del jòven cruzado que me acompañaba la noche que por primera vez tuve el gusto de veros en el cuartá del capitan Garces.

—Sí.... ya sè quien es.

—Pues bien, ese mancebo, á quien amo entrañablemente.... con un afecto de hermano, ha ido contra el moro acompañando al conde Fernan Nuñez. Si vuelve, y yo ecsisto aun, que me permitais verle y abrazarle. Si no vivo, decidle que mi último recuerdo fué para él, como única ofrenda de mi amor y reconocimiento.

—Así lo haré. Os repito que no omitiré nada en vuestro obsequio que dependa de mí. Pero sois caballero, y no necesito encargaros la reserva que ecsigen estos casos.

El cabo volvió.

—Sígueme, dijo á Osman. Capitan,

siento que no podais pasar de aquí. El lugarteniente ha aprobado vuestro celo por el reo, pero ha mandado que espereis su vuelta en este sitio.

—Aquí me hallareis constante.

Osman y Treviño entraron, y la puerta se volvió á cerrar.

—Diablo de hombre! dijo el cabo. Por poco nos inutiliza nuestro plan. Gracias á lo que yo he mentido, que si no, no se separa de nosotros un punto. En fin, ya nos vemos libres de él.

El capitan, con los brazos cruzados, empezó á dar paseos por la pieza donde estaba, decidido á permanecer en ella hasta que volvieran los dos.

La habitacion en que se hallaban Treviño y el árabe, era un espacioso salon. El cabo guiò á Osman hasta el fin de él, donde habia una puerta disimulada entre los tapices. Treviño la abrió y dejó ver un hueco bastante capaz para contener dos personas.

—Aquí, dijo el cabo, vamos á estar, y desde donde podrás oír todo lo que se hable en la habitacion inmediata. Toca,

¿ves? no hay de por medio mas que el tapiz con que està cubierta la pared de la otra pieza. En ella departen el lugarteniente y su *manceba*, todas las noches.... La casualidad me hizo descubrirlo....

La palabra *manceba*, recargada por Treviño con pérfida intencion, habia atravesado el corazon de Osman.

—Yo estaba una noche en este salon, y entretenido en mirar sus adornos, me aprocsimé hácia esta parte. Oigo hablar, pero no adivinaba dònde. Hasta que tocando los tapices, descubro un resorte oculto en las entalladuras de la pared.... Lo abro y me muestra esta puerta. Entro por ella y me hallo cerca de los que estaban en la pieza contigua, separado solo por la simple tela del tapiz.... Este que tenemos delante.... y que ya viejo y raído proporciona por entre los hilos del tejido, ver, aunque confusamente, lo que pasa, sin que seamos notados. Ahí tienes como descubrí el trato del lugarteniente con tu muchacha.... Estos castillos antiguos son los únicos para descubrir secretos. Mira, en ese escaño que divisamos con trabajo, es don-

de suelen sentarse.... Observas aquella puerta?.... Es la alcoba del lugarteniente.

El árabe devoraba con la vista los hilos del tapiz. Efectivamente, á la poca luz que daba una lámpara dorada, cubierta con una pantalla verde, y colocada sobre un rico velador, se distinguían confusamente los objetos del cuarto.... ¿mas bien en el concepto de Osman, de la morada del crimen y la iniquidad.

Las ideas que se agolparon á su imaginacion fueron tan negras como execrables.... Iba á presenciar escenas mortales y desgarradoras para su alma; á ver quizá la prostitucion y el abandono de la muger inocente, y adorable que habia amado.... A contemplar la disolucion y el libertinage, bajo la máscara de la virtud y la pureza,... La lubricidad y el deleite mas odiosos y reprobados, engendrados por la flaqueza y la debilidad, la inconsecuencia y la inconstancia!....

—Indigna muger, decia!... Que me hubiese olvidado!... Que atropellase mi amor y mis sacrificios!... Que faltase á la

fé, tan prometida y jurada mil veces entre suspiros y halagos seductores!... Bien.... pero abandonarse baja y despreciablemente á un hombre.... y á un hombre tan vil.... Que la ajará, la marchitará à su placer y despues la arrojará con desprecio.... Y sin que la contenga y ataje, sino mi amor y sus promesas, la memoria respetable y querida de su padre, sacrificado por ese aleve.... Ah! Este es colmo de la depravacion, la iniquidad y la desmoralizacion!

La frente del àrabe despedia un fuego abrasador.... Sus ojos hinchados, su vista turbada, su cèrebro en una completa ofuscacion, dudaba si lo que le estaba pasando era sueño ó realidad.

El ruido de una puerta lo distrajo, llamando su atencion.

—Ellos son, dice Treviño en voz baja. Mucho sigilo no nos descubran.

El inocente Osman sintió correr por sus venas el yelo de la muerte.

Efectivamente, el árabe vió, como por una gasa tupida, delante de él, à un hombre parecido al lugarteniente, y à una

muger de la estatura de Isabel, pero elegantemente vestida.

El rostro de ella no pudo verlo Osman, porque por una fatalidad terrible, estaba de espaldas al paraje donde él se encontraba.

—Sentémonos, dueño hermoso, la dijo el lugarteniente, cuya voz reconoció el árabe al momento. Estarás cansada del paseo por la fortaleza. Pero yo no omito medio alguno que baste á complacer tus mas leves insinuaciones, tus menores caprichos. Ven.... siéntate aquí á mi lado.... Qué felicidad hay comparable con este momento?

—Es verdad, contestò ella con voz apagada; que casi costò trabajo á Osman percibir sus palabras.

Los dos se sentaron de espaldas á el árabe.

—¿No es cierto, añadió Bermudo, dulce hechizo de mis ojos, que cuando dos que se aman, se encuentran así, en dulces coloquios de amor, en medio de la noche, en la soledad, en apacible silencio, parece que un consuelo celestial vie-

ne á derramarse por nuestros sentidos? Ya lo ves. Esta calma plácida y suave , está convidando á gozar los dulces deleites con que nos brinda el amor. ¿No sientes tú tambien un nuevo ser, una animacion grata y consoladora, que vivifica, que estasia el alma?.... Què hace latir agradablemente el corazon?....

—Sí, Bermudo.

—¿Conoces ahora la verdad de lo que yo te prometia en la casa solitaria? No te decia:—«Ondina, Ondina mia, ámame, porque mi amor es grande, sublime como el objeto que me lo inspira. Porque él es mi vida.... tu posesion mi eterna salvacion.... Porque yo anhele la adoracion de un ser puro y escelso , y ese lo veo en tí, Ondina querida.... Porque yo te idolatrare con una vehemencia tal, que 'el fausto oriental , los goces regios , los de la mas encumbrada opulencia, se humillarán à tus pies.... te servirán de alfombras, mi amor.» ¿Han sido falsas mis promesas? ¿vanas mis palabras?.... Pues todo es obra tuya, ángel hermoso!

—Bermudo mio! prorrumpió la jóven

con dulzura, reclinando tiernamente la cabeza sobre el seno del lugarteniente. Este le pasó el brazo derecho por su delicada cintura, y con la mano izquierda separaba suavemente los rizos que caían sobre sus alabastrinas mejillas.

La respiracion de Osman era sumamente agitada y violenta.

—Sí, divina hurí..., gloria de este suelo.... hechizo de Guadarrama.... Què hermosa eres? ¡cómo te amo!....

El lugarteniente, fuera de sí, estampó un sonoro beso en la faz de la jòven.

—Reclínate en mi amoroso seno, continuó.... Apoya tu encantadora cabeza, bella y galana como la rosa que se mece en su tallo en una mañana del matizado mes.... Pero no, ven.... (cogiéndola de la mano). Allí te hallarás mejor... Ven, ídolo mio; allí están el amor y la felicidad.

Y la condujo con presteza al camarín, cerrando la puerta con estrépito.

El sufrimiento de Osman llegó à su colmo. Agitó violentamente los tapices con tal ímpetu, que cediendo á su descompasado impulso, se desgarraron dejándole paso al salon.

— Infame! gritó furioso; añadir la prostitucion á la ingratitud! Haber emponzoñado su alma con la perversidad mas denigrante!.... Muger aleve y falaz!... Indigna y detestable creacion!.... Déjame llegar hasta tí y confundirte! Déjame vengar mi amor ofendido; el honor de tu anciano y malogrado padre!.... Déjame que te aniquile y pulverice con mi aliento!

El árabe daba atronadores gritos por la cámara, y golpeaba fuertemente, con sus manos unidas, la puerta del camarín, á imitacion de un hidrófobo en su mayor crisis.

— Que me pierdes, exclamaba Treviño, agarrado à su cintura, y procurando arrancarlo de allí. Què te decia yo? Vámonos antes que nos descubran.

— Y qué me importa?... Vete tú si temes. Yo no miro nada.... porque quiero la muerte despues de acabar con esa vil muger.... Abrid!... abrid!... Oh! si no tuviera sujetas mis manos!.... Abrid, cobardes!.... Esta puerta!... esta infame puerta!... Suéltame las manos.... Suéltamelas, Treviño, y seré tu esclavo toda la vida.... Juro darte

mi sangre en recompensa, después de vengarme!

Y mordía frenético los cordeles que cortaban sus muñecas.

Un suspiro espresivo y amoroso que sonó al través de la puerta, acompañado de una risa de satisfaccion y triunfo, revelaron al atormentado Osman una inteligencia odiosa à sus padecimientos.

—Ah! se burla de mí! exclamó, con un dolor profundo, y cayó desmayado sobre la alfombra.

Al ruido que hizo su cuerpo, se abrió la puerta de la alcoba, y presentándose en ella Bermudo con cuatro hombres:

—Estoy satisfecho de ti, Treviño, dijo. Atadle bien, y tornadle á su encierro antes que vuelva.

—Es que el capitan espera fuera y verá...

—No importa.... se busca un pretexto para disculpar su estado....

Los pages cargaron con el árabe y lo sacaron de allí.... Ortiz al verlo de aquel modo preguntó á Treviño la causa.

—Se empeñó en ver al lugarteniente,

contestó, para insultarlo de nuevo. Han tenido un altercado atroz, y el árabe, al verse con las manos atadas y que no podía desfogar su ira, se le anudò la lengua, perdió el sentido y cayó redondo en el suelo.

— Inteliz! exclamó el capitan.

— Ea, muchachos, al subterráneo con él.

Osman cuando volvió en sí, se encontró tendido sobre las losas de su calabozo, con las manos libres.

El capitan se propuso averiguar lo ocurrido aquella noche.



El mensajero ansiado.

ELVIRA en medio de las angustias que la rodeaban, habia hallado consuelo en la compañía de Isabel, la que de ningun modo quiso volver á la casa de las huérfanas. La condesa mandò colocar la cama de esta en la alcoba de Eleonora para tenerla mas prócsima. Las dos pasaban los dias suspirando, la una por su Osman y la otra por los objetos ausentes tan que-

ridos de su alma.

La impaciencia de las dos jóvenes no tenía un momento de tregua. Las vidas mas interesantes para ellas estaban en un peligro cierto.... y las horas transcurrían lentas y tardias para que aquel afán tocara su término.

Isabel era, en parte, mas venturosa que Elvira. El capitán Ortiz, cumpliendo con la delicadeza y atención que le caracterizaban, iba á palacio dos veces al dia, á participar á Elvira el estado de su protegido. Perpetuo é infatigable vigilante de la torre del Cuervo, despues que él mismo comunicaba sus órdenes secretas á los centinelas que se situaban á la entrada de la escalera del subterráneo, hacia, como se ha visto, sus requisas improvisadas, porque estaba casi cierto de que á Osman, el dia menos pensado, jugaria el lugarteniente algunas de las suyas.

Así no se le ocultaron los pasos de Treviño las dos noches que este habló detenidamente con Osman, y aunque no habia podido escuchar la conversacion, se limitó á redoblar su vigilancia, para des-

T. III. 16.—*Biblioteca popular gaditana.*

truir cualquier atentado contra la vida del árabe.

En las visitas que Treviño hacia de día à Osman, se encontró muchas veces al capitan detras de él en la puerta del rastrillo, sin que hubiese ni aun sentido sus pasos al bajar.

El cabo habia comunicado al lugarteniente el espionage del capitan. Bermudo no dudò que este tenia instrucciones secretas de Elvira y el abad; y habiëndoselo participado asi al padre Cerebruno aseguró el monge ser conveniente á sus secretos planes, tener un testigo en el capitan que justificase algun dia, que en la muerte que pensaban dar á el árabe, no habia complicidad visible, ni atentado manifesto en el lugarteniente ni en ninguno del castillo.

El capitan veia rugir una tempestad sorda sobre la cabeza de Osman, y aun que persuadido que era obra de Bermudo, no podia tampoco, por carecer de hechos positivos, calcular los resultados. En sus conversaciones con el abad, algunas veces que lo enecontrò en palacio, se lo

hizo presente, pero el prelado se limitò à aconsejarle que redoblara su celo, pues el mas leve descuido lo aprovecharian los enemigos de Osman.

Al notar el estado de este, se sobresaltò, vièndolo en brazos de los pages. Los gritos de Osman, que habian llegado confusamente à sus oídos, casi le hicieron creer las palabras de Treviño.... Sin embargo, deseaba que llegase el dia siguiente para informarse del árabe.

Elvira tenia una ciega confianza en el capitan, y asi se lo manifestò à Isabel.... Convencida de que mientras este vigilase no sucederia nada al árabe, mitigaba con sus consoladoras palabras la afliccion de su amiga.

Pero la hermosa flor del valle, la antorcha de San Salvador no podia hallar ese alivio en sus inquietudes. Dos cartas habia tenido de su padre, en su larga ausencia.... Una cuando llegó á Toledo, y otra el dia que salió el ejèrcito de la corte para buscar al moro. Despues un silencio profundo envolviò la suerte de aquel anciano tan querido para ella. Cuando la

imaginacion de la doncella se desviaba un poco de la memoria de su padre, el recuerdo de Ramiro le salia al paso, tan fiero y homicida como el otro. Su padre y amante estaban luchando con un peligro casi inevitable. Aunque la toma de Malagon y Calatrava era cierta, tambien se hablaba de una gran batalla decisiva al pié de Sierra Morena, en el peligroso paso del Muradal, en las Navas de Tolosa.

La noticia corria tan favorablemente ecsagerada (1) que esto mismo hacia dudar

(1) Siendo tan numerosos los dos ejércitos cristiano y sarraceno, que dice la historia no haberse presentado otros mayores en campaña en aquellos tiempos, pues la caballería musulmana pasaba de ciento ochenta mil hombres, y el número de infantería era mayor; aseguran los historiadores, con muy corta diferencia, que el total de los moros muertos fué de doscientos mil, y el de los cristianos no pasó de treinta hombres. En esta batalla se cometieron grandes hechos de valor, pues lidió la flor de los guerreros de ambos partidos. Pregunto yó. Con qué armas pelearon los sarracenos y con cuales los

de su certidumbre. Habiendo sido una batalla tan sangrienta como la pintaban, entre dos ejércitos tan poderosos y decididos, hacian subir la pérdida de los moros á una totalidad considerable, y la de los cristianos á una cantidad tan corta, que ningun raciocinio mediano podia creer.

Varios habitantes del valle, procedentes de Toledo, aseguraban que ya en la corte se sabia de oficio; pero la falta de comunicacion ocasionaba que en San Onofre se divagase, sobre noticia tan interesante para su acongojada condesa.

La misma noche en que Osman creia ver por detras de un viejo y raído tapiz á la infiel Isabel en los brazos de su rival, la virtuosa y constante amante del árabe, sentia y lloraba con su protectora el incierto destino del conde y Ramiro.

El abad acaba de retirarse, despues de mitigar cuanto pudo con sus benéficas palabras el dolor de la angustiada viuda, a-

cristianos? Hasta ridiculo es que en nuestra historia se encuentren absurdos de tal magnitud.

seguràndola que Dios no desatendia jamas las lágrimas de una hija virtuosa y solícita por la vida de su padre.

Pero si bien aquellas palabras vertian en su corazon el bàlsamo consolador de la moral cristiana, no bastaban á cerrar la honda herida que sentia en su pecho. Imágenes funestas reproducian espantosos recuerdos en su mente.—Tal vez aquella célebre victoria, decia, de que se hablaba ya, y cuya celebridad iba pronto á causar tanto asombro y entusiasmo en el orbe cristiano, ensalzando el nombre ilustre del caudillo que la alcanzara, la cubriria á ella de un luto amargo y eterno. Quizá los inmarcesibles laureles que iban á orlar las frentes de los valerosos guerreros de la cruz, estarian manchados con una sangre tan querida para su corazon. Tal vez, en fin, mientras los gratos acentos de la gloria resonaban en los ángulos de la Europa.... mas allá quizá, sus lágrimas y sollozos se perderian en el triste eco de las solitarias rocas del Guadarrama.

—Sí, querida Isabel, añadia.... tú al menos sientes otro gènero de pena, me-

nos acervo que el mio. Tú tienes cerca al objeto de tus lágrimas, y puedes mitigar algun tanto tus suspiros, sabiendo de él diariamente.... Animarte con la idea, cierta quizá, de que no correrá peligro su vida.... Pero yo, triste de mí!... Yo, nacida como tú para padecer tambien, pero con mas gravedad, qué puedo alimentar mas que una esperanza quimérica, sin otro fundamento ni apoyo que la voluble voluntad de un destino cruel y enemigo de mi ecsistencia? Porque, ya lo ves.... Ni la mas leve razon de mi padre!... Sin saber de él!... Y ya era tiempo, Dios mio! Desde su salida de Toledo no sé que suerte le ha cabido á ese anciano à quien debo el ser!.... A ese padre tan querido y reverenciado!....

Un grito, que soltó, de sorpresa y regocijo interrumpió sus espresiones....

El preludio de un laud llegó hasta lo íntimo de su alma.

Pero no ha sido un preludio cualquiera.... un sonido comun, que ninguna influencia tiene sino su armonía mas ó menos grata. Es una vibracion encantadora

para ella.... de mayor atractivo que la de la hechicera lira del amante de Coronis.

—El es!! esclama enagenada de gozo... Mi corazon no puede engañarse: y corre, precipitada, à abrir la misma ventana alta por donde se asomó la noche que habló con el aventurero.

A pesar de la oscuridad, divisa á un guerrero à caballo. Este ha oido el ruido que han hecho las puertas de la ventana al abrirse.... La luz que sale por ella deja distinguir perfectamente á una muger asomada.... Arrima el acicate á su corcel, y viene á situarse debajo de la hermosa. Esta casi toca con la mano el ondeante penacho del caballero.

—Eres tú, Ramiro? Le pregunta ella.

—Sí, mi vida.... yo soy.... Te traigo la felicidad en la vida de tu padre....

—Ah! sube, mi amor!... sube pronto!... prorrumpe loca de entusiasmo. Eleonora, manda que le abran al momento.... Vé tú misma.

—Pero, señora, á esta hora recibir al doncel!.... repuso la dueña....

—Yo lo mando.... lo quiero.... Es un

mensajero celestial para mí!.... Voy á saber de mi padre..... de mi padre, lo oyes? Qué, ya no se me obedece?.... No importa, iré yo misma.... para nada te necesito....

Y se dirige apresurada á la puerta del salon.

La dueña la detuvo obedeciendo, y Ramiro, cubierto aun de polvo, se encontró á los pies de Elvira.

—Tu padre vive, Elvira mia... vive!... Se ha salvado!.... ¿Cómo?.... no me lo preguntas.... Jamàs lo sabràs por mi boca; le dice el doncel.

Aquellas palabras esplicaron sobradamente á Elvira, lo que queria decir Ramiro.

—Y estás á mis pies? le contestò. No, Ramiro, no!.... No, mi aventurero! No, mi valiente y denodado campeon!.... En mis brazos!.... Este no es favor.... Es la recompensa por la vida de mi padre.

Pero al ir á cogerle el brazo izquierdo para levantarlo, el doncel hace una leve señal de dolor.

—Ah! està herido! esclama Elvira consternada!.... Dios mio! Su sangre derramada!!

Y advierte al brazo de Ramiro ceñida la banda que le dió al partir.

—No.... no es nada, Elvira mia.... No creas que es de tanto valor como pien-
sas, esta herida.... Cada gota de sangre
que ha vertido este brazo, ha hecho cor-
rer raudales de la infiel.... Pero te he
devuelto á tu padre.... ¿No es esto lo que
te prometí, mi amor?....

La hermosa doncella no pudo respon-
derle.... Las frases se ahogaron en su pe-
cho.... Mirando à Ramiro con una espre-
sion tiernísima, sus bellos ojos se anega-
ron en lágrimas. El doncel arrebatado de
amor, vuelve á caer á sus pies, cogiéndola
una mano y llevàndola mil veces á sus là-
bios. Nunca habia estado Elvira tan en-
cantadora. Su faz hermosa tenia marcada
una impresion de ternura y amor, de do-
lor y compasion que embelesaban. El en-
tusiasmo que la incomparable vírgen oca-
sionaba, el interes poderoso de su belle-
za, solo pudieran haberlo retratado con
esactitud, el cincel del cèlebre Cleomeno,
del ponderado Fidias, ó el pincel del fa-
moso Zeuxis.

Esta escena muda, manifestaba la poderosa simpatía de aquellos dos corazones.

—No te aflijas, amada mia, prorrumpió Ramiro.... Ya estoy mejor.... y mira, yo lo deseaba, porque esta sangre vertida prueba lo que te adoro, Elvira. Para que conocieras cuanto te amo, debias haberme visto en el combate. Jamas mi brazo ha estado mas certero, mas formidable, mas terrible!.... Yo no sé lo que he hecho, ni cómo he lidiado.... ni hasta donde ha llegado mi valor. Solo sé que las masas enteras de enemigos las dispersaba y destruía. Donde yo me presentaba, allí iban la desolacion y la muerte! Admirado de mí mismo, preguntaba à mi corazon la causa de tan extraordinario ardimiento, de aquel arrojo y valor sobrenaturales, y el corazon me respondia con un eco dulce:—«Es porque aquí llevo á Elvira.... Ella me anima, ella me alienta.... ¿No lo sientes?»—Ah! sí, sí, prorrumpia enardecido, y cerraba con los turbantes agarenos á cercen, haciéndolos oscilar y caer, como el haz de mieses por la corta-

dora hoz del segador.

— Lo oyes, Isabel? exclamó Elvira con una espresion fascinadora. Tú no le conocías!.... ¿No es cierto que la mas rica fembra de Castilla, se envaneceria, y enloqueceria, solo con que èl llevara el color de su lazo en un torneo? Qué bizarro es, Dios mio! Qué bien hizo Rodrigo cuando me lo recomendò!.... Cómo le adoro.... y que dichosa serè con él!

Estas últimas frases no las comprendió Ramiro, lo que le hizo pedir á la doncella aclaraciones sobre la recomendacion de su difunto esposo.

El valiente aventurero concibió esperanzas mas favorables á su amor. En el secreto que poseia el abad, en el encargo de Rodrigo, entrevia algo de maravilloso para su porvenir.

Elvira ocupada de à todo el placer de aquella hermosa y lisongera noche, no pensaba en recogerse, al contrario, las horas eran minutos que pasaban con una rapidez increíble. Mil veces pidió á su amado que le explicara los pormenores de la salvacion de su padre..... pero Ramiro en-

mudecia porque le costaba repugnancia narrar una empresa tan heròica de su valor.

Isabel, como interesada, hizo recaer la conversacion en Osman. Elvira y Ramiro entregados à las dulzuras de su pasion, no se habian acordado, ni él de preguntar por Osman, ni ella de contarle nada.

Elvira al nombre de Osman hizo desaparecer de su rostro la alegría que se notaba en él, cubriéndolo de una tristeza profunda. Ramiro que lo observó, la suplicó que le explicara aquella arreentina sensacion que no habia podido disimular.

El aventurero à cada palabra de Elvira, manifestándole el estado de Osman, sentia oprimírsele el corazon como por una mano de bronce. Aquel semblante, poco antes radiante de felicidad y alegría, se cubrió tambien de luto, mezclado con un furor terrible.

—No hay remedio, dice. Ese Bermudo anda buscando su muerte. Desde que lo conocí por primera vez en el prado del sauce, mi corazon lo repelió con una fuerza tan poderosa, que sin querer, me llevaba el

brazo hacia mi espada. Sentí uno de aquellos impulsos ocultos que no podemos comprender, y que sin embargo nos arrastra à una accion que en vano procuramos evitar. Una prudencia, estraña à mi valor y à mi ardimiento, me ha contenido.... ò mas bien tu memoria, ángel mio, porque al pensar en tí.... el temor de perder aun una mirada tuya, me anonadaba, Elvira. Pero ya que lo veo como rival de mis amores, como al enemigo de mi compañero y hermano, será fuerza enseñarle á obrar como debe contigo, y con un noble de los antecedentes de Osman.

—Ah! no, Ramiro, le contestó Elvira, trèmula al escucharlo.... No te espongas á chocar abiertamente con ese hombre. Su influencia es grande con mi padre; le ha seducido, fascinado y seria lo bastante para que yo te perdiera por siempre.... Tú podrias matarle, porque es un vil, un cobarde.... ¿pero consideras que mi padre daria jamas su hija al matador de Bermudo? ¿Del hombre en quien tiene fundada su esperanza, su mas bello porvenir?.... Cuando el abad con todo su prestigio, con la

veneracion y respeto que mi padre le guarda no ha podido hacerle descender de su privanza, ¿imaginarias tú, un aventurero desconocido, sin mas recomendacion que tu valor, derrotar á Bermudo y en su caída elevarte en el concepto de su protector?.... Imposible. Además, que el abad, cuya sabia esperiencia debes acatar, opina lo contrario.

—Y he de dejar perecer à Osman? He de consentir que ese hombre infame derrame su sangre? Que se goce en el esterminio de un rival á quien no se atreve á mirar cara à cara?.... Qué me presente ese noble y valiente àrabe, tan digno de aprecio, lívido y frio?... ¿Que insulte mi tolerancia y sufrimiento arrojando á mis pies el cadáver de mi único amigo y compañero?

—No, no.... Esclamó Isabel consternada, cayendo de rodillas ante Ramiro, con las manos cruzadas, y vertiendo amargas lágrimas.... Tened compasion de Osman!.... Compadecedos tambien de mí!.... Considerad que son dos vidas las que salvais!...

—Ya lo ves , Elvira.... dice el doncel con aparente calma. Juzga tú si un hombre , que siente latir en su corazon noble sangre , puede mostrarse indiferente á las lágrimas de una afligida muger. Aun cuando el deber no me prescribiese salvar á Osman por las relaciones fraternales que sabes median entre los dos.... ¿Te parece justo que tu amante , el que tú prefieres, el que se honra con tu amor, no acometa á una empresa , porque se le manifiesten los peligros que necesita arrostrar? Que se someta á la cobardía y al temor? Y podria yo llamarme caballero, deberia ceñir espada, nombrarme libertador de tu padre, si dejase perecer á Osman?.... Mas aun, ¿mereceria siquiera, no la atencion y los cuidados de la encantadora condesa de San Salvador, pero ni aun la mirada de la mas humilde muger de la plebe? Tantos hechos de valor, tantas hazañas ejecutadas por mi brazo.... el mérito de haberlas arrostrado con ànimo sereno é imperturbable corazon, ¿vendria á oscurecerlo, à borrarlo , poniéndolo por trofeo de un inicuo y vil asesino como Bermudo? Lo ha-

rias tñ, Elvira mia.... Ah! no: tu temor, tus palabras no las impulsa ese objeto, esa idea.... Es tu inocente y puro corazon.... La vehemencia de ese amor celestial, que es la mayor felicidad que Dios pudiera haberme concedido.

Por lo demas, prosiguió el doncel, debes tranquilizarte. Qué es Bermudo comparado con las inmensas huestes que acabo de vencer? El lugarteniente de San Salvador es un enemigo demasiado pequeño para que tú debas temerle.

—Pero es un traidor muy grande, Ramiro. Cuántas veces el valor mas eminente, ha sucumbido al cobarde y siniestro acero del asesino encubierto

—La traicion puede cebarse cuando no se penetra. El enemigo que se vè y conoce, no debe ser temido. Por lo que respecta á tu padre, que es tan celoso de los fueros de la nobleza, no podrá ver en mi determinacion mas que un acto admitido de valor, que aprobará. Yo obligaré á Bermudo á batirse en reto formal conmigo, y su vida pagará los amargos sinsabores que nos ha hecho sufrir. Mañana

na veré à Osman.

—No podrás..... Está prohibido á todos.

—De grado ò fuerza he de conseguirlo. Yo obligaré al lugarteniente á ello.... En Osman ha fomentado delitos para perderlo.... en mí hallará decision y prudencia, para destruir sus maquinaciones.

La dueña, que en un sillón se habia entregado á un sueño mas poderoso que el interes de la conversacion, sintió sobre sus ojos el rayo de luz matinal, que entraba por una ventana. Abriéndolos con trabajo, dijo à Elvira:

—Señorita!... Dios mio! Ya por el palacio andarán los pages y todavia està aqui el señor.... No considerais que esto es escandaloso?

—Desecha ese recelo, Eleonora mia. Todos saben demasiado la veneracion que profeso á mi estado y á mi clase.

En efecto, el dia habia venido con demasiada celeridad, sin que Elvira, Ramiro ni Isabel lo hubiesen advertido, ocupados en su interesante diàlogo.

Un page tocó en la puerta de la cámara.

La dueña fué á saber el motivo, y volvió anunciando al capitan Ortiz.

—Que pase al momento, añadió Elvira.

El capitan entrò con la dueña. La presencia de Ramiro le fué grata y satisfactoria al jóven militar.

Ortiz refirió á la condesa lo acaecido aquella noche á Osman y el estado en que habia quedado en el calabozo.

Ramiro al escucharlo no pudo contener su indignacion.

—Y podeis hacer que yo le vea? preguntò á Ortiz.

—A pesar de que el cabo Treviño es el que tiene las llaves, contestó el capitan, y es adicto al lugarteniente, yo tengo autoridad para ver al preso cuando quiera. Sereis complacido.

—Bien, capitan.... Marchad delante para no infundir sospechas, y esperadme en la puerta de la escalera del subterráneo de Osman.

El capitan despues de reiterar á Elvira sus servicios, salió.

Isabel sintió una conmocion inespli-

cable al saber que Ramiro iba á ver á Osman. La amante doncella hubiera querido transformarse en el doncel, para ver y consolar á la prenda de su alma.... al desgraciado que por ella se veia amenazado de una muerte terrible.

—Llevadle, mi amor, mis suspiros y mis lágrimas, dijo à Ramiro. Contadle mis penas, lo que padezco, lo que siento sus infortunios y la amargura de su vida. Pero que mi sufrimiento y amor son mas grandes aun.... Porque vivo por èl, con èl y para èl.... Su memoria es mi dicha, su recuerdo mi gloria, su pensamiento, mi cielo!.... Que si esto puede bastar à mitigar algo su suerte, viva persuadido que mi ser, la sangre que anima á su Isabel es el amor de Osman. Sin èl ya habria dejado de ecsistir.

Estas palabras fueron interrumpidas mil veces por un copioso llanto. Y quitándose un brasaleta tejido con sus cabellos, se lo dió à Ramiro para que se lo entregase à Osman.

—Mas haré, señora, le contestó Ramiro. No he de omitir medio alguno has-

ta ponerlo en vuestros brazos.

El doncel abandonó la presencia de Elvira, dirigiéndose al castillo de San Salvador.

La hermosa condesa mandó llamar en seguida à el abad.



La desesperacion.

EL desventurado Osman habia pasado toda la noche, tendido en el húmedo pavimento del subterràneo. Cuando probó à levantarse no podia. Su desfallecimiento era total. Sus miembros estaban en un estado de contraccion terrible, y solo su cabeza y su pecho sentian un fuego voraz que agitaba su respiracion estraordinariamente.

Aquel corazon tan animoso y valiente, susceptible de impresiones violentas y vehementes, habia caido en un mortal abatimiento al fingido desprecio de Isabel. Su infidelidad era un tormento cruel; pero escarnecerlo, burlarse de sus padecimientos... le habia herido de muerte.

Fué á levantar la cabeza, y conociendo la imposibilidad de hacerlo, volvió á dejarla caer sobre las losas del calabozo.

Solo algunas lágrimas mudas y abrasadoras, corrian de sus amortiguados ojos.

Un débil rayo de sol, que momentáneamente entraba por la reja de la claraboya, le dejó distinguir un objeto en el suelo cerca del rastrillo. Al divisarlo, sintió reanimarse, su espíritu abatido, cobrar nuevo vigor.... y haciendo un esfuerzo convulsivo, cual el de un moribundo en la agonía, se sentó de repente.

Se pasó la mano por los ojos, enjugó sus lágrimas y se le figuró despertar de un letargo horroroso. Su respiracion se calmó; y sucediendo la serenidad á aquel estado violento, parecia que el infeliz habia sentido los efectos maravillosos de un especí-

fico saludable.

—Ya es tiempo, dice. Este es un aviso del cielo.... El mismo me lo ha proporcionado.... La providencia es mas sabia que los hombres.... Cuando estos quieren dilatar la vida del infeliz para prolongar sus padecimientos, ella le ofrece medios de inutilizarlo.

Coge la cuerda que Treviño dejó en el suelo y la ata fuertemente en la reja del rastrillo.

—Vivir para ser burlado y escarnecido por una muger! añade con acento doloroso.... Servir solo de ludibrio y mofa sin poder vengarse!.... Sufrir sin esperanza ya! Padecer para complacer á una infame.... Oh! nunca! nunca!

Y formando un lazo se lo echa al cuello. Pero en el momento de ir à terminar su vida:

— Què haces, Osman? pronuncia una voz penetrante que conmovió su alma.

La puerta del rastrillo se abre y....

—Ah! hermano mio!! prorrumpe el àrabe estrechando contra su corazon al aventurero... al jóven adalid, al noble castella-

no que ha vuelto á salvar su vida otra vez como en las gargantas del Líbano.

—Ramiro amado!!! fué lo único que pudo añadir el agradecido Osman... Sus lágrimas no le dejaron proseguir, bañando el seno de Ramiro.... Aquel pecho lacerado soltó el raudal comprimido en su corazón, por el dolor y el sufrimiento.

El afecto tierno del reconocimiento, ocasionó una reaccion maravillosa en la organizacion de Osman. Aquel llanto era su salud, su vida.... Con él desahogaba su alma.... Las lágrimas son un antídoto saludable para el dolor y la pena, así como un veneno lento que nos devora, cuando el corazón las recoge y comprime.... Cuando avaro de sufrimientos, no quiere manifestar toda la intensidad de lo que siente.

—Maldicion!! dice Treviño entre dientes.... Esta infernal visita ha inutilizado nuestra obra. Algun demonio familiar tiene este árabe.

Ramiro, secundando la sensibilidad de Osman, no pudo contener tampoco sus lágrimas.

Aquellos dos valientes sollozaban a-

inargamente. Al verlos así, hubiera dudado alguno del valor proverbial que los adornaba.... De que bastaban por sí á arrollar con sus aceros los mas temibles enemigos.

—¡Otra vez!.... ¡Otra vez te debo la vida!.... decia Osman à Ramiro.... sin soltarlo de sus brazos.

—Sí, pero no me lo recuerdes.... Qué raptó de desesperacion es ese, Osman?.... Tú tan animoso, tan superior al peligro, ¿ahora tan abatido y anonadado? ¿Què es esto, hermano mio? Y te olvidabas de mí? de mí, que te amo?..... de mí, que tengo una espada, una vida y un brazo en tu defensa?....

—¡Ramiro? me olvidaba de mí mismo!....

—Pero por què? Què vértigo horroroso se habia apoderado de tu alma?.... Suicidarse bajamente un valiente!.... ¿No te estremece esa idea?.... No concibes todo lo detestable de esa determinacion.

—Ay! Ojalá nunca te veas en el caso de que la mano de Dios te abandone, Ramiro!.... ¡De que tengas que acudir á la

muerte, como un término dulce y consolador!

—No te comprendo....

—Imaginas que en este momento me es tan grato como piensas tu beneficio?

—Por qué?

—La vida con celos puede ambicionarse, desear su conservacion, porque anima la esperanza de vengarse, de satisfacer el agravio.... Pero con ingratitud, desprecio, escarnio y abatimiento!.... Estando sujeto y oprimido para servir de objeto mísero y despreciable al criminal capricho de una infame muger....

—Osman, tu cabeza está trastornada...
¿Acaso Isabel....

—Ah! no me la nombres por piedad...
Compadéceme, Ramiro.... No me hayas salvado la vida para desgarrar mas la mortal llaga que tengo en el corazon.

—Esplicáte por Dios!

—¿No lo comprendes? Quieres que pase por el sentimiento acervo de referirlo.... ¿No conoces que es infiel? ¿que se entrega gustosa la inicua, en los brazos de mi rival?

—¿Del lugarteniente!

—Sí.

—Impostura indigna y cobarde.

—No lo es, Ramiro, no lo es. Te cuesta repugnancia el escucharlo.... porque crees en la virtud.... Yo creía en ella también.... y sin embargo lo he visto con mis propios ojos.

—Tù?

—Sí.... esta noche; y lo he escuchado ademas.

—Dònde? (Aumentando su cólera por grados.)

—En este mismo castillo.

—En qué sitio?

—En las habitaciones del lugarteniente.

—Pero qué has visto? acaba.

—A Isabel y á Bermudo departiendo entre amorosas caricias.... Los he visto!... Los he visto, Ramiro!

—Pero tú no podías salir de la prision: ¿quién te ha conducido?

—¿Quièn.... nadie...

—No, Osman, no!.... habla... Quièn te ha conducido?.... Dímelos!.... No cono-

ces en el furor que me abrasa que te han vendido vilmente?

—A Dios con los demonios, murmuró Treviño.

—¿Qué me han vendido!

—Sí. Que esta es una farsa detestable, inicua.... cuyos perpetradores juro aniquilar.... destruir con mis manos?

El árabe dudaba, mas al cabo prorumpió:

—Pero tú que pruebas tienes de lo contrario?

—No las sabrás hasta que me indiques una persona.... una sola.... ¿quién te ha hecho ver eso que dices?

—Solo os repetiré, caballero, añadió el capitán Ortiz, que estaba presente, que su carcelero es el señor (por Treviño), y que este lo sacó anoche, como sabeis.

—Ah! infame, tú estás enterado en esta maldad.... dijo Ramiro agarrando por el cuello al cabo y dejándole señalados los hierros de su guantelete en la garganta.

Treviño trémulo, creyó que había llegado su última hora.

—Señor.... contestò, deshaciéndose con

trabajo de Ramiro... Yo lo hice creído.... también.... en que....

—Ibais à asesinarlo tú y tus cómplices? Mas yo descubriré la verdad.... Ya veis, capitan, las maldades que se usan con un infeliz prisionero.... á quien no se puede esterminar descaradamente, porque no hay un motivo justo que lo autorice.... Porque analizados los hechos, se probaria claro que fue instigado á cometer los actos violentos de que se le acusa. Esto es vil, é impropio de los que se nombran caballeros.... De los que preconizan nobleza y orgullosos timbres heredados de sus abuelos. La bajeza infame, la intriga depravada, nunca podrá abrigarse en un noble corazon. Solo tiene cabida en los menzados y cobardes.

—Lo que yo os aseguro, contestò el capitan, es que advierto en todo esto un misterio que no puedo comprender, y el cual me disponia á aclarar, pidiendo á este caballero, (Osman), una noticia esacta de lo que le pasó anoche en las habitaciones del lugarteniente. A mí se me ha dicho por el señor, (Treviño), al sacarlo

del calabozo, que vuestro hermano solicitaba ver al lugarteniente, y segun él se ha espresado aquí, no es cierto.

—No lo comprendéis entònces, capitán? Se le ha sacado de la prision con engaño, para hacerle ver lo que no ecsiste.... lo que no puede ecsistir.

—Qué hablas? preguntó Osman, mirando á Ramiro con atencion.

—Qué te han hecho creer que Isabel, es infiel, criminal, perjura!.... ¿Y si yo te aseguro lo contrario?

—Còmo?

—Si yo te dijese que Isabel es tan pura, tan amante como siempre?... Que idolatra en tí, que llora dia y noche tus padecimientos, que no está en este castillo....

—Ramiro, por piedad!! prorrumpió el árabe como si despertase de un ensueño horroroso.

—Sí, Osman, sí, Isabel, lejos de acceder á las caricias del lugarteniente, le odia, le detesta, porque su corazon repele con muy justa aversion al hombre cruel que la arrebató de su pais, que persiguió

sus amores, que asesinò á su padre y ahora quiere privarla de su amante. Isabel es digna de tí y nunca ha dejado de merecer tu estimacion y tu amor.

El árabe con la vista fija en el suelo, dudaba aun en creer tanta felicidad. Su imaginacion sostenia un combate extraordinario entre lo que habia presenciado, y lo que le aseguraba Ramiro.

—Sin embargo, dijo, como dejando escapar las palabras.... Lo que yo he visto, lo que he escuchado aquí mismo!.... No, no.... Mis ojos.... mis oídos no pueden engañarse así.

La funesta impresion que Osman habia recibido la noche anterior, fuè tan profunda y difícil de desarraigar de su pecho, que no bastaban á ello las palabras de Ramiro.

—Y á pesar de todo te has engañado, le contestó este. ¿Dudarás de que yo acabo de ver y hablar á Isabel.

—La hicimos buena! dijo para sí Treviño.

—Sí?....

—En este momento me separo de ella.

Está con Elvira, y te traigo su amor, sus lágrimas y su desconsuelo.

—Tú, hermano mio, tú?... Pero, ah! no.... Me decis eso para tranquilizarme.

—Isabel está libre, Osman.... libre, y tú lo estaràs tambien.

—Ramiro, por el cielo no me atormentes mas.

—Recelas de mi verdad?... De mis palabras?

—No.... pero....

—Mira, conoces este brazalete.

—Ah! si!.... prorrumpió enagenado de gozo.

—Es este el color de su cabello?

—Sí.... sí... En el mismo.... lo reconozco.... Dios mi! Dios mio!... será cierta tanta felicidad? Estaré soñando tal vez? O es que tú bondad infinita se ha apiadado de mí!

—No sueñas no: es la realidad: Es esa verdad consoladora y hermosa que arranca la máscara à la impostura y al crimen. Isabel me ha dado esa prenda para tí, como recuerdo de su amor, como memoria de sus suspiros. Desengañate, amigo

T. III. 18.—*Biblioteca popular gaditana*

mio; una maquinacion infernal proyectada en tu daño, te ha hecho dudar de Isabel, para conducirte al extremo de desesperacion en que habias caído cuando llegué aquí. Pero te afirmo, que colocada al lado de Elvira, del ángel de virtud y hermosura de estas regiones, bajo el patrocinio de la bella condesa de San Salvador, llora tu ausencia y continuamente estas en su memoria. Créeme, Osman, no es tu delito lo que te tiene encerrado en esta mazmorra, es una traicion infame, que te juro aniquilar.

El árabe no dudó un punto ya de las razones del doncel.

—Sí, es posible.... dijo.... Una venganza ruin! La rivalidad!.... Y tú miserable, (dirigiéndose á Treviño).... Así contribuyes á engañarme? A conspirar contra mi vida?.... Vendiéndote por un amigo leal y compasivo, eres un secutor disfrazado del crimen? Un agente infame de mis enemigos?

—Yo?.... Si he sido engañado como tu tambien. A mí me pareció ser cierto.... Y sobre todo no lo viste como yo?

No lo escuchastes conmigo? contestó Treviño.

—Lo que yo he visto y oído es una farsa inicua.... en que tu eres cómplice. Isabel no es falsa, porque Ramiro me lo asegura.... Isabel no está con el lugarteniente porque la condesa la tiene á su lado; y tu me la has hecho ver dócil y sumisa á sus brutales halagos, porque eres un calumniador indigno.... un hipócrita perverso... un asesino disfrazado.

El árabe hizo un movimiento para lanzarse sobre el ballestero.

—Reportaos, dijo el capitán, interponiéndose, y conociendo que el alarimamiento de Osman podía empeorar su causa. Yo no me meteré á examinar el fundamento de esa ficción de que os quejais, pero sí os digo, que si es cierto lo que decis, el cabo no es responsable de nada. El ha obedecido á precepto mas superior, que no está en sus atribuciones censurar ni prevenir.

—El capitán tiene razón; añadió Treviño.

—Yo lo he comprendido así de ante-

mano, dijo Ramiro. Por eso me prometo aclarar el negocio partiendo derecho al objeto.... al fundamento de él.... Esto necesita una aclaracion y la ecsigirè de quien debo.

La perspicacia del capitan reparó un golpe, en el cual, aunque á Treviño iba á tocar no poca parte de él, el árabe de rechazo sufriria todos los efectos.

Ramiro abrazó de nuevo à Osman.

—Esperanza y valor, hermano mio, le dijo; esperanza y valor.

Los tres salieron del subterràneo.

Ramiro llamó aparte á Treviño, con permiso del capitan.

—He conocido, le dijo que se maquina vilmente contra el árabe. Te consta el interes que me inspira su vida, como tengo noticias de que eres un bribon vendido al lugarteniente. .. Pero te advierto, para tu gobierno, que si á Osman sucede alguna desgracia, yo me encargo de pedirte cuenta de la parte que puedas tener en ella.

—Es que no creais, caballero, que.... yo cumplo con mi deber y....

—Basta: no te digo mas.

Ramiro le volvió la espalda, y el cabo se dirigió hacia la plaza de armas, volviendo la cara para mirar si le seguia Ramiro.

—Por mi vida, capitan, añadió este, dándole la mano, que os agradeceré toda mi vida el favor de hoy.... Y si alguna vez necesitais de mi espada y de mi brazo; que es todo el ofrecimiento que puede hacer un guerrero, lo teneis á vuestra disposicion, con alma y vida. Ya lo habeis visto; sino llegamos á tiempo, mi pobre amigo perece en un raptó de desesperacion, y vuestra generosa condescendencia me facilitó con verlo evitar ese mal paso. Os doy gracias por todo, repito.

—No teneis de que dárme las. Aunque el preso está incomunicado, yo cargo con la responsabilidad de lo de hoy.

—Ahora os lo agradezco doble. Esto tal vez os esponga á la cólera del lugarteniente.

—No la temo.... Empresas en que el honor no sufre menoscabo, el soldado debe mirarlas con indiferencia.... Ahora he

contribuido à un acto benèfico y mi conciencia està tranquila.

—Seguid en vuestro celo, capitan, por los desgraciados, y siempre tendreis un lugar preferente en la estimacion de los buenos. En cuanto á ese agente mercenario y vil, del cabo, con quien me habeis visto hablar, ya le he dicho lo bastante para su inteligencia. A su señor voy à pedirle, como caballero, esplicaciones sobre el caso.

—Vais à ver al lugarteniente?

—Ahora mismo.... Y, ojalà se nuestro orgulloso á satisfacerme... Porque, hablándoos con franqueza, desearia darle una leccion como se merece.

—Sin ofender vuestro valor, ni menos que imagineis dudo de él, me atreveria á aconsejaros que desistiéseis de tal idea.

—Por qué?

—Porque os esponeis indudablemente, cuando menos, á un desaire, si no á un lance desagradable. Es hombre à quien hay que temer mas su siniestra cobardía que su valor... si lo tuviera.

—Le conozco demasiado, y os aseguro que no retrocederé un punto ante su men- guada arrogancia. No estoy con él tan des- prevenido como Osman; y si quiere pro- bar á sorprenderme como al árabe, juro á Dios que conmigo saldrá mal.

—Pues si estais decidido à verle, yo tambien lo estoy à acompañaros.

—Cuenta no seais vos el que os com- prometais. Mirad que yo basto solo.

—No lo hago, repito, porque crea en vos, ni aun asomo de temor; sí por ayuda- ros á esclarecer el hecho de esta noche pasada. Tengo interes en ello tambien.

—Pues siendo asi, marchemos.

Los dos se encaminaron á ver al lu- garteniente.

Los dos rivales.

CUANDO quedó solo el árabe, se entregó á sus reflexiones analizando en su imaginacion todo lo que le habia pasado. La persuacion que usó Ramiro, la confianza que tenia en su estimacion y honor, le aseguraba un consuelo feliz para su corazon. Pero tambien creer que se hubiese él engañado, que sus ojos pudiesen haber visto otra cosa distinta de lo que

se ofreció ánte ellos , que sus oídos escuchasen aquellos mortales palabras , tanto en la prision como en la càmara del lugarteniente , y que fuesen falsas tales pruebas , era un caso confuso é incomprensible , que no bastaba su discernimiento á desenvolver y aclarar.

Mucho valor tenian las palabras de Ramiro , pero no carecia de fuerza lo que èl habia visto y oido.... Juzgaba á Isabel perjura y criminal por esta prueba, pero su hermano la acababa de ver y hablar al lado de Elvira. Ella le mandaba aquel brazalete querido tejido con sus cabellos , que besaba y estrechaba contra su corazon, porque lo conocia sobradamente y sabia pertenecia á su adorada.... mas reflexionaba el cómo Bermudo la habia sacado, de las huérfanas.... aunque consideraba tambien que el abad la podia haber rescatado del castillo.

Verdaderamente la situacion de Osman era lamentable, y escitaba un compasivo interes. Pasar entre los muros de una prision subterránea horas tan prolijas de dudas y recelos.... Unir á los sufrimientos de

la pérdida de su libertad, la incertidumbre de su amor, el tormento de los celos... es hasta donde se puede poner á prueba la resignacion de un hombre.... Hasta donde se puede tambien llevar una venganza infame y traidora como la de Bermudo.

Este se hallaba en el salon de su despacho, cuando le pasaron recado de que el capitán Ortiz y otro caballero pedian audiencia.

Pero al ver presentarse á Ramiro, por un impulso involuntario se puso de pié.

No faltò para ello razon á Bermudo.

Ramiro, vestido aun con su acerada armadura, su dalmática blanca, en la que resaltaba la cruz roja.... un manto de escarlata sobre sus armas con cruz blanca, su luciente casco, su ondulante penacho, y apoyada la mano derecha sobre el pomo de su formidable mandoble.... su continente marcial y bizarro..... y sobre todo aquel rostro donde, à par de una hermosa è interesante fisionomia, se dejaba ver la severidad y respeto del valor y la virtud.... he aquí como se presentó al lugarteniente de San Salvador.... al enemigo

de Oman, à su rival en fin.

Bermudo formaba un contraste raro con el animoso guerrero.... En él no se veia mas que brocado y terciopelo. En el jòven aventurero hierro y acero. Debajo de las suntuosas y delicadas telas que ostentaba el lugarteniente, latia un corazon depravado y cobarde. Al traves de la ferrada vestidura del hèroe, se abrigaba un alma virtuosa, valiente y decidida.

Ramiro se le quedò mirando un momento, y Bermudo palideció à aquella mirada.

—No os molesteis, caballero, le dijo el paladin.... Mi visita no será corta. Tenemos que departir despacio.... Bien es verdad que eso dependerá del giro que vos le deis á la conversacion.

—No sé lo que quereis decirme.

—Antes de todo, permitidme que os pregunte si me conoceis.... No porque sea esto de importancia en el asunto que vamos á tratar, sino porque puede ahorrarme esplicaciones que me serian enfadosas.

—Antes de que pasemos adelante, satisfaciéndoos à esa pregunta, tened la bon-

dad de decirme si la conversacion ha de ser privada.... Lo digo por los que veis presentes, señalando á Treviño, que estaba allí, y al capitan Ortiz.

El cabo estaba contando à Bermudo lo ocurrido, cuando entraron Ramiro y el capitan.

—No es necesario, contestó Ramiro. Uso pocos secretos.... á pesar que los señores no dejan de tener parte en lo que hemos de discutir.

—Sea así....

—Con qué os tendré que preguntar otra vez si me conoceis.

—Ah! sí.... lo habia olvidado....

—Con efecto, tengo noticias que sois algo flaco de memoria.... Cosa, á la verdad, que suele à veces ser funesta.

—Sin duda. Pero nó, no os conozco, caballero.

—Pues es extraño, porque ya os lo ha debido decir el señor.... (por Treviño)

—No sé à lo que aludis.

—Pues yo me llamo Ramiro y es mi oficio las armas. Nací noble y no conozco á mis padres.... Soy amigo, compañero y

hermano del árabe Osman, el que acabo de ver metido en un profundo y glacial subterráneo de este castillo.

—Qué, ¿lo habeis visto!.... En verdad que me maravilla esa infraccion de la órden severa que pone à ese reo incomunicado.

—Ved ahí porque os digo que los señores no estaban de mas.... Entre ellos se encuentra el que me ha concedido este favor y al árabe la vida.

—Yo he sido: añadió el capitán.

—Y teneis la audacia de hacer alarde en mi presencia, repuso Bermudo al capitán, de faltar á vuestro deber?

—Dad treguas á esa cólera, señor lugarteniente, añadió el doncel, que os puede hacer falta despues, y yo necesitarla en vos.... Decidme, ¿sois noble?

—Estraña pregunta, cuando hablais con Bermudo de Lara, de apellido ilustre y antiguo de Castilla, de sus mas elevados infanzones.

—Podrà ser.... Pero dudo mucho que un ponderado apellido, vestir rico trage, y habitar bajo dorados artesones, consti-

tuyan en vos un noble de la altura que decis.

—Por què?

—Porque si todo eso ecsiste en vos, os falta lo principal, que es la verdadera nobleza en las acciones. Yo os juzgué mucho menos que eso al enterarme de vuestro comportamiento. Sabeis lo que he creido ver en vos? Un intrigante vil, disfrazado en un grande de Castilla.

—Caballero! dijo Bermudo levantándose.

—No es tiempo aun de cólera, señor lugarteniente. Despues.... despues os quiero colérico.

Bermudo se volvió á sentar.

—He dicho esto, continuó Ramiro, porque un noble debe usar una conducta conforme con los timbres de su cuna. Grande por escelencia, por principios, ha de medir sus acciones, sin denigrar la noble sangre que corre por sus venas. Poco importa que haga alarde de elevada alcurnia, si sus hechos son rateros y viles. Dirá, "soy noble;" y le responderán, "cментis," porque vuestros procederes son me-

quinos, porque eres un criminal disimulado, un homicida oculto, y el noble no debe obrar jamas con el dolo y la insidia.... Eso le dirán al noble envilecido.... y eso os digo yo à vos, Bermudo de Lara; á vos indigno lugarteniente de San Salvador.... à vos, en fin, infanzon de Castilla.

—Tales palabras, caballero....

—Son justas y merecidas. Al rebajar vos infameamente vuestra dignidad, me autorizais, patentizándoos vuestras faltas, à calificaros por ellas. Osman es mi amigo, mi hermano, y vos un enemigo suyo. Repasad vuestra conciencia y ved como os habeis conducido con èl. Yo lo sé.... y considerad si tengo razon en lo que os he dicho.

—Y qué os autoriza á vos para censurar mis acciones?

—El deber, la razon, la justicia... el fuero de la nobleza à quien pertenezco, y à quien habeis atropellado. Armásteis una celada vil á un noble, para acusarlo de criminal, porque vuestra alma baja y mezquina no se hallaba con fuerzas para vengar el agravio que creéis os ha

hecho , por los medios legales que el honor dicta.. Porque no teneis el valor necesario , y que es prenda estimable en todo caballero, como inseparable de su clase... Porque sois un menguado sin alma, para presentaros á lidiar cara à cara, con hidalguía y denuedo.

—Ya veo, dijo Bermudo mudando de tono, que aquí os ha conducido un acaloramiento, que es necesario disculpar.... Estais ofuscado.... y....

—Jamás he acostumbrado á valerme de subterfugios ni excusas para apoyar la verdad de mis razones. Vos quereis, sin duda , darles ahora ese carácter porque preveeis el resultado de esta conversacion... pero vuestra evasiva no os salva Los cargos que voy á haceros, son harto poderosos para que penseis en eludirlos con frivolidades. Por mi vida que os he de cerrar el paso.... porque como guerrero, me agrada estrechar al enemigo.

— Cargos à mí? preguntó sonriéndose.

—Ya los oireis... y os aseguro hacéroslos con calma y sangre fria, para que no digais que estoy alucinado.

Empezando por el atropellamiento, que sin justicia ni razon, hicísteis á Isabel sacándola de la casa de las huérfanas, os dirè que fué con dos objetos. El primero humillarla, afligirla, y desconso-larla, valièndoos para ello de un derecho que no teneis sobre ella, ni nadie os puede conceder... Para efectuar esa infamia, por que otro nombre no debe dàrsele, recur-rísteis á la autoridad de lugarteniente, por que como hombre, no podiais, ni teneis valor para usar de ese pretendido derecho, y porque os constaba, que colocando á Isabel à vuestro lado, el amor y el re-sentimiento del árabe habian de ponerle en vuestras manos. Pero temeroso de que llegase hasta vos, porque teneis menos corazón que una muger, mandásteis pren-derlo cuando se presentò en este castillo, como se asalta á una fiera, no à un hom-bre que ningun delito ha cometido... re-sultando de aquí dos cosas: que el que o-prime y aflige à una débil muger, es aun mas bajo que el polvo que ella levanta con los pies.... El que contrasta à un no-ble rival por los medios rateros que vos,

T. III. 49.—*Biblioteca popular gaditana.*

es un vil, é indigno de que ninguno lo mire siquiera á la cara.

Berimudo iba à hablar.

—No me interrumpais, añadió Ramiro.

No contento, prosiguió, con haberlo insultado y ecsasperado, guarecido como os creeis con la autoridad y la fuerza brutal de vuestros secuaces, lo mandásteis encerrar como à un asesino.... sin considerar que Osman es un noble como vos... no, me equivoco.... mucho mas que vos. Tiene sangre real y mejores antecedentes; mas elevacion de sentimientos.... mas alma.... mas valentia.... es mas hombre que vos, en todo. Y sabeis, caballero, que esa misma nobleza de que haceis ostentacion, os prohíbe usar con los nobles esa conducta? A un noble no se le prende ni encarcela, como lo habeis hecho con el árabe.... Se le pide su espada en nombre de la ley, y despues se le pone en una prision correspondiente à su clase.... porque la nobleza reclama este derecho, esta distincion. Porque aunque es cierto que un hidalgo es un hombre como los

demás, la dignidad que recibió al nacer no es exclusivamente suya, pertenece á una clase que la sociedad, el mundo, acata y venera, y cualquiera infracción y atropellamiento que se le haga es considerado como un delito.... Y ese delito, esa infracción, esa infamia, la habeis cometido, porque vuestra cobarde y vengativa saña os ha cegado, hasta el punto de arrostrarlo todo.... No sé que mas hubierais hecho con un ladrón... un salteador, con el hombre mas envilecido.... Es verdad que como vuestro objeto ha sido humillar á Osman, obrábais impunemente, sin esperar que pudiese presentarse alguno á echaros en cara tanta vileza como habeis cometido.... A pediros cuenta de ellas, por los medios que hay admitidos.

—Os repito que estais alucinado; dijo Bermudo, trémulo de furor y asombro.... De otro modo pesariais mejor los denuestos que me estais dirigiendo.

—Aseguro de nuevo, por mi honor, que jamas estuve mas sereno.... Como estais acostumbrado á ver temblar ante vos

•

al sencillo y pobre pechero, os figurais que para hablaros así necesito estar impulsado por algun acceso febril.... peor para vos. Ese engaño, fingimiento ó lo que sea, me es de poquísima importancia.... y ya os desengañareis, cuando veais á donde voy à parar.

Os he probado que en prender à el árabe habeis faltado indebidamente.... ahora os harè ver que aumentais vileza sobre vileza.. iniquidad sobre iniquidad... Con qué objeto habeis promovido la farsa despreciable de que Isabel esta aun en vuestro poder, de que se ha rendido á vuestro lùbrico y brutal deseo, y ademas, fingido presentarla á la vista y oídos del árabe, en una mugerzuela infame, que vendida ó halagada, se ha ofrecido esta noche á pasar por una doncella virtuosa y honrada, denigrando la opinion de esta, con acciones y palabras, tan falsas como inmorales?

Aquí Bermudo mirò asombrado à Ramiro sin saber que responderle. Treviño no habia llegado á contarle eso todavìa, cuando el doncel y el capitan entraron, de

modo que le cogió enteramente desprevenido.

—Ola! parece que callais, continuò Ramiro. No os dije que os habia de cerrar el paso? ¡Vive Dios, caballero lugarteniente, que no contabais con este ataqué? Veamos como parais el golpe.... Os aguardo.

Ramiro volvió à cruzar sus brazos, apoyándolos sobre el pomo de su mandoble, mirando á Bermudo con una risa irónica de desprecio.

—La sorpresa... contestó Bermudo.... que me ha ocasionado tal impostura....

—Por Santiago, nuestro patron!.... Si pensará el ilustre lugarteniente que todos usamos de las armas bajas y vedadas que él?... Ya lo ois, señores.... Vos carcelero insigne, conoced al amo que teneis. Vos capitan, que casi estais seguro de la verdad de lo que aqui digo, porque alguna parte presenciasteis de ello, ved la posicion tan recomendable en que se coloca el elevado infanzon, que poco antes me puso por escudo su apellido, el de sus abuelos y la grandeza de sus timbres.

Gradua de impostura un acto cometido por èl, tan justificativo como ridículo, tan despreciable como criminal, porque no ha llevado otro objeto, como sabeis, mas que matar á un hombre indefenso y oprimido, á impulsos de la desesperacion y el dolor. Deshacerse de un enemigo sin responsabilidad ni esposicion.... Asesinarlo entre el disimulo y el silencio, haciendo ver que no ha llevado parte en el homicidio.... Sois tan cobarde, que ni aun teneis valor para arrostrar los inconvenientes de vuestras intrigas con faz descubierta.

—Basta ya de insultos, caballero, exclamò Bermudo, de pié y sin poder sufrir mas las palabras de Ramiro. Salid al momento de mi presencia, ú os harè ejecutarlo á vuestro pesar.

—Eso quisiera yo ver, contestó Ramiro con serenidad.... Y que fuérais vos el que lo intentara. Pero estoy seguro y harto convencido ademas de que no sereis capaz de semejante accion. Eso os favoreceria algun tanto.... Acreditaríais tener valor y sangre noble.... pero me

afirmo en que no lo efectuareis.... Si fuera armarne algun lazo como à el árabe, no lo dudo, pero estoy prevenido.... y perderiais el tiempo.

— ¿Aun mas!

— Poco falta.... y habeis adelantado la cólera que os aconsejè conservar para cuando yo la necesitara. No ha llegado ese caso aun.... Veremos entonces como salis del trance.

El resùmen de todo lo que os he dicho es, que sois un asesino disfrazado con el traje de caballero, un malvado encubierto con el esplendor de la alta aristocracia.... Un inicuo hundido en el oprobio y la mancilla, pasando por una autoridad respetable y digna.

Por lo tanto conocereis, que al calificaros así, y teniendo por Osman un interes como debo, tomo desde este momento su defensa, acusándoos públicamente de vuestros menguados procederes, arrancándoos á la vista de todos la infame màscara con que os cubris y presentándoos tal como sois.... Veamos, caballero, ahora qué debeis hacer para evitar esto. Qué ecsigis

de mí como reparacion de un agravio tan escandaloso.

—Yo!.... Nada.... perdonaros.... y no mandar que os castiguen porque faltais á mi dignidad de lugarteniente.

—Gracias!... Escelente recurso para disimular la cobardía que os domina! Evasiva honrosa para paliar vuestro deber y obligacion! Bien! No me desarmais por eso. Se os conoce demasiado para no esperar-lo de vos. Arrostrais por todo , para conseguirlo todo.... pero por fortuna no será lo que deseais. La muger que pensais obtener con engaños, no será tampoco vuestra... porque os aborrece y me ama. El árabe tambien se salvará; y vuestros intentos se malograrán , entre la confusion y la verguenza que os acompañe.... si es que sois capaz de este sentimiento.

—De què muger hablais?

—De Elvira. De ese ángel de pureza y candor, que pensais marchitar con vuestro asqueroso aliento. Soy *su amante*, ¿lo entendéis? *Su amante.... el que la adora...* Soy correspondido de ella , y os juro por mi honor, que vuestros proyectos para con-

segñirla seran vanos. ¿Y tampoco sabeis, noble caballero, lo que se hace con un rival así, que se presenta cual yo á su contrario, y le dice en su rostro lo que os acabo de confesar?

—Sí..... se le desprecia.... y se deja al tiempo el cumplimiento..... el tèrmino de tal lucha.

—Perfectamente!.... Eso quiere decir, que me autorizais para insultaros, y que no os quejareis si no os guardo aquel decoro que debe ecsistir entre dos nobles... Sed testigo, capitan.... como de que ya el señor no es digno de que se le conserve ningun miramiento ni distincion. De aquí en adelante no os llamaré noble, ni hidalgo, ni caballero. Os diré.... ese hombre.... ese cualquiera..... menos que un cualquiera... . Ese galopin ese ganforro.... y fijaré carteles en todos los parages públicos del castillo, para hacer ver quien sois.... Y donde quiera que os encuentre, os insultaré y abofetearé, y escupirè.. . porque no os atreveis á batiros conmigo.

—Batirme con vos?.... Y habia yo

dé descender hasta un *simple aventurero*, cuyo nacimiento se ignora?... Que aunque se dice noble, puede ser hijo de un crimen, un pasatiempo, un capricho.... un yerro de fortuna?... Y se ha creído el menguado que yo sea tan necio que no advierta la distancia que hay de mí à un pobre y mezquino ser de la suerte.... á quien he sufrido y perdono por compasion?... Eh! salid de aquí.... Quitaos de mi presencia.... miserable mendigo del destino.

—Gracias à Dios! exclamó Ramiro. El mendigo os saluda en prueba de agradecimiento.

Y acompañó estas frases estampando en el rostro de Bermudo un bofetón, que lo derribó sobre el escaño que tenía detrás.

—Veremos si ahora tolerais esta afrenta, añadió.

—Ah! sangre! sangre! exclamó Bermudo. Sangre pide tal ofensa!

—Salgamos, dice Ramiro. Capitan, servidme de padrino. En la entrada de las ruinas os aguardo.... Vestid vuestras ar-

mas.... A caballo ò á pié, como querais. Elegid el modo y la hora.... Quiero dejaros esa ventaja.

Y se dirigió á la puerta del salon. Pero al tiempo de salir, un monge se presentó en ella.

—Dónde vais? le dice este. Venios conmigo.

—Dejadme, padre, contestó Ramiro... no me es posible en este momento.

—El padre abad me manda que os conduzca al monasterio.... ¿No me conocéis?

—Sí, creo haberos visto.... pero dejadme.

—Primero la vida. Obedeced al abad: temed su enojo.... Os importa á vos y á el que os presenteis en el convento ahora mismo.

—Os digo que no puedo, padre. Tengo una deuda de honor que cumplir antes. Vamos, capitan.

—No os dejaré salir.... (deteniéndolo.) Capitan, informadme de lo que ha pasado.... En nombre de Dios os lo demando.

—Padre, và á batirse.

—A batirse! con quien?

—Con el caballero lugarteniente.

—Con el lugarteniente!!!

El padre Urbano se conturbó de asombro y terror.

El monje, en medio de su consternacion, dijo:

—No, no es posible! Ese duelo no se efectuarà....

—Por qué? preguntó Ramiro.

—Porque ningun caballero cristiano, y que lleva sobre sus armas el emblema sacrosanto de la redencion, puede medir públicamente sus armas con un relapso... un rëprobo anatematizado por la iglesia.

—Còmo! exclamò el doncel.

—Sí; el lugarteniente está escomulgado!

Estas palabras, pronunciadas con un acento imperioso, no dejaron dudar á Ramiro de que aquel duelo no podia ejecutarse entonces. Tal era el horror que recaia sobre las personas que provocaban semejante estremo. Era necesario batirse en secreto con Bermudo y por ahora era imposible.

—Conozco, añadió Ramiro, la imposi-

bilidad de entendernos ese hombre y yo, en este momento..... Pero le buscaré algun dia. Vámonos, padre.

Y salió precipitado.

El padre Urbano le siguió, temblando aun del peligro que el doncel habia corrido.





El director espiritual.

Bermudo, no vuelto aun de su indignacion por las palabras de Ramiro, à la salida de este, reprendiò agriamente al capitán por haber accedido á que el doncel hubiese visto al preso; cosa que sabia Ortiz que estaba prohibida bajo las mas severas òrdenes.

El capitán se disculpó de esta falta, diciendo, que siendo Ramiro un caballe-

ro, ó teniéndolo por tal, habia venido recomendado ademas por la condesa, para que le dejasen ver á el árabe.

A estas palabras acordóse Bermudo de las lecciones del padre Cerebruno, y recurrió à la hipocresía y el disimulo, únicos recursos que podian salvarle en aquellas circunstancias.

— Ah! si fue encargo de mi muy amada prima, contestó, no tenemos caso.... Solo por ella puedo tolerar gustoso los denuestos que ese hombre acaba de dirigirme. Pero habeis visto, capitán, qué modo de insultar mi tolerancia?... ¿y por qué? Por un hecho de que estoy inocente y que desconozco. El árabe solicitó verme anoche.... ¿y para qué, direis? No para pedirme como un delincuente que es, que le mudara de prision, sí para tornar á sus palabras descomedidas como el dia que le prendieron.... De modo que yo, por ejercer el cargo que mi tio ha depositado en mí, me encuentro amenazado à cada momento, vilipendiado, y todos se creen con derecho à menospreciarme y á abatirme.... Esto es inconcebible. El furor, y el deseo

de venganza en el árabe, produjeron en él aquel estupor que le acometió.... Lo que ese hombre dice que ha visto y oído, lo ignoro enteramente. Pero aquí el cabo, persona mas inmediata al reo, y el que no se desvió de él un punto, me hará una aclaracion de lo ocurrido, ò irá por un mes á los subterráneos del castillo. Regularmente á la prision que Osman ocupa ahora, para que otra vez no comprometa mi autoridad y mi persona, del modo que lo ha hecho.

—Señor.... dijo Treviño, sobrecogido de sorpresa.

—Eh! callad!.... le repuso Bermudo con tono y semblante aterradores, acompañados de una mirada de inteligencia que comprendió el cabo y no advirtió el capitán.... ¿Es ese el cumplimiento que dais á vuestra obligacion? Al delicado encargo que os he conferido? Esponerme con tanta indiscrecion á un lance en estremo desagradable? Agravad mas mi opinion en el concepto de mis contrarios? Qué dirá ahora el abad, cuando ese jóven indiscreto le participe lo que ha pasado aquí?

Que yo he atentado siniestramente á la vida del árabe? Y si ese fuera mi objeto, no tengo en mis manos medios mas sencillos y que nadie podría contrastar? Además, su causa ¿no está en Toledo y pertenece al rey? Puedo yo adelantarme á un cumplimiento tan sagrado.... A quitar una vida que pertenece á su alteza? Os repito que ya me dareis esacta cuenta de vuestra conducta.

En cuanto á la observacion que me ha hecho el aventurero sobre el encierro que ocupa Osman, tiene razon. Pero no hay que estrañar una inadvertencia mia, una ofuscacion, á las palabras provocativas que me dijo el árabe el día de su prision. En todo esto hay una fatalidad, un aca-loramiento, una serie de imprudencias.... que han venido á recaer sobre mí.... Y os aseguro que de nada puede acusárseme mas que de haber estraído á Isabel del colegio. Pero en ello he hecho ver, que obró mi orgullo resentido, por el atropellamiento de un derecho.... mal entendido por mí quizá.

A qué prision os parece que traslade-
T. III. 20.—*Biblioteca popular gaditana.*

mos al árabe, capitan?

—A la que vos elijais.

—La torre de los cuatro Vientos. no creo que tiene un local cómodo....

—No.

—El torreón del Silencio está muy retirado.... A un extremo de la fortaleza.

—Sí.

—La torre Parda....

—Es la mejor.... Esa precisamente iba á indicaros.

—Bien. En una de las salas altas.... la que tiene ventanas, por cuyos vidrios se divisa la sierra... dispondreis que coloquen una cama, y allí se pasará hoy mismo à Osman. En cuanto al carcelero que le ha de custodiar, lo elegiremos despues, si el buen Treviño se ha hecho acreedor, como lo creo, à habitar el calabozo que deje el árabe. Id á ejecutar mis órdenes.

El capitan salió, casi convencido de que el lugarteniente no tenia conócimiento de la ficcion presentada à Osman, y si que habia sido invencion de Treviño, á impulsos de su pèrfida intencion y depravadas ideas.... Pues esa era la opinion que

gozaba entre todos los ballesteros, con muy pocas ò ningunas simpatias ademas.

Ortiz vió que de todo aquello, al árabe habia resultado un beneficio.... Dejar una prision insalubre y detestable, por otra agradable, sana y hasta recreativa.

Con efecto, el local que el capitan eligió para colocar á Osman en la torre Parda, era una sala del primer piso, de bastante estension y toda rodeada de ventanas que, aunque con gruesas rejas, unas daban á la sierra y otra á lo interior de las habitaciones y corredores de la torre. Por ellas podia el árabe, abriendo sus cristales, respirar el aire puro y fragante de la mañana.... Aquel ambiente vivificador y balsámico de que estan privados los desgraciados presos, por una costumbre ó error mal entendidos. La gravedad del delito que cometa un infeliz, se ha considerado como un motivo justo que autoriza la inhumanidad, la crueldad y falta de caridad hacia los encarcelados.... Es fuerza que la prision que ocupen sea mal sana, glacial, húmeda, sombría y detestable. Es preciso que las entrañas de la tierra

escondan en su tenebroso centro anticipadamente, el cuerpo de un hombre que existe aun, para inspirar en su imaginacion reflexiones impías y desesperados recuerdos.... No es digno de que se le coloque en un puesto donde vea el sol, las estrellas, los astros, y aspire el soplo de vida puro y hermoso. Que contemple el cielo, las maravillas del Criador, para que conociéndolas y admirándolas en aquellos perdurables momentos que sufre de ocio y aburrimiento, se dilate su espíritu y se vaya disponiendo su alma á implorar la misericordia del que obró tantas maravillas acatando su poder.... Porque es indudable que el criminal revista su pensamiento de las imágenes que se le presenten en los luengos y dilatados dias de su encierro .. La oscuridad, el horror, y el mal estado de una prision, despues que es reprobado por la humanidad, se puede graduar hasta de irreligioso y profano à la divinidad.

Al hombre con privarle de su libertad hasta el momento de satisfacer su delito, me parece que basta.

• • • • •

—Esta ha sido una circunstancia terrible, Treviño, le dijo Bermudo, despues que quedaron solos. Esa entrevista del aventurero con el árabe, no podia ser mas fatal!

—No me lo recordeis, señor.... Cada vez que lo reflexiono....

—Y no pudistes evitarla?... Avisármelo?... Haber buscado un pretesto?...

—Nada: considerad que el capitan me mandò abrir la prision del reo, sin decir para què.... Ya veis que á él no puedo desobedecerlo.... Nos dirigimos á ella, cuando al bajar la escalera siento pasos detrás... Vuelvo la cara.... y à quien os parece que ví?... A el aventurero que nos seguia. Yo me quedé parado sin atreverme á continuar el camino, pero el capitan por poco me hace rodar los escalones que quedaban, diciéndome: «Belitre, en què te paras? dame.» Y arrebatàndome las llaves abrió él mismo las puertas.

—Es necesario enmendar este funesto accidente.... Yo no he tenido mas arbitrio que disculparme contigo delante del capitan.... Y si fuere preciso, llevaré ade-

lante mi rigor indicado. En fin veremos que dice el padre Cerebruno á quien voy ahora mismo á escribir.

—No es necesario, contestò este, entrando en el salon.

Bernudo se levantò á recibir, con sorpresa y regocijo al padre Cerebruno, conduciéndolo hasta un sillón que le colocó él mismo.

—¿Vos aqui otra vez, padre?

—Sí.... á vuestro lado....

—No podiais venir en ocasion mas crítica.... de mayor importancia...

—Lo celebro.... porque eso duplica el mèrito de haberlo conseguido.

—Y cómo ha sido esto?...

—En fuerza de mi constancia y disimulo.... Con mi inalterable *hipocresia*.... Y os diré mas: á poco trabajo, con un solo paso que deis.... os levanta el prelado el anatema.

—Será cierto?

—He sacado todo el partido posible de la devolucion que hicisteis de Isabel y de vuestra conversacion de aquel dia con Élvira. El abad, bien sea por observarne ò

ya por que repugne á su carácter bondadoso el entredicho que os puso, no ha cesado un momento de quejarse de vuestro orgullo, como fundamento fatal de todas vuestras flaquezas.... Yo con mi dulzura, mi persuacion y amabilidad, he ido disponiéndolo, templándolo á que os vuelva al gremio de los fieles. Habiéndome èl mismo contado la entrega que hicisteis de Isabel, y vuestras palabras á la condesa, me autorizó para indicarle que esa era una muestra de arrepentimiento, y de que habiendo conocido el error, tratábais de enmendarlo.

—Y què resultó?

—Que me concedió, al fin, permiso para visitaros, con el objeto, (porque yo me comprometì tambien à ello), de ir inclinando vuestro carácter hàcia la mansedumbre y tolerancia.... y que no cometierdes esos actos de inconsideracion y arrebatos à que os impele con frecuencia.

—Vos lo dirijireis.

—En esa confianza he dado mi palabra.... Además, que anoche me dediqué à hacer la última instancia á el abad, porque

ya lo tenemos debajo.

—Si?...

—He recibido ayer, carta de D. Illana.

—Y qué os participa?...

—No os lo figurais? Mucho bueno. Yo, querido mio, sé dar siempre en blanco cierto. Don Esteban me dice que descuide, que solo espera la llegada del rey... Que ya el consejo tiene conocimiento del negocio y que desaprueba altamente la conducta del abad. Que aunque es cierto que la reina y el secretario del arzobispo se interesaron al principio, luego se ha convencido, por lo que arrojan los cargos, que el árabe es en extremo culpable, mirándolo al fin como un infiel que se acoge á nuestra grey por sus miras particulares de venganza. Que al arribo de su alteza á la corte confía que sancionará la sentencia.... y cuando don Esteban lo asegura.... Bien conocéis que es hombre que no se alimenta de visiones.... Muy ufano deberá estar el abad de su obra.... pero ya verá la que le cae encima. Y si él no os levanta el anatema, el arzobispo lo hará.

—De modo que à esta hora, nuestro objeto estará cumplido.

—Y tanto. La carta mia es atrasada bastante. He recibido noticias posteriores de la llegada del rey à Toledo. Uno de mis amigos me lo escribe. Las tropas del navarro han vuelto á su reino, de suerte que pronto tendremos aquí el resultado decisivo que anhelamos.

—Sin duda....

—La entrada de su alteza en la corte ha sido tan magnífica como edificante. Una verdadera oblacion al Eterno. Los magistrados y el clero, todas las clases distinguidas de la poblacion salieron à recibir al alto caudillo que ha alcanzado tan singular victoria contra enemigo tan poderoso. Los guerreros cristianos han sido obsequiados con mùsicas y aclamaciones, y conducidos en procesion á la catedral, donde todos han rendido gracias al señor de los señores. (1)

—Loado sea Dios!... Ese moro me temia con cuidado.... Veia á España ame-

(1) Tradicion històrica.

nazada de otra invasion como la del tiempo de Rodrigo.

—Oh! no es nuestro Alfonso VIII tan digno de la cólera divina como lo fué a quel imprudente rey.... Ni tenemos á un traidor don Julian, ni á unos impíos, Ebba y Sisebuto, hijos de Witiza, ni á un sacrílego prelado como don Opas su tio. Ahora solo hay castellanos nobles, valientes, y decididos por su religion y por su patria.

—Es verdad.

—Pero volvamos á nuestro asunto. Con tan favorables antecedentes no vacilé en dirigirme á el abad, anoche.... Lo encontré ya mas propicio.... Y aunque la victoria es nuestra, nunca le hubiera, ni aun indicado un rompimiento, porque á mí me agrada coger á mis contrarios desprevenidos.

—Ya, vuestro sistema.

—El mas seguro y positivo.

—Pues ahora hemos sufrido un contratiempo fatal!

Y le refirió todo lo ocurrido, desde la noche anterior, hasta la conversa-

ción que acababa de tener con el capitán.

El monje quedó reflexionando un momento.

El silencio que reinaba, fue interrumpido por un movimiento de impaciencia del cabo, que de pie detras de la silla donde estaba sentado el monje, tocò inadvertidamente un escaño, derribándolo.

—Hola!... El buen Treviño! dijo el cenobita sonriéndose.... No sabia que estaba entre nosotros. Como uno de nuestros mas íntimos agentes, tiene segun veo, permiso para asistir à nuestras conferencias privadas.... para llegar hasta la cámara del poderoso lugarteniente à cualquiera hora.

—Como el page de guardia me conoce ya, y.....

—Sí.... sí.... repuso el monje, sin dejar la sonrisa.... Conozco claramente que un secreto de valor mezcla las clases, las familiariza, desterrando las esigentes formalidades de la etiqueta. Aqui entre los tres aparece el hombre sin disfraz ni investidura... Esto es muy sublime!... Muy recomendable por cierto!...

El padre Cerebruno, con su proverbial astucia, censuraba la conducta del lugarteniente en esto.

—Un plan tan bien combinado, prorumpió Bermudo, cambiando la conversacion, como el que tenemos con el árabe, y al tocar su realizacion desbaratarse de ese modo! Y todo por culpa del capitan! Yo le aseguro que le haré ver!....

—Vuestro agradecimiento.... y al instante, porque ha contribuido à evitar la muerte del árabe. Nunca habeis andado tan cuerdo, como en mudar de prision à Osman, en sinceraros con el capitan y en culpar á Treviño. Nada importa que el árabe esté encerrado ya en un palacio en vez de un calabozo, si al cabo està asegurado para morir.... y morirá.... Adelantar ó retardar su ejecucion.... que sea de un modo ó de otro, es indiferente si al fin ha de suceder. ¿Ibais á manifestarle desagrado al capitan?.... Alguna muestra de vuestro enojo para reanimar sus sospechas, si ya vuestras palabras las auyentaron en parte? A hacer un enemigo de un hombre que necesitais?... A destruir vuestro trabajo de hoy

con una imprudencia mañana? Muy bien pensado! Eso se llama maniobrar sobre el terreno, sin perder un pié de él!

—Ya, como vos estais....

—Precisamente por todo lo contrario que vos.... Lo que extraño es, que sabiéndolo, me lo insinueis siquiera. Llamareis al capitan en el momento, le dais las gracias, lo premiais si es preciso, y en seguida enviais á Treviño á un calabozo por haber engañado al árabe con la farsa convenida.

Treviño hizo un gesto de desagrado.

—Padre, perdonad que os diga , contestó Bermudo, que no se logra completamente el objeto, con la prision del cabo. Y cómo deslumbro al capitan, de las palabras que Osman dice me oyó dirigir á la muchacha?

—Pero las ha escuchado el capitan de vuestra boca?.... Vos podiais estar en vuestra cámara con una muger, y el árabe seducido por Treviño, en su enagenamiento creyó ver y oír, lo que no vió ni escuchó. Cuántas veces vemos y oímos en nuestro entender, la verdad, y todo no es

mas que una ilusion, un fantasma? El gran mérito en el mundo, ya os lo he dicho, es revestir la realidad de ficcion, y la impostura de realidad, cuando nos conviene.

—Sin duda....

—Haced lo que os mando.... Que el capitan ponga á Treviño en un calabozo.

—Pero, padre, yo que no he cometido culpa alguna mas que obedecer!.... añadió el cabo.

—Hijo mio, le dijo el monge, en esta clase de juegos siempre pierde el mas débil. ¿Te parece justo que vayamos el señor lugarteniente ó yo á reemplazarte? Ya ves que eso no es posible. Es fuerza cubrir las apariencias, para á su sombra maniobrar. En una palabra, que sufra algo uno de los tres.... y ese no puede ser nadie mas que tû.

—Si no hay remedio.....

—Todo se reduce á estar encerrado un poco de tiempo.... pero seras un preso feliz. A otra cosa.... y la muchacha de anoche? La fingida Isabel, ¿callará?

—Sin duda, contestò Berinudo. Es una jóven aldeana y huérfana.... Está loca

de alegría al verse vestida y agazajada.... desempeñó perfectamente su papel.

— Pero no tiene familia?....

— No.... es sola....

— Y ninguno está enterado de su venida al castillo?

— No señor, dijo Treviño. Yo la busqué y la conduje aquí en secreto, sin decirle para qué.

— Y *què pensais* hacer con ella? preguntó el monge al lugarteniente.

— Casarla con alguno de mis pages.

— Para que refiera à su marido la farsa que ha representado?.... Esa muchacha la despedís esta noche y se la entregais à Abenaya. El morisco la acompañará por la orilla del rio.... y él dará cuenta de ella.... Es un testigo que debe desaparecer.

Bermudo y Treviño se miraron à la vez.

— Es necesario, continuò el cenobita, que no quede ni aun vestigio del lance de anoche.... el menor asomo de recelo... Ah! mandad poner en libertad à todos los que murmuraban de vos.... Y à los mas sencillos les ordenais que vayan à ver al abad,

y que le digan que los mandais á darle las gracias, porque por su influjo han salido de la prision.

En cuanto à el aventurero dejadlo por mi cuenta. Yo haré por ver al prelado, sin que ese jòven me vea á mí, pues importa que no me conozca, y conjuraré la tormenta que pueda haber levantada por lo de hoy. Basta por ahora.

Y se marchò.

Bermudo ejecutó al momento los encargos del padre Cerebruno, menos el de la muchacha serrana, pues abrigaba pensamientos sobre ella que efectuó mas tarde. Lo único que hizo fuè tenerla encerrada, sin permitir que nadie la hablase.

El capitan volvió, para participar al lugarteniente la traslacion del árabe á la torre Parda. Bermudo le dió las gracias por su celo, y fingiendo una cólera desmedida hácia Treviño, lo puso á disposicion del gefe, y que lo encerrase en un calabozo.

A la hora, ya era el cabo inquieto del subterràneo, cuando acababa de dejar Osman en la torre del Cuervo.

—Bribon, decia el capitan para sí, cuando conducian à Treviño: en el tiempo que estés ahí te he de tratar como mereces.

En seguida, llamando á Ferraz, añadió:

—Tomad. Estas son las las llaves de la prision de Osman, en una sala alta de la torre Parda.... Sé que ese infeliz os inspira interes.... Nadie mejor que vos puede asistir á su lado sin faltar à lo que os prescribe vuestro deber.

—Lo haré así, mi capitan, contestò gozoso Ferraz.

El ballestero sin perder tiempo fuè à visitar à su *querido camarada*, como llamaba á Osman.

Un abrazo estrechísimo fuè el precursor de aquella entrevista.

Fin del tomo tercero.

—Gloria, como el capitán, para el
cambio voluntario a Tercerías = siempre
que está en el de la casa como antes.

—Las cosas, cuando a Tercerías, cuando
Tercerías, como los las cosas de

la casa de Tercerías, de una casa, está de
la casa de Tercerías, de una casa de la casa

que Tercerías, de una casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

de Tercerías, de una casa de la casa de la casa
de Tercerías, de una casa de la casa de la casa

ERRATAS DEL TOMO TERCERO.

<i>Página.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
34	10	dé luego , dé en vez	dé luego , en vez.
36	23	lac ólera	la cólera.
93	4	que acostum- bra	que acostum- braba.
101	23	ibrar	librar.
136	4	suscintos	suscinto.
137	19	Escomulgad!	Escomulgado!
166	18	comenten	cometen.
168 y 169	26 y 1	espero de que me dará	espero que me dará.
192	8	hablesen	hablasen.
214	12	se alegró	celebró.
idem.	23	pre. entó la vis- ta	presentó á la vista.
257	26	deshaciéndose	desasiéndose.
259	22	Sí, Csman, sí Isabel,	Sí, Osman, sí. Isabel,
261	16	En el mismo	Es el mismo.
273	9	estaban	están.

Page	Item	Page
34	10 de mayo, en la plaza, en	34
35	en la plaza, en la plaza, en	35
36	en la plaza, en la plaza, en	36
37	en la plaza, en la plaza, en	37
38	en la plaza, en la plaza, en	38
39	en la plaza, en la plaza, en	39
40	en la plaza, en la plaza, en	40
41	en la plaza, en la plaza, en	41
42	en la plaza, en la plaza, en	42
43	en la plaza, en la plaza, en	43
44	en la plaza, en la plaza, en	44
45	en la plaza, en la plaza, en	45
46	en la plaza, en la plaza, en	46
47	en la plaza, en la plaza, en	47
48	en la plaza, en la plaza, en	48
49	en la plaza, en la plaza, en	49
50	en la plaza, en la plaza, en	50
51	en la plaza, en la plaza, en	51
52	en la plaza, en la plaza, en	52
53	en la plaza, en la plaza, en	53
54	en la plaza, en la plaza, en	54
55	en la plaza, en la plaza, en	55
56	en la plaza, en la plaza, en	56
57	en la plaza, en la plaza, en	57
58	en la plaza, en la plaza, en	58
59	en la plaza, en la plaza, en	59
60	en la plaza, en la plaza, en	60
61	en la plaza, en la plaza, en	61
62	en la plaza, en la plaza, en	62
63	en la plaza, en la plaza, en	63
64	en la plaza, en la plaza, en	64
65	en la plaza, en la plaza, en	65
66	en la plaza, en la plaza, en	66
67	en la plaza, en la plaza, en	67
68	en la plaza, en la plaza, en	68
69	en la plaza, en la plaza, en	69
70	en la plaza, en la plaza, en	70
71	en la plaza, en la plaza, en	71
72	en la plaza, en la plaza, en	72
73	en la plaza, en la plaza, en	73
74	en la plaza, en la plaza, en	74
75	en la plaza, en la plaza, en	75
76	en la plaza, en la plaza, en	76
77	en la plaza, en la plaza, en	77
78	en la plaza, en la plaza, en	78
79	en la plaza, en la plaza, en	79
80	en la plaza, en la plaza, en	80
81	en la plaza, en la plaza, en	81
82	en la plaza, en la plaza, en	82
83	en la plaza, en la plaza, en	83
84	en la plaza, en la plaza, en	84
85	en la plaza, en la plaza, en	85
86	en la plaza, en la plaza, en	86
87	en la plaza, en la plaza, en	87
88	en la plaza, en la plaza, en	88
89	en la plaza, en la plaza, en	89
90	en la plaza, en la plaza, en	90
91	en la plaza, en la plaza, en	91
92	en la plaza, en la plaza, en	92
93	en la plaza, en la plaza, en	93
94	en la plaza, en la plaza, en	94
95	en la plaza, en la plaza, en	95
96	en la plaza, en la plaza, en	96
97	en la plaza, en la plaza, en	97
98	en la plaza, en la plaza, en	98
99	en la plaza, en la plaza, en	99
100	en la plaza, en la plaza, en	100

EL AVENTURERO
CASTELLANO.



Biblioteca popular gaditana.



Biblioteca de la Universidad de Valladolid